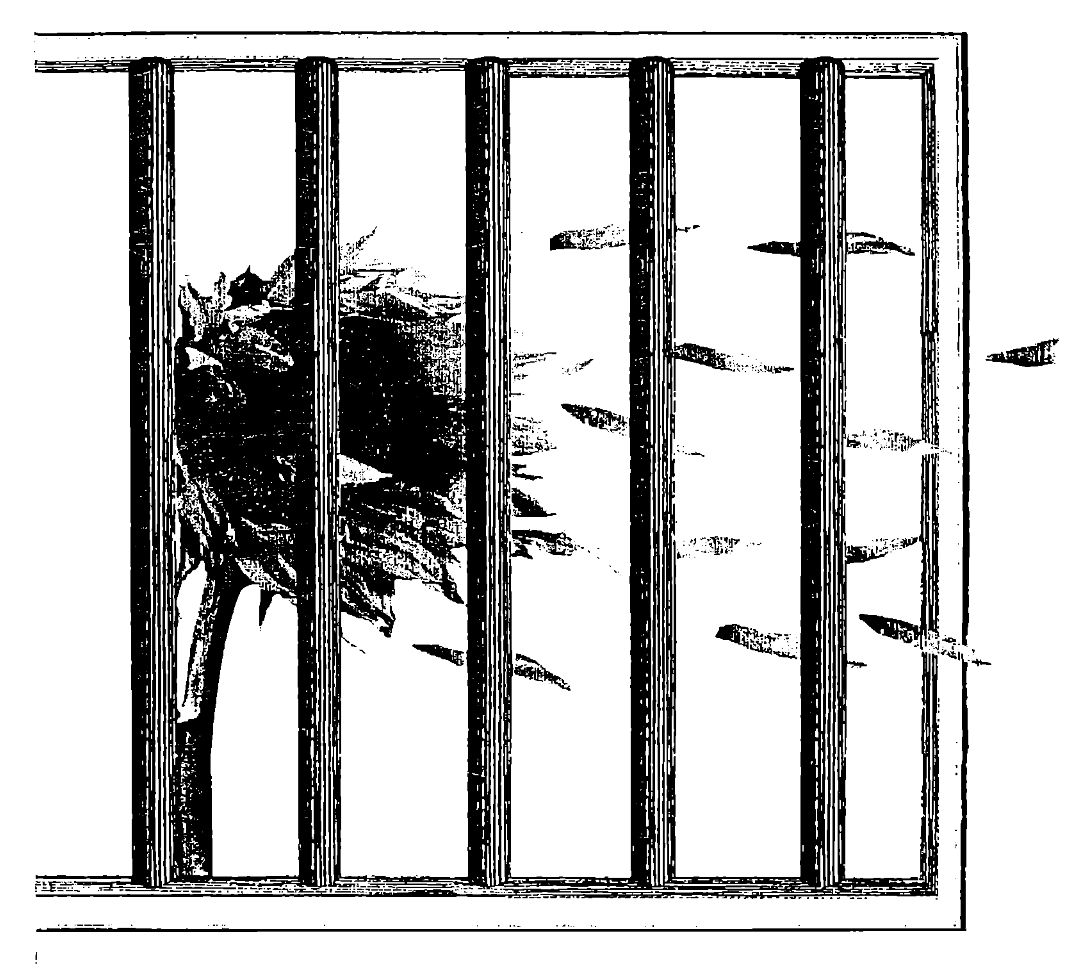
A CONSOLACION DE LA FILOSOFÍA

BOECIO



Clásicos de Grecia y Roma

Alianza Editorial

LIBRO I

El autor expone los motivos de su aflicción y la Filosofía le hace ver que su mal consiste en haber olvidado cuál es el verdadero fin del hombre.

I. Yo, que, en otro tiempo, con juvenil ardor
compuse inspirados versos,
me veo ahora, ¡ay de mí!, obligado a entonar
tristes canciones.
Aquí están para dictarme lo que he de escribir
mis musas desgarradas,
mientras el llanto baña mi rostro, al son de sus
tonos elegíacos,
pues ni siquiera el miedo pudo desanimarlas
para dejar de acompañarme en mi camino.
Ellas, que fueron antaño la gloria de mi feliz y
verde juventud,
se acercan ahora a endulzar los tristes destinos
de este abatido anciano.
Precipitadamente y cargada de males,
se echó encima la no esperada ancianidad
y el dolor se apoderó de mis días.
Canas prematuras cubren mi cabeza
y el cuerpo herido se estremece con la piel
rugosa.

Dichosa muerte la de los hombres
cuando se adentra sin perturbar los años
buenos
y acude en favor de los corazones afligidos.
Pero, ¡ay!, qué sorda se hace a la desgracia
y con qué saña se niega a cerrar los ojos
cubiertos de lágrimas.
Cuando la fortuna me halagaba —y yo sabía
que era tornadiza y mudable—,
habría bastado una hora de tristeza para
llevarme a la tumba;
ahora que una nube ha ocultado su engañoso
rostro,
una larga espera hace mi vida insoportable.
¿Por qué, amigos locos, llamasteis tantas veces
feliz
a aquel que no estaba tan seguro, pues cayó de
repente?

1. Mientras en silencio daba vueltas en mi interior a estos pensamientos y lanzaba al viento mi llanto con la ayuda de mi pluma, pude advertir sobre mi cabeza a una mujer. Su presencia me inspiraba asombro y reverencia. Tenía ojos de fuego, más penetrantes que los del común de los mortales. Era de un color rojo vivo, llena de vigor, si bien sus muchos años no permitían creer que fuera de nuestra generación. Su estatura era difícil de precisar, pues unas veces se reducía hasta adquirir el tamaño medio de los mortales y, otras, parecía encumbrarse hasta tocar lo más alto del cielo con su frente. Ese era el efecto cuando levantaba su cabeza y se perdía en el mismo cielo hasta desaparecer de la vista de los hombres.

Sus vestidos eran de materia inalterable, tejidos con hilos finísimos, por manos delicadas. Los había tejido ella misma, como pude saber más tarde a confesión propia. El aspecto que ofrecía a la vista era la de esas imágenes abandonadas envueltas en la penumbra y cubiertas de polvo. En el lado inferior del vestido, se leía bordada la letra griega Π, y en la superior la Θ[1]. Uniendo las dos letras había a modo de peldaños de escalera por donde se podía ascender desde la letra inferior a la superior. Con todo, manos violentas habían rasgado dicho vestido, llevándose los trozos que pudieron arrancar. En la mano derecha llevaba sus libros y el cetro en la izquierda.

Cuando la dama vio a mi cabecera a las Musas de la poesía, dictando las palabras propias de mi llanto, se irritó un tanto e, indignada, exclamó con fulminante mirada:

–¿Quién –dijo– ha permitido que estas rameras histéricas lleguen hasta la cama de este enfermo? ¿Traen acaso remedios para calmar sus dolores y no más bien dulces venenos para fomentarlos? Son las mismas mujeres que matan la rica y fructífera cosecha de la razón; las que habitúan a los hombres a sus enfermedades mentales, pero no los liberan. Las que adormecen la inteligencia, pero no la despiertan. Podría pensar que sería menos grave si vuestras caricias arrastraran a un hombre cualquiera, porque mi trabajo no se vería entonces frustrado. Pero este hombre se ha alimentado con la filosofía eleática y

1. Las letras griegas son Π *(pi)* y Θ *(theta)*. Alusión a las dos ramas del saber *práctico* y *teórico*. La filosofía es una escala de saberes que va de abajo arriba, es decir, del saber práctico al saber superior o teórico o especulativo. En el saber práctico entran la Ética y la Moral. En el teórico, la Metafísica, la Teología, la Física, etc. La filosofía es, pues, una ciencia de lo universal que comprende todos los grados del saber.

académica. Alejaos, pues, sirenas, con vuestros hechizos de muerte. Apartaos, y dejad que mis musas lo cuiden y lo curen.

Con estas imprecaciones, el coro de las Musas bajó los ojos. Y confesando su vergüenza en el rubor de la cara, traspusieron el umbral de mi casa.

Nublada mi vista por las lágrimas, y sin poder distinguir quién era aquella mujer de tan imperiosa autoridad, bajé estupefacto los ojos y esperé en silencio lo que pudiera hacer. Entonces, ella, acercándose más, se sentó al borde de mi lecho y clavó sus ojos en mi rostro, atravesado por el dolor y sumido en la tristeza. Por fin, deshecha en llanto, recitó estos versos sobre la confusión que agitaba mi alma.

II. —¡Ay!, cómo se agita el alma hundida en el fondo del abismo.
Y cómo se apaga su propia luz
al correr hacia las tinieblas exteriores.
Cuántas veces, acuciada por los halagos terrenales,
crece hasta lo infinito su angustia mortal.
Aquí está el hombre que en otro tiempo, gozando de plena libertad,
solía escalar los senderos del firmamento,
observaba la luz dorada del sol
y seguía atento las fases de la gélida luna.
Era vencedor de las estrellas,
reduciendo a número sus errantes revoluciones
dentro de órbitas cerradas. ¿Qué más?
Este hombre buscaba la razón por la que los vientos paren tempestades

y amotinan los mares. ¿Qué espíritu inmutable
hace rodar al mundo?
¿Por qué el sol se hunde en las aguas de las
Hespérides[2]
para despertar en brazos de la purpúrea
aurora?
¿Qué ley templa las plácidas horas de la
primavera
para cubrir así la tierra de rosadas flores?
¿Y quién enriquece con ubérrimas uvas el
otoño en la plenitud del año?
Pero ved cómo ahora quien solía descubrir
los secretos recónditos de la naturaleza
yace tendido, prisionero de la noche.
Pesadas cadenas le cuelgan del cuello
que le obligan a doblegar la frente
y a no ver otra cosa que el polvo inerte.

2. »Pero es hora de la medicina –dijo– más que de lamentos. –Y mirándome fija e intensamente, añadió–: ¿No eres tú, acaso, el que en otro tiempo te alimentaste a mis pechos y, criado bajo mis solícitos cuidados, llegaste a alcanzar la madurez del varón? Te dimos tales armas que, de no haberlas tú arrojado, te habrían mantenido invicto. ¿No me conoces? ¿Por qué callas? ¿Es el estupor o la vergüenza lo que te hace callar? ¡Ojalá fuera la vergüenza, pero te veo presa del estupor! –Y al verme no sólo callado, sino sin lengua y mudo, extendió suavemente su mano sobre mi pecho–:

»No temas –me dijo–, no hay peligro. Sufres un letargo, enfermedad común a todos los desengañados. Te has

2. El Occidente.

olvidado por un momento de ti mismo. Pero te acordarás fácilmente, si antes puedes reconocerme. Para que te sea más fácil, correré un poco de tus ojos la nube cegadora de las cosas mundanas que los empañan.

Dicho esto, enjugó mis ojos bañados en lágrimas con un pliegue de su vestido.

III. Disipada la noche, huyeron las tinieblas
y mis ojos recobraron su primer vigor.
Fue como cuando las nubes se arremolinan
alborotadas por Coro[3],
o cuando el cielo parece detenerse por una
cerrada tormenta.
Entonces, el sol se oculta y la noche oscura
parece caer sobre la tierra,
aun antes de haber aparecido en el horizonte
las estrellas.
Pero si Bóreas, saliendo de los antros de Tracia,
rompe la noche y libera al día encadenado,
surge la luz
y Febo hiere con sus dardos los ojos
de cuantos asombrados lo contemplan.

3. De la misma manera, ahuyentados ya los nubarrones de mis ojos, me extasié con la luz del cielo y dirigí mi mente a descubrir el rostro de mi médico. Volví mis ojos hacia ella y la miré fijamente. Pude reconocerla como mi antigua nodriza, la que desde mis años de adolescente me había recibido en su casa, la Filosofía.

3. Una de las Nereidas, divinidades relacionadas con los fenómenos del mar y de la naturaleza, como el viento, la tempestad, etc.

–¿Y cómo es que tú –le dije–, maestra de todas las virtudes, has caído del alto cielo para venir a la soledad de mi destierro? ¿Acaso tú también, como yo, quieres ser acusada de falsos crímenes?

–¿Podría yo dejarte, hijo mío? –respondió ella–. ¿Por qué no podría compartir contigo la carga que a causa del odio a mi nombre cayó sobre ti? No, la Filosofía no podía dejar solo en su camino al inocente. ¿Podía yo temer ser acusada? ¿O sobrecogerme de espanto como si hubiera de suceder algo sin precedentes? ¿Crees que es la primera vez que las malas costumbres hostigan a la sabiduría? ¿Es que entre los antiguos, en tiempos anteriores a mi amigo Platón, no sostuve duros combates contra la sinrazón de los necios? Y cuando vivía Platón, ¿no quedó triunfante su maestro Sócrates, con ayuda mía, de una muerte injusta? Luego, la chusma de los epicúreos, primero, y el populacho de los estoicos y demás sectas, después, hicieron cuanto pudieron por arrebatarme la herencia de la sabiduría que él había dejado[4].

»Y como trataran de arrebatarme parte de la presa a pesar de mis gritos y pataleos, rasgaron la túnica que yo había tejido con mis manos y, llevándose jirones de ella, se dieron a la fuga, creyendo que me había entregado totalmente a ellos. Luego aparecieron vestidos con los despojos de mi vestimenta, y la ignorancia creyó que eran familiares míos, llevando a error a algunos de los no iniciados en la prueba. Y si no ha llegado hasta ti el exilio de

4. Aparece aquí la serie de filósofos y escuelas de filosofía que Boecio considera sus maestros. Tales son Sócrates, Platón, Aristóteles, además de los estoicos, epicúreos y otras sectas «que hicieron cuanto pudieron por arrebatar [a la Filosofía] la herencia de la sabiduría». Sobre la formación de Boecio, véase Introducción, p. 8.

Anaxágoras, el envenenamiento de Sócrates, las torturas de Zenón (pues nada de esto tuvo lugar en tu pueblo), habrás podido conocer a los Canios, Sénecas y Soranos, cuya memoria no es ni tan vieja ni tan falta de celebridad[5]. Lo que a éstos llevó a la muerte no fue otra cosa que haber sido educados en mis costumbres, que les parecían totalmente contrarias a las de los malvados.

»No ha de sorprenderte, por tanto, sentir en el mar de la vida los golpes de furiosas tempestades, ya que nuestro principal destino es no contentar a los peores. Éstos, a pesar de ser legión, son dignos de todo desprecio, pues no tienen una guía que les dirija, sino que, arrastrados por el error, van vagando sin orden y sin rumbo. Y si un día pretendieren entablar combate contra nosotros, nuestra guía hará retroceder sus huestes hasta la retaguardia, donde se ocuparán en apresar un miserable botín. Nosotros, en cambio, reiremos seguros desde lo alto, tras un foso infranqueable, al resguardo de los ataques de la chusma furiosa, viendo cómo lucha encarnizada por cosas despreciables.

IV. »Quien con ánimo sereno
sabe poner el destino implacable bajo sus pies
y mira impasible la mudable fortuna
permanecerá inmóvil ante la furia
amenazadora del Océano

5. *Anaxágoras* (de Clazomene): filósofo asentado en Atenas (500-428 a.C.), que fue juzgado por impiedad y traición. *Zenón* (de Elea): filósofo y amigo de Parménides (s. v a.C.), que, según una tradición (cf. nota 29), se mordió la lengua y se la escupió al tirano Nearco. *Canio:* filósofo estoico condenado a muerte por Calígula. *Sorano:* gobernador romano justo y enérgico a quien, según Tácito *(Anales,* 16-32), Nerón obligó a suicidarse.

que hace surgir desde su más profundo
abismo
sus agitadas olas.
Ni el bramar del Vesubio caprichoso cambiará
su ánimo,
cuando rotos sus hornos encendidos,
lanza las llamas envueltas en humo.
Inmutable, sigue ante el estruendo del rayo
ardiente
que hiere las altas torres.
¿Por qué los pobres miran impotentes y con
rabia a los tiranos crueles?
Nada esperes, nada temas,
y dejarás desarmado e impotente a tu
enemigo.
Pero quien tiembla o vacila, porque no está
seguro
ni es dueño de sí mismo, ha arrojado el
escudo,
ha perdido su trinchera y ha atado a su cuello
una cadena que siempre arrastrará.

4. »¿Entiendes esto? –me dijo ella–. ¿Ha penetrado en tu espíritu? ¿O eres, como el asno, sordo a la lira[6]? ¿Por qué lloras? ¿Y cuál es la causa de tus abundantes lágrimas? Habla y no lo escondas dentro de ti[7]. Si buscas la ayuda del médico, será menester que descubras la herida.

Yo, concentrando todas mis energías, le contesté:

–¿Es que necesita alguna explicación? La dureza del ataque de la fortuna es evidente. ¿No te mueve a compa-

6. Esopo, *Fábulas*.
7. Homero, *Ilíada*, I, 363.

sión la simple vista del lugar? ¿Es ésta la biblioteca de mi casa, aquella que tú misma elegiste como lugar de sosiego y en la que tú te sentabas a menudo para discutir de todos los problemas divinos y humanos? ¿Son mis vestidos los mismos y mi cara la misma que cuando yo me iniciaba contigo en los secretos de la naturaleza y cuando solías describir la ruta de los planetas con tu varita, tratando de conformar nuestras costumbres y toda la vida humana al modelo del orden celeste? ¿Así premias a los que somos devotos tuyos?

»Fuiste tú la que por tu propia boca sancionaste la teoría de Platón: "Dichosas las repúblicas regidas por filósofos o por aquellos gobernantes entregados al estudio de la filosofia"[8]. Tú misma por boca de este sabio varón nos enseñaste que a los filósofos les asiste siempre un motivo para acceder al gobierno de la república, no sea que las riendas del gobierno de la ciudad caigan en manos de ciudadanos perversos y sin principios, que traerán la ruina y la destrucción de las personas de bien.

»Siguiendo tu consejo, me decidí a llevar a la administración pública lo que aprendí de ti en mis gratos momentos de ocio. Tú y Dios, que te sembró en las mentes de los filósofos, sois mis testigos de que el único móvil que me empujó a la magistratura fue el bien común de todos los hombres buenos. Esta misma es la razón de mis serias y abiertas diferencias con los malvados y de por qué en la lucha por la justicia he permanecido siempre indiferente al odio que mi persona inspiraba a hombres más poderosos que yo. Indiferencia inspirada en la creencia de haber seguido libremente mi conciencia. ¡Cuántas veces tuve

8. Platón, *República*, 473d.

que hacer frente a Conigasto[9], que, inmisericorde, quería hacer suya la fortuna de gente indefensa! O paré los pies a Triguilla, intendente de la casa real, que había maquinado alguna injusticia o la había ya perpetrado. Y cuántas veces he interpuesto mi autoridad para proteger a gente indefensa, víctimas de infinitas calumnias urdidas por la avaricia siempre impune de los extranjeros. Nadie pudo apartarme de la justicia por nada. He gritado mi queja como si yo mismo fuera víctima, al ver cómo los ciudadanos de las provincias quedaban en la ruina ya por las depredaciones de los particulares, ya por las exacciones públicas.

»Cuando la terrible hambruna asoló al país y se amenazó con ruinosas e incalificables medidas, como la requisa o venta obligada de los alimentos, que sumirían en la miseria a la provincia de Campania, promoví una lucha contra el prefecto pretoriano en beneficio del bien común. Y, sabedor el rey de mis propósitos, luché y conseguí que se anulara la requisa. Al cónsul Paulino, a quien los perros palatinos devoraban su fortuna con intrigas y maquinaciones, le saqué de las fauces mismas de la jauría. Me opuse también al odio delator de Cipriano[10], para salvar a Albino, otro consular, víctima de una acusación sin pruebas. ¿No crees que he concitado ya bastantes enemistades? Debí haber encontrado mejor acogida en el pueblo, pues en mi lucha por el derecho y la justicia no me acogí al derecho de los cortesanos.

»Y bien, ¿quiénes son los delatores que me han derrocado? Uno de ellos fue Basilio. Destituido con anterioridad del servicio real, se vio comprometido a delatarme

9. Ministro godo de Alarico.
10. Secretario y ministro de finanzas de Teodorico.

por sus deudas. Los otros dos fueron Opilión y Gaudencio[11]. Condenados por un decreto real al destierro a causa de sus incontables fraudes, esquivando el golpe, buscaron acogerse al asilo del templo. Cuando la noticia llegó al rey, éste ordenó que si en el día fijado no dejaban la ciudad de Ravena serían expulsados por la fuerza, con la frente marcada por el hierro. Ante tal amenaza, ¿les quedaba algún recurso? Y, sin embargo, ese mismo día informaron contra mí y fue aceptada la denuncia. ¿Y cómo? ¿Merecía acaso mi conducta semejante condena? El hecho de que mi condena estuviera cantada ¿hizo justos a mis acusadores? ¿O es que la fortuna, que no se avergonzó de ver acusado al inocente, tampoco se indignó de la vileza de los acusadores?

» Pero querrás saber de qué se me acusó. Se me acusó de haber querido salvar al senado. ¿De qué manera? Se me imputó haber impedido que un informador presentase ciertos documentos con los que pretendía demostrar que el senado era reo de traición. ¿Qué piensas de todo esto, maestra mía? ¿Negaré el crimen para que no te avergüences de mí? Pero es el caso que yo siempre lo quise y nunca dejaré de quererlo. ¿Me confesaré culpable? Cedería, entonces, en mi intento de detener los pasos del delator. ¿Podría llamar crimen haber deseado la salvación del senado? Ellos, en todo caso, por el comportamiento que han tenido conmigo, han hecho ciertamente de ello un crimen. Pero la imprudencia, que siempre se desmiente a sí misma, no puede alterar el verdadero valor de las cosas. Y yo, que siempre me he guiado por la norma socrática,

11. Opilión cayó en desgracia ante Teodorico, quien le devolvió su puesto de cónsul tras acusar a Boecio. Sobre Gaudencio no hay información.

creo que no puedo ocultar la verdad ni consentir la mentira. Sea lo que fuere, dejo a tu juicio y al de los sabios el juzgar estos hechos, que pongo por escrito para que la posteridad conozca su realidad y jamás se borren de la memoria. Porque ¿para qué hablar de cartas apócrifas traídas como prueba de que yo esperaba ver liberada a Roma? Habría quedado patente su patraña si se me hubiera permitido apelar al testimonio de los mismos acusadores, que es la prueba de más peso en estos casos.

»En esta situación, ¿qué esperanza de libertad puede quedarme? ¡Ojalá hubiera tenido alguna! Entonces habría respondido con las mismas palabras de Canio. Éste, acusado por Gayo César, hijo de Germánico, de haber tramado una conspiración contra él, dicen que contestó: "Si lo hubiera sabido yo, todavía lo seguirías ignorando tú"[12].

»En este asunto, el dolor no ha nublado tanto mi mente que me lleve a lamentar que haya gente perversa maquinando actos criminales contra la virtud. Lo que me asombra es ver que los hayan llevado a la práctica. Porque querer el mal puede ser quizá parte de nuestra debilidad de hombres, pero es monstruoso y fuera de lo natural que en presencia de Dios se consumen los planes de los malvados contra los inocentes. No es extraño que uno de tus seguidores, Epicuro, se preguntara no sin cierta razón: "Si Dios existe, ¿de dónde viene el mal? Pero ¿de dónde proviene el bien, si Dios no existe?"[13].

»Podríamos pensar que los perversos, ávidos de la sangre de gente de bien y del senado también, buscaban mi

12. Cf. nota 5. Gayo César es Calígula.
13. Frase atribuida a Epicuro por Lactancio *(De Ira Dei*, 13, 21).

propia muerte porque me veían como defensor de éstos. Pero ¿podía esperar yo cosa semejante de los padres conscriptos? Recuerdas, supongo, pues tú siempre dirigías mis palabras y mis acciones, recuerdas, repito, cómo en Verona fue acusado Albino de lesa majestad y cómo, en su ansia de ver la total extinción del senado, el rey intentó culpar a todos los senadores a pesar de su inocencia. Recuerdas también cómo yo los defendí sin atender a ningún peligro. Y tú sabes que digo la verdad y que nunca me he jactado de ello, pues siempre que el hombre recibe el precio de la fama por su jactancia, la conciencia que se complace en su propia alabanza, pierde algo de su secreto mérito.

»Y ya ves el resultado de mi inocencia. Como premio a la verdadera virtud sufro el castigo de un crimen que no cometí. Y, no obstante, ¿existió jamás un crimen que, confesado paladinamente por el reo, haya encontrado un jurado tan absolutamente unánime en la severa aplicación del castigo? ¿Hasta el punto de que ninguno de sus miembros encontrara eximentes basados ya en la debilidad humana, ya en la universal mudanza de la fortuna? Si se me hubiera acusado de quemar las iglesias, de pasar por la espada a los sacerdotes, de masacrar a toda la gente de bien, habría sido condenado en sentencia dictada en mi presencia, convicto o confeso del delito. Pero aquí estoy ahora, desterrado a unos seiscientos kilómetros de distancia, casi mudo e indefenso, condenado a muerte y a la confiscación de mis bienes. Y todo por haber demostrado el interés más sincero a favor del senado ¡Qué merecedores son de que a ninguno de ellos se les pueda imputar crimen semejante!

»Los mismos que me acusaron pudieron ver el honor que suponía para mí tal acusación. Y para poderla en-

sombrecer añadieron otro cargo, alegando alevosamente que en mi ambición por escalar tan alto cargo había yo manchado mi conciencia con un sacrilegio. Pero tú habías ya tomado posesión de mí y tratabas de arrojar de mi alma todo pensamiento de codicia de cosas materiales, ya que bajo tu mirada no había posibilidad de cometer sacrilegio. Todos los días susurrabas a mis oídos y a mi pensamiento aquella máxima de Pitágoras: "Sigue a Dios"[14]. Tampoco parecía conveniente buscar la ayuda de espíritus vilísimos, cuando te veía dispuesta a crear una excelencia que me hacía semejante a Dios. Si a esto añades un hogar sin tacha como el mío, la compañía de amigos irreprochables, un suegro santo y hombre cabal[15] digno de todo respeto como tú, entenderás que todas estas circunstancias alejan de mí toda sospecha de crimen. Pero lo más monstruoso de todo es que se me acusa de tan horrendo crimen precisamente por ti. Por el nuevo hecho de haberme imbuido de tu doctrina y de haber seguido tus costumbres les parece que pueden probar que estoy implicado en tal práctica. El culto que yo te he tributado no sólo no me sirve para nada sino que además tú misma te has convertido en víctima del odio que me tienen a mí. Y, sobre todo, lo que colma mi desdicha es ver cómo el vulgo no atiende al mérito de la acción, sino a su resultado, pues considera que sólo las cosas coronadas por el éxito son dignas de realizarse. Hemos de concluir, por tanto, que lo primero que falta a la gente presa de la desgracia es la estima de los demás.

14. La sentencia completa es: «Refrena ante todo tu lengua y *sigue a los dioses*». Véase G. S. Kirk y J. E. Raven, *Los filósofos presocráticos. Historia crítica con selección de textos* (versión española: Madrid, 1981).
15. Se refiere a Símaco (véase Introducción, pp. 8-9).

»No quiero hacer memoria ahora de todos los rumores, ni de los juicios dispares y contradictorios del vulgo. Sólo quiero recordar que la carga final que la adversidad cuelga a sus víctimas es que cuando se les acusa de algo se piensa que bien merecido lo tienen. Yo mismo he sido castigado por haber hecho el bien: me he visto privado de mis bienes, alejado de todos mis cargos y he visto enlodada mi reputación. Paréceme estar viendo las cuevas nefandas del crimen rebosantes de alegría y de júbilo; a los hombres más degenerados tramando nuevas intrigas, mientras la gente honrada se debate por el suelo, víctima de nuevas delaciones. Veo al criminal lanzarse impune a perpetrar nuevos crímenes, acuciado por el premio que le aguarda, mientras el inocente, falto de seguridad personal, ni siquiera puede defenderse. Por eso gritaré:

V. »Creador del cielo estrellado,
Señor que, sentado en eterno trono,
haces girar el cielo en rápidos movimientos
y obligas a los astros a seguir tus leyes.
Tú haces que la luna, radiante en su plenilunio,
esconda en la sombra a las estrellas
cuando refleja la ardiente llama de su hermano el sol
o que, pálida en su cuarto menguante,
pierda su esplendor al acercarse a Febo.
Tú haces que el lucero vespertino
barra las estrellas de la noche fría
y cambie después las riendas,
surgiendo como lucero de la mañana
y así haces palidecer sus luces al aparecer el sol.

Tú acortas los días del frío invierno,
cuando las hojas de los árboles alfombran el suelo
y das a las noches raudas alas al llegar el caluroso verano.
Tu poder gobierna el año cambiante.
Las tiernas hojas que arrebató el soplo helado de Bóreas
las vuelve a traer el dulce céfiro de primavera.
Las sementeras que contempló Arturo[16]
serán ubérrimas cosechas maduradas por Sirio[17].
Todas las cosas obedecen tu ley antigua
y todas realizan la tarea que les fijaste.
Todo lo gobiernas dentro de sus estrictos límites
y sólo te niegas a imponer tu voluntad soberana
a los actos humanos.
¿Cómo, si no, entender los cambios de la escurridiza fortuna?
El inocente se ve aplastado por el peso
de un castigo debido al criminal.
Los corruptos son encumbrados a altos tronos,
y mientras el malvado pisa el cuello del hombre honrado,

16. Estrella muy brillante del hemisferio boreal, perteneciente a la constelación del Boyero. Referencia al invierno.
17. Estrella del hemisferio sur perteneciente al Can Mayor. Es la más brillante del firmamento. Referencia a la estación estival.

la injusticia sigue dominando.
El brillo de la virtud se eclipsa bajo espesas
nubes
y el justo es víctima de imputaciones que
merecen los malvados.
No hay castigo para los perjuros
ni se desenmascaran sus arteras mentiras.
Y cuando quieren probar hasta dónde llega
su poder,
doblegan hasta a los mismos reyes, a quienes
pueblos enteros reverencian.
¡Oh tú, que fijaste las leyes del universo,
vuelve tus ojos a esta tierra miserable!
Somos los hombres una parte no despreciable
de tu gran creación y nos vemos vapuleados
por el agitado mar de la fortuna.
Señor del mundo, detén las olas enfurecidas
y da a la tierra estabilidad perpetua
con el mismo orden que riges el cielo.

5. Mientras yo daba rienda suelta a mi continuado dolor, la Filosofía permaneció inmutable. Después con semblante sereno se dirigió a mí, diciendo:

–Al verte triste y deshecho en lágrimas comprendí enseguida que eras un exiliado. De no haber oído tus palabras, no habría sospechado lo duro y largo de tu destierro. Por alejado que estés de tu patria, recuerda que no has sido arrojado de ella. Tú mismo te alejaste, o, si prefieres pensar que fuiste desterrado, tú mismo te expulsaste. Ningún otro pudo hacer tal cosa. Pues si recuerdas la patria de donde procedes, verás que no está regida por el gobierno del pueblo, como antiguamente el de los atenienses. "Ahora uno solo es Señor, uno solo

Rey"[18]. No se alegra con la frecuente expulsión de los ciudadanos. Y someterse a su freno es la libertad auténtica, así como obedecer sus leyes es ser libre. ¿Has olvidado acaso la más antigua ley de tu ciudad, que concede el sagrado derecho de no ser desterrado al ciudadano que ha elegido levantar su hogar en su suelo? Ningún hombre, por tanto, ha de temer el exilio si se pone al abrigo de sus muros y sus fosos. Por otro lado, quien no quiere vivir dentro de la ciudad es evidente que renuncia a sus derechos.

»No es, por tanto, la vista del lugar lo que me preocupa ahora, sino tu persona. Ni me detengo tampoco en la contemplación de las paredes de tu biblioteca, decoradas con cristalería y marfil. Estoy interesada en el anaquel de tu alma en el que en otro tiempo deposité no libros, sino lo que les da valor: la filosofía o las ideas que contienen.

»Por supuesto que los servicios prestados por ti al bien común son ciertos, pero demasiado escasos, si miramos los pingües beneficios que te han reportado. Es también conocida la verdad o falsedad de los cargos que se te imputan, como también recordaste. Hiciste bien al pensar que deben esclarecerse los crímenes y fraudes de tus delatores, tanto más que la voz del pueblo, que todo lo recuerda, es la mejor y la más elocuente manera de difundirlos. Te ensañaste particularmente contra el proceder injusto del senado. Te quejaste igualmente de la acusación contra mí dirigida y lamentaste la quiebra de tu reputación, injustamente herida.

»Luego, encendido en ira contra la fortuna, deploraste que los premios se distribuyeran sin tener en cuenta los

18. Homero, *Ilíada*, II, 204.

méritos de cada uno. Y, por último, en los versos de tu musa irritada formulaste el voto de que la paz que rige los cielos gobierne también la tierra.

»En este estado de ánimo, embargado por afectos y pasiones tan encontrados, tu espíritu zarandeado por el dolor, el pesar y la ira, no está todavía para remedios más fuertes. Emplearé, pues, medicinas más suaves, a fin de que el tumor exacerbado por tus agitadas pasiones te permita recibir un tratamiento más eficaz, después de ablandarlo con mis caricias.

VI. »Quien confíe el grano a surcos esquivos
cuando la constelación de Cáncer
se abrasa bajo los ardientes rayos de Febo,
verá rotas sus esperanzas puestas en Ceres
y tendrá que buscar la sombra de las encinas.
Nunca vayas a buscar violetas
en el prado florido cuando el furioso Aquilón[19]
sopla haciendo tiritar los campos,
ni te atrevas a cortar con mano codiciosa
los pámpanos en primavera, si es que quieres
gustar los racimos.
Baco prefiere prodigar sus dones en otoño.
Es Dios quien asigna su función propia
a cada estación y no conviene
que el orden establecido por Él se vea
interferido.
Lo que por métodos violentos
rompe el orden establecido
no lleva a un feliz desenlace.

19. Viento del norte.

6. »¿Me permites –dijo ella– que te haga unas cuantas preguntas para descubrir tu estado de ánimo y encontrar así un mejor tratamiento?

–Pregúntame lo que quieras –le respondí yo–. Estoy dispuesto a contestar.

–¿Piensas que nuestro mundo gira sometido a las fuerzas del azar, o crees que está regido por algún principio racional?

–Nunca habría podido creer que acontecimientos de tanta regularidad se debieran a la fuerza ciega del azar. Creo más bien que es Dios su creador, y no llegará el día que pueda apartarme de la verdad de esta creencia.

–Cierto –me dijo ella–, y esto es lo que hace un momento cantabas en tus versos, en que deplorabas el hecho de que sólo el hombre escapa a la voluntad divina. Los demás seres (estás convencido de ello) están dirigidos por la razón. No acabo de entender, entonces, cómo teniendo tan sólidas ideas pueda tu espíritu sentirse enfermo. No obstante, ahondemos un poco más en tu interior. Sospecho que te falta algo. Si no dudas de que es Dios quien gobierna el mundo, ¿puedes decirme de qué medios se sirve?

–No puedo responder a tu pregunta, pues apenas entiendo lo que quieres saber –le respondí.

–¿No estaba yo, entonces, en lo cierto al pensar que algo te faltaba? Por ahí se ha abierto como una brecha en el fondo de tu alma, por donde se ha colado la fiebre que te perturba. Dime, si no, ¿no has olvidado quizás cuál es el fin de todas las cosas y la meta que persigue la naturaleza?

–Sí, lo aprendí alguna vez –respondí–, pero el dolor embota mi memoria.

–Y bien, ¿sabes decirme cuál es el principio de donde vienen todas las cosas?

–Sí, y ya te dije que era Dios.

–¿Y cómo es posible que conociendo el principio de las cosas ignores su fin? Porque las pasiones pueden alterar al hombre, pero no desarraigarlo y arrancarlo del todo. Quiero que me respondas también a esta otra pregunta: ¿Te acuerdas de que eres hombre?

–¿Podría no acordarme? –le dije.

–¿Puedes decirme, entonces, qué es el hombre?

–¿Me preguntas, acaso, si sé que es un ser racional y mortal? Lo sé y reconozco que yo lo soy.

–¿Y estás seguro de que no eres algo más? –insistió ella.

–Nada más.

–Ahora veo la otra causa, o mejor, la mayor causa de tu dolor –sentenció ella–. No has llegado a saber lo que eres. Por eso puedo decirte que he encontrado la razón de tu dolencia y los medios para devolverte la salud. Te cegó la pérdida de la memoria y te llevó a quejarte de tu destierro y del expolio de tus bienes. Y por eso mismo no aciertas a conocer la finalidad de las cosas. Piensas que los corruptos son poderosos y felices. Y porque te olvidaste de los medios que intervienen en el gobierno del mundo, crees que los vaivenes de la fortuna fluctúan sin rumbo. Todas estas causas son graves y llevan no sólo a la enfermedad sino también a la muerte. Pero, gracias al dador de la vida, la naturaleza no te abandonó del todo. La idea exacta que tienes del mundo y de su gobierno es la fuente más importante para tu salvación, pues crees que está sometido a un orden divino y no a las fuerzas ciegas del azar. No temas, pues, ya que de esta chispita saldrá radiante el calor de la vida.

»Pero no es todavía el momento de emplear remedios drásticos. Sabemos, además, que cuando el espíritu humano rechaza la verdad se ve invadido de errores que ori-

ginan la oscuridad de las pasiones e impiden su verdadera contemplación. Intentaré disipar, poco a poco, las tinieblas de tu alma con sedantes suaves y así podrás nuevamente llegar a ver la luz resplandeciente de la verdad.

VII. »Si espesas nubes
cubren las estrellas,
éstas no pueden difundir su luz.
Si soplos borrascosos del Austro[20]
agitan el mar,
las olas, antes transparentes
como días claros, se enturbian con el fango
e impiden su contemplación.
Si los torrentes se despeñan
desde los altos montes,
chocan a veces contra los peñascos
desprendidos de la cumbre.
De la misma manera, si tú quieres
penetrar en la verdad límpida
y caminar por la senda recta,
aleja de ti el bullicio,
ahuyenta el temor,
desecha la esperanza
y desaparecerá el dolor.
Donde reinan todas estas cosas,
la mente se nubla
como atada con fuertes cadenas[21].

20. Viento que sopla de la parte del sur.
21. A lo largo de estos primeros versos se puede advertir ya una de las ideas fundamentales de Boecio: todo en el mundo obedece a un orden establecido por Dios. La misma naturaleza lleva en su desenvolvimiento a descubrir las leyes que rigen el mundo.

LIBRO II

La buena y la mala fortuna: Bienes engañosos y bienes reales de una fortuna adversa o propicia.

1. Después de esto, calló un momento. Y cuando con un pausado silencio atrajo mi atención, prosiguió de esta manera:

–Si no me equivoco, al diagnosticar las causas de tu dolor y tu situación, lo que te duele es el apego y el deseo de tu estado anterior. Su pérdida, tal como te lo hace ver tu imaginación, está socavando tu espíritu. Conozco bien los múltiples disfraces de la fortuna, hasta el punto de prodigar fingidamente sus blandas caricias a los mismos a quienes intenta engañar, para luego abandonarlos repentinamente, sumidos en una insoportable desolación. Si recuerdas su talante, sus costumbres y su valor, advertirás que en ella ni tuviste ni perdiste nada de valor. Pero te aseguro que no me costará mucho traerte todo esto a la memoria. Solías atacarla con palabras viriles cuando se acercaba a ti para seducirte y extraías de mi santuario los argumentos necesarios. Reconozcamos, sin embargo, que todo cambio repentino de la situación acarrea cierta conmoción de los ánimos. Por eso, sin duda, perdiste momentáneamente tu habitual serenidad.

»Es hora, pues, de que tomes y saborees algo ligero y agradable, que, al ser asimilado por el cuerpo, preparará el camino para una comida más sólida. Venga, pues, la fuerza persuasiva de la dulce retórica, que sólo sigue el recto camino cuando no se aparta de mis principios. Y con ella la música, doncella de mi casa, acompañándola con sus cantos, ya graves, ya ligeros.

»¿Qué es, pues, oh hombre, lo que te llevó a la tristeza y al llanto? Creo que has visto algo extraño e inesperado. Pero te equivocas si crees que la fortuna ha cambiado respecto a ti. El cambio es su conducta normal, su verdadera naturaleza. En tu caso particular se ha mostrado constante en su propia inconstancia. Es exactamente lo mismo que cuando te adulaba y te seducía con el señuelo de una felicidad engañosa.

»Acabas de descubrir las caras cambiantes de esta diosa caprichosa. La que se oculta todavía para los demás, a ti se te ha revelado tal cual es. Si apruebas sus modos, acéptalos y no te quejes. Pero si aborreces su perfidia, desprecia y rechaza su juego peligroso. Ha sido para ti motivo de gran pesar lo que debería ser una fuente de paz. Te abandonó, cierto, aquella de quien nadie puede estar seguro de que no le dejará. ¿Estimas realmente digna una felicidad llamada a desaparecer? ¿Qué valor puede tener la fortuna presente si sabes que no es segura su duración y que su pérdida te sumirá en el pesar? Si no puedes sujetarla a tu arbitrio y si su huida trae la ruina de los hombres, ¿cómo no considerar su marcha presagio de calamidades futuras?

»Ni basta con mirar lo que tenemos ante los ojos: la prudencia ha de saber prever el resultado de los acontecimientos. Y la misma ambigüedad de la fortuna hace que no seamos víctimas de sus amenazas ni nos dobleguemos

a sus halagos. Y, lo más importante de todo: una vez sometido tu cuello a su yugo, habrás de soportar con ánimo firme e inalterable todas las cosas que la fortuna te envíe. Si después de haber elegido libremente a la filosofía como dueña y guía segura de tu vida pretendieras retenerla, ¿no serías injusto? Y con tu impaciencia, ¿no exacerbarías una suerte que ya no puedes cambiar? No llegarás a buen puerto, según tu deseo, si dejas tus velas a merced de los vientos. Al echar la semilla en el surco habrás de observar que los años estériles se alternan con los feraces. Si, pues, te sometiste a la dirección de la fortuna, tendrás que adecuar tu conducta a esta señora. ¿Pretenderás, acaso, detener el rumbo tan cambiante de su rueda? ¿No ves, ¡oh el más obtuso de los mortales!, que si la fortuna se detiene, deja de ser lo que es?[22].

I. »Con mano dominante,
la Fortuna cambia el rumbo de los acontecimientos;
y, precipitándose como las agitadas olas del Euripo[23],
aplasta a los reyes antes temidos
y levanta engañosa la frente humillada del vencido.

22. El tema de la fortuna o suerte es tratado aquí y en otros capítulos de forma magistral. Sin embargo, el tema no es nuevo, pues aparece ya en Cicerón. La Edad Media y la literatura posterior retoman el tema de la Fortuna, convirtiéndolo en uno de sus tópicos tanto en la literatura como en el arte en general. Aparece en Dante, Chaucer y en nuestro Jorge Manrique, por no citar sino los más conocidos. Véase, por ejemplo, Dante, *Divina Comedia:* Infierno, VII, 61 ss.
23. Estrecho de mar que separa Eubea de Beocia, en Grecia, agitado por violentas olas.

No atiende a los desgraciados,
ni le importan sus lamentos.
Se ríe, más bien, de los gemidos
que su mismo rigor hizo estallar.
Éste es su juego, y así mide sus fuerzas.
Hace ostentación de su gran poder:
en una misma hora ve pasar de la felicidad al abatimiento.

2. »Me gustaría ahora tratar contigo algunas cosas con palabras de la misma fortuna. Juzga tú mismo si sus demandas son justas.

»¿Por qué, hombre mortal, me haces culpable con tus quejas diarias? ¿Qué mal te he hecho? ¿Te he robado bienes que eran tuyos? Elige el juez que quieras y discute conmigo sobre la propiedad de bienes y honores. Y si me convences de que alguna de estas cosas pertenece por derecho a cualquiera de los mortales, concederé de grado que reclamas lo que es tuyo.

»Cuando la naturaleza te trajo al mundo desde el vientre de tu madre, yo te recibí desnudo e indigente y te alimenté con mis propios recursos. Siempre dispuesta a ayudarte, te eduqué y crié con largueza, rodeándote del esplendor y abundancia de mis propios bienes. Y esto es precisamente lo que te irrita contra mí. Ahora me place retirar mi mano. Pero recuerda que debes agradecerme el haber disfrutado de algo que no era tuyo. No tienes derecho a quejarte como si hubieras perdido cosas que eran tuyas. ¿Por qué, pues, te lamentas? Para nada te he forzado. Riquezas, honores y todo lo que se les parece están bajo mi jurisdicción. Son mis siervos y conocen a su dueña. Cuando yo vengo vienen conmigo, y cuando me voy, desaparecen. Lo afirmaré sin miedo: si fuesen tuyas las

riquezas que lamentas haber perdido, jamás las habrías perdido.

»¿Soy yo, acaso, la única a quien se niega el ejercicio de sus derechos? Puede el cielo inundar de luz a los días para arrojarlos después a la oscuridad de la noche. El año puede cubrir de flores y frutos la faz de la tierra o desfigurarla con hielos y nubes. Se permite al mar acariciar la arena con sus olas o encresparse y rugir con el estruendo de la tempestad. ¿Y podría yo verme encadenada por la insaciable codicia del hombre a una rutina inmutable impropia de mi naturaleza? La inconstancia es mi misma esencia. Éste es mi juego incesante, mientras hago girar veloz mi rueda, contenta de ver cómo sube lo que estaba abajo y baja lo que estaba arriba. Súbete a mi rueda, si quieres, pero no consideres una injusticia que te haga bajar, si así lo piden las leyes del juego. ¿Es que, acaso, desconocías mis costumbres? ¿Te acuerdas de Creso, rey de Lidia, terror de Ciro, reducido lastimosamente a la miseria y condenado luego a ser quemado vivo, y que se vio libre por una tormenta venida del cielo[24]? ¿Olvidas también que Paulo Emilio derramó lágrimas de compasión por todos los desastres sufridos por el rey Perseo, su prisionero[25]? ¿No es éste el coro de las tragedias que lamenta la destrucción de reinos felices por los golpes caprichosos de la fortuna? ¿No oíste contar, siendo joven, que en el templo de Júpiter había dos toneles, uno lleno de bienes y otro repleto de males[26]? ¿Puedes decir algo cuando hasta el presente has recibido más bienes que males, si no me aparté totalmen-

24. Heródoto, *Historia*, 1, 75 ss.
25. Tito Livio, *Historia de Roma*, XIV, 7 ss.
26. Homero, *Ilíada*, XXIV, 527 ss.

te de ti, si mi misma versatilidad es justo motivo para ti de esperar tiempos mejores? ¿Decaerá tu ánimo? ¿No querrías más bien entrar en un mundo abierto a todos, sin esperar a vivir siempre en un mundo privilegiado? No quieras, por tanto, vivir bajo tus propias leyes, viviendo en un mundo que es común para todos.

II. »Aunque la Abundancia
no cerrara su cuerno repleto y derramara
tantos dones
como las arenas que remueve el embravecido
mar,
o como las estrellas que brillan
en un cielo sereno,
el género humano seguiría lanzando al viento
sus quejas y miserias.
Aunque Dios escuchara atento las súplicas de
los mortales,
prodigando sin límites el oro y la riqueza
y colmando al ambicioso de honores
deslumbrantes,
todo lo repartido se consideraría nada.
La voraz codicia engulle su presa
y abre sus fauces pidiendo más.
¿Qué riendas podrían contener en su justo
límite
la desbocada carrera de la avaricia,
si con la misma abundancia de generosos
presentes
se enciende aún más la sed de poseer?
Nunca es rico quien tiembla y gime
creyéndose en la miseria.

3. »Puestas así las cosas, si la fortuna misma hubiera hablado contigo en su defensa no habrías tenido razones para abrir la boca. Si crees, no obstante, que puedes en justicia mantener tu queja, tendrás que hablar. Te doy la palabra.

–Pura palabrería –dije yo entonces– que sabe a retórica endulzada con miel y música y que sólo agrada mientras se escucha. Los que sufren, en cambio, dan un sentido más hondo a su dolor. Por eso, cuando dejan de oírlas, la melancolía interior vuelve a invadir su alma.

–Cierto –replicó ella– que no son estas palabras el remedio de tu mal, sino un simple alivio que te ayudará a suavizar un dolor tan pertinaz. A su tiempo aplicaré algo que llegue hasta el fondo de tu alma. Y deja de pensar que eres un desgraciado. ¿Te has olvidado, acaso, de los muchos y variados momentos de tu felicidad? Pasaré por alto que, al quedarte huérfano de padre, estuviste al cuidado de hombres de la más alta alcurnia. Luego tuviste el privilegio de entrar a formar parte de las familias más distinguidas de la ciudad. Y el don más preciado del parentesco: conquistaste su afecto antes de ser miembro de su familia. ¿Quién no te consideraba el hombre más feliz de la tierra al ver el esplendor de tus suegros, el recato de tu bella esposa y la bendición de abrazar a tus dos hijos varones? No quiero detenerme en otras cosas menores; por eso paso de largo las diversas dignidades y cargos que recibiste de joven y que fueron negadas a personas mayores que tú.

»Con gusto volveré a lo que es la culminación de tu gloria. Si el disfrute de los bienes terrenos lleva consigo una sensación de felicidad, ¿podría su memoria quedar destruida por grande que sea el mal que nos oprime? ¿No fue día memorable aquel en que viste a tus dos hijos salir de tu casa entre el cortejo de los senadores y las aclama-

ciones de la muchedumbre? ¿No fue en verdad fecha memorable aquella en que ocuparon sus sillas curules en la curia y en que tú pronunciaste la *laudatio regia*[27] mereciendo la gloria de tu ingenio y elocuencia, mientras en el circo, rodeado de los cónsules tus hijos, arrebatabas al pueblo expectante que te devolvía los honores del triunfo?

»Coqueteaste con la fortuna y te rendiste agradecido cuando se prodigaba en caricias. Conseguiste el don más preciado que jamás otorgó a un ciudadano. ¿Quieres, acaso, pedirle cuentas ahora? Piensa que es la primera vez que no te ha mirado con buenos ojos. Si recuerdas el número y calidad de cosas tristes y alegres que te han sucedido no podrás negar que has sido feliz. Por otra parte, si no te consideras afortunado porque las cosas que entonces parecían felices han desaparecido, tampoco has de sentirte desgraciado, pues las mismas cosas que ahora parecen penas insoportables desaparecerán también. ¿Por qué te tienes por huésped extranjero recién venido al escenario de esta vida? ¿Piensas encontrar estabilidad en las cosas, si el hombre mismo se ve reducido muchas veces a la nada en un instante fugaz? Pues si alguna vez, aunque rara, se puede esperar la estabilidad de la fortuna, el último día de la vida se convierte también en una especie de muerte de aquélla, por segura que se crea. ¿Qué más da, en consecuencia, que al morir abandones a la fortuna o que ella te deje, huyendo de ti?

27. Discurso encomiástico en honor del emperador o del rey, como en este caso. Se convirtió después en género literario de estilo ampuloso y retórico.

III. »Cuando Febo en su carro de fuego
cruza el cielo y comienza a lanzar su luz,
las estrellas palidecen
y se eclipsa el esplendor de su blanca frente
ante los rayos ardientes.
Cuando el bosque, animado por el soplo tibio
del Céfiro,
se viste del carmín de las primeras rosas,
si sopla el Austro nebuloso
arranca las rosas de las ramas.
Muchas veces el mar en calma
irradia grandeza en sus aguas tranquilas,
pero sopla el Aquilón
y remueve con el fragor de la tempestad
la tranquilidad del mar.
Si tan rara es la faz del mundo,
y si tantos cambios experimenta,
¡cómo confiar en las fortunas caducas de los
hombres
o en sus bienes fugaces!
Consta, y así está decretado por ley eterna,
que nada engendrado es duradero.

4. –Todo lo que dices es cierto –asentí yo–, oh madre verdadera de todas las virtudes. Tampoco puedo negar la carrera velocísima de mi prosperidad. Pero es precisamente esto lo que me quema de dolor al recordarlo. Pues, de todos los reveses de la fortuna, el más triste es el de haber sido feliz.

–Que tú sufras –replicó la Filosofía– por un error de tu manera de pensar no puedes achacarlo al destino. Porque si te seduce el nombre vacío de una felicidad efímera, re-

conocerás conmigo el gran número y diversidad de bienes de que todavía gozas. Por don del cielo mantienes todavía intacto lo más preciado que puede concederte la fortuna. ¿Cómo, entonces, puedes increpar a la desgracia, disfrutando de tus mejores bienes? Te hablo de tu suegro Símaco, que todavía sigue vivo, hombre en pleno vigor y la gloria más ilustre del género humano, lleno de ciencia y de virtud. Y lo que es más, un hombre por quien gustoso darías la vida, que no mira sus sufrimientos y llora por los tuyos. Vive también tu esposa, mujer incomparable por su modestia y nobleza de espíritu y que es, lo diré en una palabra, digna hija de su padre. Vive, sí, hasta el punto de que, hastiada de esta vida, sólo vive para ti. Suspira y se consume en lágrimas, sufriendo por ti, algo que, concedería gustosa, mengua tu felicidad.

»¿Qué más diré de tus hijos cónsules, que ya reflejan (en cuanto lo permite la edad) la imagen y el talento de su padre y de su abuelo? Si, pues, la preocupación principal de los mortales es conservar la vida, ¿por qué no has de reconocerte como el hombre afortunado que conserva todavía ahora bienes más preciosos que la misma vida? Seca ya tus lágrimas. La fortuna no te ha abandonado del todo ni la tormenta se abatió sobre ti con tanta fuerza. Se mantienen firmes las áncoras que no permitirán que desaparezcan el consuelo de hoy y la esperanza del mañana.

-Y pido que no me abandonen -dije yo entonces-. Mientras las anclas estén echadas, cualquiera que sea el rumbo de las cosas, nos libraremos del naufragio. Pero, ya ves cómo ha decaído mi dignidad.

-Si no estás descontento del todo de tu suerte, algo he conseguido -repuso la Filosofía-. Pero no puedo aguantar más esa cantinela constante con la que expresas tu

amargura porque algo falta a tu dicha. ¿Quién es tan feliz que esté completamente de acuerdo con su situación? La naturaleza de los bienes humanos es tan precaria, que hace que o no lleguen todos o no duren perpetuamente. A éste le sobran las riquezas, pero se avergüenza de su humilde cuna. En cambio, este otro, famoso por su nobleza, preferiría no ser conocido, encerrado como está en la estrechez de su economía doméstica. Hay quienes tienen nobleza y dinero, pero lamentan no estar casados. Hay quien hizo un buen partido casándose, pero no tiene hijos y se queja de que amontona dinero para un heredero extraño. Otro, en fin, que se alegró con una prole de hijos e hijas, llora desconsolado los extravíos de éstos. Nadie, por tanto, se contenta fácilmente con su suerte. En todos hay algo que apetece el que no lo conoce y que aborrece el que ya lo ha experimentado. No olvides que cuanto más feliz es el hombre, más ávido de felicidad es. Y si no tiene a mano cuanto desea, se abate ante el menor revés. ¡Tan poco acostumbrado está a la adversidad! ¡Tan insignificantes son las contrariedades que impiden a los privilegiados de la fortuna llegar a la felicidad más perfecta! ¿Cuántos hombres piensas que creerían estar alcanzando el cielo si llegara hasta ellos una mínima parte de las sobras de tu fortuna? Este mismo lugar, que tú llamas destierro, es la patria para sus habitantes. Nada tan cierto como que las desgracias sólo existen en la imaginación. Y, al contrario, toda suerte es buena para el que todo lo recibe con ecuanimidad. ¿Quién es tan feliz que no quiera mudar de condición, después de haber fracasado en su intento? ¡Cuántos pesares amargan la dulce felicidad humana! Al que disfruta de ella le puede parecer dulce, pero nada puede impedir que se vaya cuando ella quiera. Verás por ello cuán miserable es la felicidad de la vida humana:

ni dura mucho tiempo en los que la disfrutan ni satisface del todo a los que la persiguen.

»¿Por qué, pues, oh mortales, buscáis fuera una felicidad que está dentro de vosotros? El error y la ignorancia os confunden. Te haré ver brevemente la felicidad plena. ¿Hay algo más valioso para ti que tú mismo?

»"Nada", me responderás.

»Si, pues, eres dueño de ti mismo, serás poseedor de un bien que nunca querrías perder ni la fortuna podría quitarte. Y para que reconozcas que la felicidad no puede consistir en estas cosas pasajeras, presta atención. Si la felicidad es el sumo bien de la criatura racional, que nadie puede arrebatar (y todo lo que puede ser arrebatado no es el sumo bien, ya que es superado por lo que no se puede quitar), entonces, la fortuna, por su misma inestabilidad, no puede aspirar a llevar al hombre a la felicidad. Atiende además a esto: el hombre que es arrastrado por esta felicidad, ¿sabe o no sabe que ésta es mudable? Si no lo sabe, ¿qué clase de felicidad puede hallar con la ceguera de su ignorancia? Si, por el contrario, lo sabe, no podrá evitar el miedo a perderla, pues no duda que la puede perder. Y así el temor constante le impide ser feliz. ¿O piensa quizás que, si la pierde, no pensará más en ella? De ser así, no deja de ser una prueba más de lo frágil que puede ser un bien cuya pérdida nos deja indiferentes.

»Otra razón. Me consta que eres hombre convencido por innumerables pruebas de que el alma humana no puede morir. Es claro, además, que la felicidad que depende del azar acaba con la muerte del cuerpo. No cabe dudar, por tanto, que si la muerte nos puede arrebatar la felicidad, todo el género humano se precipita en la miseria de la muerte. Sabemos, por otra parte, que muchos hombres han buscado la felicidad no sólo en la muerte,

sino también en los suplicios y los dolores. ¿Cómo, entonces, ha de ser posible que la vida presente haga felices a los que la otra no hace desdichados?

IV »Quien, prudente, quiere fundar
su casa sobre cimiento sólido
y no desea verse abatido
por los vientos fuertes del Euro[28],
evite decidido el océano amenazador,
aléjese de las altas cumbres,
azotadas por el ímpetu del Austro
y las movedizas arenas que se niegan a
soportar
el peso de la casa.
Huya la peligrosa aventura
de lugares que agradan a la vista
y fije seguro su morada sobre la roca humilde.
Aunque soplen furiosos los vientos
sembrando de ruinas el mar,
tú, alejado y en paz,
confiado y feliz dentro de tus fuertes muros,
llevarás una vida serena
riéndote de las iras del viento.

5. »Como veo que ya la fuerza de mis razonamientos empieza a hacer su efecto en ti, pienso que ha llegado la hora de emplear otros más enérgicos. Pues bien, concedamos que los bienes de la fortuna no fueran caducos y momentáneos. ¿Hay algo en ellos que puedas hacer algu-

28. Personificación del viento del este o del suroeste.

na vez tuyo? ¿O, si lo consideras con atención, habrá algo en ellos que no resulte vil y despreciable? ¿Qué hace preciosas a las riquezas: el hecho de poseerlas o su propia naturaleza? ¿Y qué es preferible: el oro o el poder de una riqueza acumulada? Pero el dinero brilla más cuando se gasta que cuando se amontona en el arca. Por eso mismo la avaricia hace odiosos a los avaros y famosos a los que dan con largueza. Y puesto que lo que se da a otro no puede permanecer con uno mismo, el dinero adquiere precisamente más valor cuando con largueza se hace pasar a otros, dejando de poseerlo. Así, si este mismo dinero pudiera llegar a manos de uno solo, reunido de todas las partes del mundo, haría pobres a todos los demás hombres. Contrariamente a lo que sucede con la voz, que llega a los oídos entera y sin mengua, vuestras riquezas no pueden ir a parar a manos de muchos so pena de dividirlas repetidas veces. Lógicamente, hacen más pobres a los mismos que abandonan. ¡Cuán pobres y miserables, por consiguiente, son las riquezas! Nadie puede poseerlas todas juntas. Y si uno las hace suyas, trae la pobreza a los demás.

»¿Ofusca tus ojos el fulgor de las piedras preciosas? Repara, sin embargo, en que si hay algo valioso en su brillo, es de las perlas, no de los hombres. No salgo, pues, de mi asombro ante la arrebatada admiración de los hombres por ellas. ¿Cómo puede parecer hermoso por definición a los ojos de un ser dotado de vida y razón algo que no tiene vida ni movimiento? Esas piedras, por ser obras del Creador y por su ulterior destino, pueden tener cierta belleza, pero inferior a tu rango, de manera que no pueden merecer tu admiración.

»¿Te deleita la belleza del campo? ¿Y por qué no, si es una parte hermosa de la obra bellísima de la creación? De

la misma manera nos alegramos con la contemplación del mar, del cielo, de las estrellas, de la luna, del sol. ¿Acaso te pertenece algo de todas estas grandezas? ¿Te puedes jactar del brillo de estos astros? ¿Te puedes ufanar con las galas de las flores de primavera? ¿O es obra tuya la explosión de vida que exhiben los frutos del otoño? ¿Por qué te extasías con alegrías tan vanas y te dejas abrazar por bienes que están fuera de ti y que no son tuyos? La fortuna nunca hará tuyas las cosas que la naturaleza te negó. Cierto que los frutos de la tierra están destinados a alimentar a los seres vivos, pero si lo que quieres es satisfacer solamente tus necesidades (y esto es lo que la naturaleza exige), no tiene sentido pedir lo superfluo a la fortuna. La naturaleza se contenta con pocas y sencillas cosas. Si a lo suficiente por naturaleza se añade lo superfluo, se convertirá en algo feo, cuando no dañoso.

»Piensas, quizás, que lo elegante es destacar por la variedad de los vestidos. Pero si el vestido exterior es lo que arrastra a los ojos, mi admiración irá hacia la calidad del tejido o a la maestría del sastre. ¿O te hace feliz tener una larga fila de servidores? Pues atiende: o son viciosos, y entonces harán de tu casa una carga peligrosa y altamente hostil a su dueño, o son honrados. Y, entonces, ¿cómo contarás entre tus riquezas la honradez y probidad ajenas?

»De todo esto se deduce claramente que ninguna de las cosas que tú encuentras entre tus bienes es tuya. Y si ninguna de ellas es digna de apetencia por su bondad intrínseca, ¿por qué llorar su pérdida o alegrarse por su posesión? Si por naturaleza son deseables, ¿en qué medida te afecta? Serían igualmente apetecibles si no te pertenecieran. No son valiosas porque vinieron a constituir tu riqueza, sino porque te parecían preciosas preferiste hacerlas tuyas.

»¿Qué es lo que buscas con semejantes gritos contra la fortuna? ¿No será, según creo, que quieres ahuyentar la indigencia con la abundancia? Si es así, has errado el camino. Se necesitan muchos más medios para mantener esa vida de tanto lujo y ostentación, haciendo cierto el proverbio que dice: "Mucho quiere el que mucho tiene". Y, por el contrario, es cierto también aquel otro refrán: "no es más rico el que más tiene, sino el que menos necesita" y mide sus necesidades por la naturaleza y no por los excesos de la ostentación.

»¿Tan carente estás de bienes propios internos, que vas a buscarlos fuera y lejos de ti? ¿Tan cambiado está el orden del mundo, que un ser divino por su razón, como es el hombre, puede pensar que su único esplendor estriba en la posesión de las cosas inanimadas? Las demás criaturas se contentan con su propio bien, pero tú, cuya mente está hecha a imagen de Dios, tratas de adornar tu naturaleza superior con viles objetos y olvidas la gran injuria que cometes contra tu Creador. Él quiso que la especie humana estuviera por encima de todas las demás criaturas, pero tú te has degradado hasta la más vil de todas ellas. Pues si convenimos en que todo bien es más valioso que aquel que lo posee, y si tú estimas dignas de ti las cosas más despreciables, entonces habremos de concluir que tu misma apreciación te sitúa por debajo de esas mismas cosas. Tal es, en verdad, la condición de la naturaleza humana que el hombre se encumbra por encima del resto de la creación en la medida en que reconoce su propia naturaleza. Y cuando la olvida se hunde por debajo de las bestias. Que los demás seres vivos no sepan lo que son es natural, pero que lo ignore el hombre es una degeneración. ¡Tamaño error llegar a pensar que puede ennoblecerte algo que no te pertenece! Además es imposible,

Porque cuando un objeto queda realzado por sus adornos postizos, lo que se alaba en realidad es lo que aparece a la vista. Pero lo que ocultan las apariencias y los velos permanece en su misma fealdad.

»Me niego a afirmar que sea bueno lo que puede dañar a su poseedor. ¿Miento, acaso? "En modo alguno", dirás. Pues bien, las riquezas perjudicaron muchísimas veces a sus poseedores, ya que los más criminales de entre los hombres (los más avaros del bien ajeno) están convencidos de que ellos solos son dignos de poseer todo el oro y piedras preciosas que existen. Gimes ahora bajo la angustia y el miedo al palo y la espada, pero si hubieras entrado en el camino de esta vida con los bolsillos vacíos cantarías de alegría a la vista de un ladrón. ¡Rara felicidad la de las riquezas humanas, que cuando se adquieren dejas de estar seguro!

V. »Dichosa aquella edad primera
que, contenta con los frutos ciertos del campo,
crecía robusta, lejos del lujo enervante,
y encontraba en la simple bellota
el alivio a sus prolongados ayunos.
No sabía fundir las delicias de Baco
con el néctar de la miel,
ni teñir con púrpura de Tiro
las espléndidas sedas de Oriente.
El verde césped ofrecía sueño reparador
y bebida la rápida corriente del arroyo,
y sombra los altos pinos.
Todavía los hombres no habían surcado el
Océano
ni el extranjero visitaba nuevas playas

en busca de mercancías exóticas.
Las trompetas de guerra callaban en silencio
y los campos no estaban teñidos de sangre,
vertida por implacables odios.
¿Qué razón hubo para despertar el furor de la guerra
y mover las armas contra el enemigo,
cuando todos veían con horror las atroces heridas
y no el premio de la sangre derramada?
Oh, si nuestros días volviesen
a las sencillas costumbres de antaño...
Pero, más furiosa que las llamas del Etna,
hierve y nos arrastra la pasión de poseer.
¡Ay!, ¿quién sería el primero que desenterró
el oro y los diamantes, amigos de ocultarse en lo hondo de la tierra,
y puso ante nosotros peligros de tal precio?

6. »¿Qué decir de las dignidades y del poder que vosotros equiparáis al cielo, desconocedores como sois de la dignidad y del poder verdaderos? Si llegaran a caer en manos de cualquier malvado, ¿qué erupción del Etna y qué diluvio podrían ocasionar tanta ruina? Recuerdas, estoy seguro de ello, que tus antepasados intentaron abolir el poder consular, principio y origen de todas las libertades. Ahora bien, ello se debió a la arrogancia de los cónsules, quienes por una causa semejante habían hecho desaparecer de Roma el título de rey. Si, por el contrario, en el caso rarísimo de que las dignidades se dieran a hombres honrados, ¿no es la honradez de su gestión lo que en ellos se estima? De lo que se deduce que no se honra a la virtud en razón del cargo, sino al cargo por la virtud del que lo ejerce.

»¿Qué es, pues, ese poder vuestro tan ilustre y tan apetecido? ¿No os dais cuenta, criaturas terrenales, de quiénes son esos hombres sobre los que creéis ejercer autoridad? ¿Podríais contener una estrepitosa carcajada si vierais que un simple ratón se arrogara la jurisdicción y el poder sobre los demás? Pongamos el caso del cuerpo humano: ¿se puede imaginar algo más débil que el hombre, que con frecuencia cae muerto por la picadura de un insecto o por un microbio depositado en sus entrañas? ¿Y quién tiene derecho alguno sobre otro hombre, a no ser sobre su cuerpo o algo inferior al cuerpo, como son sus bienes? ¿Acaso se puede mandar algo a un espíritu libre? ¿Se puede arrebatar la tranquilidad interior a un alma en paz consigo misma y firmemente anclada en la razón? Un tirano pensó que podría obligar a un ciudadano libre a que denunciara a los cómplices de una conjura contra él. El ciudadano se mordió la lengua hasta cortarla con los dientes y la escupió a la cara del cruel tirano[29]. De este modo, aquello que el tirano creía acto de crueldad, el sabio lo convirtió en materia de virtud. ¿Hay algo, pues, que un hombre pueda hacer a otro que él mismo no pueda sufrir de manos de otro cualquiera?

»Nos cuenta la historia que Busiris[30] hacía degollar a cuantos extranjeros llegaban a Egipto, hasta que él mismo fue muerto a manos de Hércules, su huésped. Régulo sometió a cadenas a muchos prisioneros cartagineses,

29. Aunque no aparece el nombre de este filósofo en el texto de Boecio, Diógenes Laercio, en su obra *Vidas de los más ilustres filósofos griegos*, afirma que fue Zenón de Elea. El mismo Zenón atribuye esta historia a Anaxarco de Abdera y al tirano chipriota Nicrocreonte. Otros prefieren atribuírsela a Anaxágoras.
30. Rey legendario de Egipto.

pero no mucho después hubo de entregar sus manos a las cadenas de los vencidos[31]. ¿Se puede, pues, considerar como poder el de aquel hombre que no puede impedir se haga con él lo que él mismo hizo con otros? Si, además, en esos honores y cargos hubiera algún bien natural e intrínsecamente bueno, no caerían nunca en manos de corruptos y malvados. Porque, en efecto, nunca se juntan elementos contrarios, ya que la naturaleza rechaza tal unión. No hay duda, por tanto, de que la mayor parte de los cargos los desempeñan los malvados, y es igualmente claro que los cargos no son intrínsecamente buenos, pues van vinculados a gente corrupta. Lo mismo habría que concluir respecto a los bienes de la fortuna, ya que van a parar en mayor abundancia a manos de personas no honradas. Hay que hacer otra consideración al respecto. Nadie duda de que quien ha dado muestras de valentía es un valiente, ni de que un hombre dotado de rapidez es veloz. De la misma manera, la música hace al músico, la medicina a los médicos y la retórica a los oradores. Lo propio, pues, de cada disciplina es preparar para el ejercicio de la misma. No se entromete en operaciones contrarias a ella y, en la práctica, rechaza las opuestas. Pero las riquezas no pueden saciar la avaricia. El poder es incapaz de hacer dueño de sí mismo al que es prisionero de las cadenas insolubles de sus vicios. Y cuando un alto cargo recae en hombres indignos, lejos de hacerlos dignos, los delata, haciendo patente su indignidad. Y esto, ¿por qué? Simplemente porque os contentáis con dar falsos nombres a las cosas y les atribuís una naturaleza que no tienen. Pero los mismos hechos se encargan de demostrar lo contra-

31. Cf. Cicerón, *De Officiis*, III, 99.

rio: ni las riquezas, ni el poder, ni las dignidades merecen que se les aplique ese nombre.

»Termino diciéndote que la misma conclusión puede extenderse a todo lo que significa la fortuna. Está demostrado que no hay en ella nada apetecible, nada que tenga valor propio. No siempre se asocia a los buenos, ni hace buenos a aquellos con quienes se asocia.

VI. »Sabemos cuánta muerte acumuló
aquel monstruo que tras poner fuego a la ciudad
condenó a muerte a los senadores
y mató a su propio hermano.
Manchó sus manos con la sangre de su madre
asesinada,
y con una mirada errante
sobre su yerto cadáver,
sin lágrimas en sus mejillas
llegó a ser censor insensible de su ajada
belleza.
Este mismo, sin embargo, rigió a los pueblos
que Febo ilumina cuando sale de las aguas
por Oriente,
a los que oprime el frío Septentrión
y a los que abrasa el seco Noto[32].
¿Pudo, por ventura, este inmenso poderío
cambiar el loco frenesí de Nerón[33]?
Oh, qué destino tan terrible

32. Viento cálido del Sur.
33. Para presentar aquí la figura nada ejemplar de Nerón, Boecio se apoya en la memoria histórica transmitida por historiadores como Tácito en sus *Anales* y Suetonio en *Los doce Césares*.

el de la espada del malvado
cuando se alía con el veneno.

7. –Sabes muy bien –dije entonces a la Filosofía– lo poco que me ha dominado la ambición de las cosas mundanas. Si opté por la política fue con el intento de que mis energías no se atrofiaran.

–Y esto es precisamente –contestó ella– lo que encandila a las mentes superiores, pero que todavía no han llegado al último grado de la perfección: la pasión de la gloria y la fama de haber servido a la república con los mejores servicios. Pero deténte a considerar ahora un ideal tan pobre y tan insignificante. Sabes bien por las demostraciones de los astrónomos que, en relación a la esfera celeste, la tierra tiene el tamaño de un punto. Es decir, que, comparada con la magnitud infinita del cielo, se puede pensar que la tierra no tiene extensión alguna. La superficie de la tierra, por tanto, es bastante pequeña, y de ella, como sabes por Ptolomeo, sólo una cuarta parte habitada por seres vivos nos es conocida. Si de ésta quitas mentalmente la ocupada por mares, lagos y la vasta región de los desiertos, apenas queda una superficie reducidísima para que el hombre pueda vivir en ella. Y, encerrados y amurallados en un mínimo espacio de un determinado punto, ¿soñáis saltar a la fama y dar a conocer vuestro nombre? ¡Como si una gloria encerrada dentro de límites tan estrechos y apretados pudiera tener algún brillo y esplendor!

»Recuerda, además, que en este estrecho recinto en que vivimos tienen su morada numerosos pueblos con lengua, costumbres y modo de vida diferentes. Por la dificultad de los viajes, la diferencia de lengua y el escaso comercio, no llega a estos pueblos no sólo la fama y re-

nombre de hombres importantes, sino tampoco la de ciudades. Ya Cicerón, en una de sus obras, alude al hecho de que en su tiempo la fama de Roma no había traspasado las montañas del Cáucaso. ¡Y eso que Roma había llegado ya a su época adulta y era temida por los partos y otros pueblos limítrofes!

»¿No veis, por tanto, qué estrecha y limitada es la gloria que tratáis de dilatar y propagar? ¿Acaso allí donde la fama del hombre romano no pudo llegar podrá conocerse la gloria de un ciudadano de Roma? ¿Y qué decir de las costumbres e instituciones de estos pueblos tan diferentes que lo que unos juzgan digno de alabanza, para otros merece el suplicio? De donde resulta que aun aquellos a quienes seduce la gloria no son capaces de llevar su nombre a muchos pueblos. Así, pues, conténtese cada uno con que su gloria esté presente entre los suyos y con que el brillo de su preclara inmortalidad se limite a los confines de su propia patria.

»¿Cuántos hombres famosos en su tiempo cayeron en el olvido por falta de historiadores que se acordaran de ellos? Y, a pesar de esto, ¿de qué pueden servir esas historias, si ellas y sus autores se hunden en un más largo y oscuro olvido? Pero vosotros creéis asegurar vuestra inmortalidad cuando soñáis en vuestra gloria venidera. Pero si se compara la duración del tiempo con la eternidad infinita, ¿qué sentido tiene gloriarse de la perennidad del propio nombre? Si se compara un instante con diez mil años (aunque el espacio de ambos es bien definido), encontrarás alguna fracción real de tiempo, por mínima que sea, que exprese dicha diferencia. Adviertes, sin embargo, que este número de años o su múltiplo, por grande que sea, no admite comparación con la eternidad infinita. Porque, aunque las cosas finitas pueden compararse

entre sí, nunca se podrán comparar las cosas finitas con las infinitas. De tal manera que la fama de un hombre, por mucho que se perpetúe, si se compara con la eternidad interminable, se ha de estimar no sólo pequeña, sino totalmente inexistente.

»Pero vosotros no sabéis obrar bien si no ponéis vuestra mirada en el favor popular y en vanos rumores. Dejáis a un lado la excelencia de la conciencia y de la virtud y corréis en busca del premio en las habladurías del vulgo. Que no se te olvide este rasgo de ironía con que alguien ridiculizó la frivolidad de este tipo de arrogancia: un hombre llenó de insultos a otro que se daba a sí mismo el falso nombre de filósofo, llevado no por amor a la verdadera virtud, sino por vanagloria. Quería el primero cerciorarse de si era verdadero filósofo, pues entonces toleraría humilde y pacientemente las injurias recibidas. El falso filósofo aguantó con paciencia la injuria durante un momento. Después, con sangre fría y como insultándole, le dijo: "¿No te das cuenta de que soy un filósofo"? A lo que el otro contestó: "Me habría dado cuenta si te hubieras callado"[34].

»¿Qué les puede quedar, entonces, a esos hombres importantes (pues de ellos estoy hablando) que buscan fama en vez de virtud? ¿Qué, repito, les puede quedar de una fama perecedera, una vez que el cuerpo haya sido disuelto por la muerte? Pues si todo el hombre muere en cuerpo y alma (algo contrario a nuestros principios), la fama queda reducida a nada, ya que la persona a quien se le atribuye ha dejado de existir. Pero si un alma bien consciente de sí misma, libre de su cárcel terrena, se dirige al

34. Anécdota transmitida por Plutarco en *Moralia, De vitioso pudore:* «El insensato se ríe de su vecino, el sabio guarda silencio».

cielo, ¿no despreciará todo lo de este mundo al gozar del cielo y se sentirá feliz por haber dejado la tierra?

VII. »Quien con ansia de espíritu
suspira por la gloria
y la estima bien supremo,
que contemple la inmensidad del firmamento
y la compare con el estrecho recinto de la
tierra:
se sentirá confuso y avergonzado
de llevar un nombre incapaz
de llenar el círculo del mundo.
¿Por qué, hombres soberbios,
ese vano intento de hurtar el cuello
al yugo de la muerte?
Quizás su fama llegue a tierras remotas
y las lenguas desatadas la difundan a todo
lugar.
Quizás su casa brille con títulos ilustres,
pero la muerte desprecia la gloria altanera
e iguala a los más bajos con los más altos,
planeando lo mismo sobre los humildes
que sobre los poderosos.
¿Dónde encontrar hoy los huesos ilustres del
fiel Fabricio?
¿Dónde está Bruto o el severo Catón[35]?
Sólo queda una tenue fama
que evoca un nombre vano en unas pocas
letras.

35. Fabricio, Bruto, Catón, son ejemplos romanos clásicos de austeridad, justicia y rigor.

Podemos conocer sus nombres gloriosos,
pero ¿se puede saber quiénes los llevaron?
Yacéis en el más profundo olvido
y por grande que sea vuestra fama
no permite conoceros bien.
Pues si creéis que la fama
puede alargar la vida de un nombre mortal,
llegará un día en que se os arrebate también
todo eso
y ya no os quedará más que una segunda
muerte.

8. »Pero no creas que estoy haciendo una guerra inexorable contra la fortuna. A veces los hombres se dan cuenta de las malas jugadas que les hace, como cuando descubren lo que es, desvela su rostro y poner de manifiesto sus malas artes. Quizás no entiendas todavía lo que estoy diciendo. Trato de decir algo muy particular; por eso, apenas si encuentro palabras para explicártelo. Pienso, en efecto, que la fortuna aprovecha más a los hombres cuando les es adversa que cuando les es propicia. La buena fortuna siempre engaña con sus falsas apariencias de felicidad. La adversa siempre es sincera, pues en su misma mutabilidad demuestra lo que es: inestable. La primera engaña, la segunda instruye. Aquélla seduce con sus falsas riquezas, seduce el alma de los que disfrutan de ella. Ésta, en cambio, libera a los hombres por el reconocimiento de lo frágil que es la felicidad. Así, pues, habrás de imaginar a la buena fortuna como voluble y a merced del viento, siempre ignorante de sí misma. A la mala la verás sobria, recatada, prudente, porque tienes la experiencia de la desgracia. Finalmente, la llamada buena fortuna, con sus halagos, aparta del bien verdadero, y la adversa

arrastra muchas veces a los hombres prendidos en su arpón y los devuelve a la verdadera felicidad. ¿Crees ahora insignificante que la hosca y terrible fortuna te haya descubierto el corazón de tus amigos? Te ha descubierto el rostro de tus verdaderos y falsos amigos. Y al abandonarte, se llevó consigo a sus amigos. Y te dejó a los tuyos.

»¿No habrías pagado tú lo indecible por este favor antes de ser visitado por la desgracia y cuando, según creías, ella te sonreía? Llora ahora las riquezas perdidas, pero reconoce que has encontrado la más valiosa de todas: los amigos.

VIII. »Si el universo en cambio constante
conserva una armonía;
si los elementos sellan la paz,
siendo entre sí dispersos y dispares;
si Febo trae en su carro de oro
la luz rosada del día;
si Febe preside las noches
guiadas por Héspero[36];
si el mar detiene las olas
dentro de unos límites prefijados;
si la tierra indecisa
no extiende a lo lejos sus fronteras,
y si toda esta serie de fenómenos
se suceden en la tierra, en el mar y en el cielo,
es por la fuerza del amor.
Si éste aflojara las riendas,
todas las cosas que ahora viven en paz,

36. Personificación del lucero de la tarde.

irían a una guerra cruel.
Y si ahora la perfecta conjunción de todos
crea la armonía de sus movimientos,
entonces librarían continua guerra
para destruir la máquina del mundo.
Es el amor el que une a los pueblos
y los mantiene en el vínculo sagrado de la paz.
Es el amor el que estrecha la santidad del matrimonio
con la más casta ternura.
Es el amor el que promulga las leyes
de la más fiel amistad.
¡Oh, feliz género humano,
si el Amor que rige los cielos
gobernara también los corazones[37]!

37. Se puede ver aquí la síntesis del libro II: el amor es la fuerza que empuja y une todos los seres: a los hombres, a los pueblos, a las familias. El amor es el que dicta las leyes de la amistad. Es el que detiene la guerra. El poema termina con un deseo: ¡Ojalá que el amor que rige los cielos gobierne los corazones! Boecio combina aquí elementos de diversas escuelas y filósofos, como los estoicos y los presocráticos Heráclito y Empédocles. En conclusión: el mundo no está sometido a los vaivenes de la Fortuna; el Amor mantiene el orden y la permanencia en el cosmos.

LIBRO III

Todos los hombres buscan la felicidad, que no se encuentra en los bienes particulares, sino en Dios, bien universal y supremo.

1. Ya había ella terminado su canto, pero yo, ávido de escucharla, seguía absorto, pendientes mis oídos de la dulzura de sus versos. Pasado un instante, me dirigí a ella:

–Oh, tú, el mayor consuelo de los espíritus abatidos –le dije–. Cómo me han confortado la cadencia de tu voz y la solidez de tus consejos. Desde ahora ya no me sentiré incapaz de arrostrar los golpes de la desigual fortuna. Me hablaste de remedios demasiado ásperos. Pero no sólo no los aborrezco, sino que estoy dispuesto a oírte más, y te lo pido fervientemente.

–Lo adivinaba –respondió ella– al ver con qué silencio y atención captabas mis palabras. Te diré más: esperaba de ti esa tu actitud de espíritu. O, mejor dicho, yo la desperté en ti. Quizás lo que me queda por decirte te amargue al paladearlo, pero, una vez asimilado, experimentarás dulzura.

»Decías que estabas ávido de escucharme. Lo estarías más si supieras a dónde quiero llevarte.

–¿A dónde? –le dije.

–A la felicidad verdadera –contestó ella–. A esa felici-

dad con la que sueñas, pero que no puedes ver porque tu mente está ofuscada por sombras engañosas.

–Háblame, por favor –repliqué yo– y muéstrame sin rodeos cuál es y dónde está la verdadera felicidad.

–Lo haré con gusto por ti –prosiguió ella–. Pero antes trataré de describir y representar con palabras una idea de felicidad que te sea más conocida. De este modo, con una visión clara de la misma, al volver tu mirada hacia atrás podrás reconocer en qué consiste la verdadera felicidad.

I. »Quien desea sembrar un campo virgen
limpia primero la maleza de la tierra
y corta con la hoz las zarzas y helechos
para abrir el camino a Ceres,
que vendrá cargada de cosecha abundante.
La lengua que ha gustado antes algo amargo
encuentra más dulce la miel de las abejas;
y los astros parecen tener una luz nueva
cuando el Noto ha pasado con sus truenos y tormentas.
Cuando el lucero del alba ahuyenta las tinieblas,
el nuevo día suelta los caballos de la rosada aurora.
También tú, para ver primero los falsos bienes,
tendrás que empezar a sacudir el yugo de tu cuello
y llegarán a tu alma los bienes verdaderos.

2. Por un instante, la Filosofía quedó con los ojos fijos en el suelo, como recogida en su santuario interior. Después habló así:

–El afán de los mortales, atizado por múltiples pasiones, discurre por caminos diferentes, pero todos tratan de llevar a un único fin, la felicidad, un bien que, una vez conseguido, no permite desear otra cosa. Es la suma de todos los bienes y los encierra todos. Si le faltara alguno, ya no sería el bien supremo, pues quedaría excluido algo que puede ser objeto de deseo. De donde resulta que la felicidad es un estado perfecto del alma, causado por la reunión de todos los bienes. Un estado que, como hemos dicho, todos los mortales se esfuerzan por alcanzar, si bien por sendas diferentes. Porque el deseo del verdadero bien está implantado por la naturaleza en el corazón de los hombres y sólo el error los desvía hacia falsos bienes.

»Hay hombres que creen que el bien supremo consiste en no carecer de nada y se afanan por acabar nadando en la riqueza. Otros piensan que el verdadero bien está en llegar a los más altos honores y dignidades, y luchan por ser acreedores del respeto y estima de sus ciudadanos. Éstos apuestan por el sumo bien cifrándolo en el poder supremo y quieren mandar a toda costa o tratar de engancharse a los que lo ostentan. Aquéllos sueñan con la fama y corren para ver su nombre esclarecido con las hazañas de la guerra o de la paz. Y son incontables los que miden la dicha suprema por la alegría y el gozo que ésta reporta. Para éstos la máxima felicidad es nadar en delicias. Y cuántos confunden los fines con los medios hasta el punto de llegar a desear las riquezas por el poder y los placeres que traen consigo. Otros, en cambio, ansían el poder por el dinero o por la fama. En estos y otros fines semejantes se centra la actividad y el deseo de los hombres: se desea la fama y la popularidad porque parecen conferir una especie de renombre, o se buscan una mujer e hijos por el placer que dan. En cuanto a los amigos, don divino,

los mejores habrá que atribuirlos no al dinero sino a la virtud. Todo lo demás se busca o por el placer o por el poder.

»Por lo que se refiere a los bienes corporales, es claro que se refieren a otros más altos. Así, la fuerza física y el tipo exterior parecen llevar al dominio sobre los demás; la belleza y la agilidad, a la fama; la salud, al placer. De todo esto es lógico concluir que lo único que los hombres desean es la felicidad. Y todo lo que el hombre desea por encima de lo demás es su bien supremo. Más arriba hemos definido la felicidad como la posesión del sumo bien. En consecuencia, la felicidad consistirá en ese estado que cada hombre prefiere a todos los demás. Tienes, pues, ante tu vista, todas las formas de felicidad humana: riquezas, honores, poder, fama, placeres. Al reconocer tan sólo estas formas de felicidad, Epicuro, con perfecta lógica, llamó sumo bien al placer, pues, en última instancia, todos los demás bienes proporcionan placer[38].

»Pero volvamos a las aspiraciones de los hombres, cuyo espíritu no cesa de buscar una y otra vez, si bien entre sombras, su propia felicidad. En esto se semejan al ebrio que no encuentra el camino para volver a casa. ¿Diremos acaso que la gente que lucha por no carecer de nada se equivoca? A este respecto hay que recordar que la felicidad perfecta consiste en la plenitud de todos los bienes, un estado de carencia de necesidades y autosuficiente. ¿Podemos decir también que se equivocan los que piensan que el bien perfecto se alcanza con los máximos

38. Epicuro (341-274 a.C.): filósofo de la época helenística, fundador de la escuela epicúrea de filosofía. Preocupado por la dirección sabia de la vida, su doctrina puede quedar reducida a este principio: «afirmamos que el placer es el principio y el fin de una vida feliz».

honores? No, porque no puede ser vil y despreciable la posesión de aquello a cuya consecución tienden todos los esfuerzos de los hombres. ¿Habrá que tener en cuenta el poder entre los bienes superiores? Ciertamente, porque lo que consideramos como superior no puede sustentarse en bases débiles y tambaleantes. ¿No habrá, entonces, que estar atento a la fama? Sí, porque las cosas de más excelencia no pueden dejar de ser famosísimas. ¿Habrá que decir que la felicidad es un estado que no conoce la ansiedad, la tristeza, y que no está sujeta al dolor y al sufrimiento, ya que aun en las cosas menores se busca lo que proporciona el placer de poseerlas y disfrutarlas?

»Éstos son, por tanto, los bienes que los hombres desean alcanzar. Y si quieren riquezas, honores, poder, gloria y placeres, es porque están convencidos de que a través de ellos alcanzarán independencia, respeto, poder, celebridad y alegría. El bien es, por consiguiente, lo que los hombres buscan por tan diversos caminos. Y no es difícil ver la fuerza de la naturaleza, ya que, a pesar de la diversidad y diferencia de las opiniones, los hombres coinciden en la elección del bien como meta.

II. »Me agrada cantar,
al son de mi bien templada lira,
el poderío con que la naturaleza
dirige las riendas de las cosas;
y cómo con sus leyes mantiene providente
la estabilidad del infinito mundo,
uniendo todas las cosas y estrechándolas
con lazo indisoluble.
Aunque el león púnico
arrastre preciosa cadena

y tome su alimento de la mano del temido
domador,
receloso del golpe del látigo,
si la sangre llega a teñir sus fauces salvajes,
despertará su dormida fiereza de león.
Y, reconociendo quién es, con sus rugidos
lanzará al viento la cadena de su cuello
y con afilados dientes desgarrará a su dueño,
primera víctima de su rabia enfurecida.
El ave canora que, desde las altas ramas,
lanza al aire su inagotable melodía,
se ve ahora encerrada en una jaula.
Aunque haga las delicias del hombre,
que la cuida con mimo, le da comida regalada
y abundante
y bebida en tazas endulzadas con miel,
si a través de las rejas de su jaula
divisa la placentera sombra del bosque,
dejará la comida desparramada en el suelo
con la sola ansia de retornar al bosque,
pues al bosque sólo canta con su meliflua voz.
Obligada por una mano fuerte,
se doblega hacia el suelo la rama vigorosa;
si la suelta la mano que la dobló,
se erguirá de repente
y seguirá de nuevo mirando al cielo.
Febo se hunde cada día en las aguas de
Hesperia,
pero por camino desconocido conduce su
carro
hasta su acostumbrada salida por Oriente.
Todas las cosas vuelven a encontrar su curso.
y todas se alegran cuando lo han encontrado.

No hay orden establecido duradero
más que el que une su principio con su fin
y lo convierte en un círculo inmutable.

3. »También vosotros soñáis con vuestro origen, ¡oh moradores de la tierra!, a pesar de tener de él una vaga imagen. Tenéis una cierta idea, aunque no clara, sí real, del objeto verdadero de vuestra felicidad. Sin duda por eso os guía un natural sentido de orientación hacia la felicidad verdadera, de la que os desvían múltiples errores.

»Medita, pues, si los hombres pueden alcanzar el objetivo que buscan por los medios con que pretenden conseguir la felicidad. Si el dinero, los honores y demás bienes señalados arriba fueran capaces de crear una situación en que no faltase nada, podría admitir que la posesión de tales bienes hace felices a algunos. Pero si no pueden dar lo que prometen, y de hecho aun con ellos siguen faltando otros muchos, ¿cómo no concluir que es falsa y engañosa la apariencia de felicidad que transmiten?

»Quiero, pues, hacerte en primer lugar algunas preguntas, ya que hace poco nadabas en la abundancia. En medio de tan gran cúmulo de riquezas, ¿no te sentiste turbado por la inquietud fruto de alguna contrariedad?

–Sí –le dije yo–. Y no puedo recordar día en que mi espíritu estuviera libre de preocupación.

–¿No se debía a que te faltaba algo que tú no querías perder, o a que estaba presente algo que tu querías alejar?

–Sí, así es.

–Entonces, ¿deseabas la presencia de lo uno y la ausencia de lo otro?

–Eso es –contesté.

–Pero deseamos aquello mismo que nos falta –añadió la Filosofía.

–Cierto.

–¿Y si uno carece de algo, se puede considerar totalmente suficiente?

–De ningún modo.

–¿Sentiste tú esta misma insuficiencia cuando vivías rodeado de riquezas?

–Por qué negarlo.

–Resulta, pues, que las riquezas no pueden impedir que el hombre se vea libre de deseos y no se baste a sí mismo, como parecían prometer. Y pienso, además, que es muy importante saber que el dinero no se deja arrebatar fácilmente contra la voluntad de los que lo poseen.

–Sí, lo confieso.

–¿Y cómo no confesarlo, si el más fuerte lo arrebata a diario de las manos del poseedor? ¿De dónde, si no, esas reclamaciones tan frecuentes del foro, pidiendo a voces el dinero sustraído o por la violencia o por la astucia?

–Sí, así es –le dije.

–Necesitamos, por tanto, de ayuda exterior para poder resguardarlo.

–¿Y quién podría negarlo?

–A pesar de ello, no se necesitaría tal ayuda si no pudiera perderse la posesión del dinero.

–Sin duda alguna –afirmé.

–La lógica, pues, nos ha llevado a un resultado contrario. La riqueza, pensada para que el pobre pueda bastarse a sí mismo, le convierte en dependiente de la ayuda ajena. ¿Cuál es en tal caso el poder de las riquezas para alejar la necesidad? ¿Es que los ricos ya no tendrán hambre, no padecerán sed ni sufrirán ya los rigores del invierno? Dirás que los ricos tienen medios para saciar el hambre y para calmar la sed y el frío. Fíjate, no obstante, en que si las riquezas pueden satisfacer la necesidad, no la supri-

men totalmente. Porque esta acuciante y siempre exigente necesidad se puede satisfacer con las riquezas, pero, una vez satisfecha, pide más. No hay por qué insistir en que la naturaleza se satisface con pan, mientras que la ambición no se satisface con nada. Por tanto, si las riquezas, lejos de ahuyentar la necesidad, la provocan, ¿que razón hay para pensar que ellas solas son suficientes?

III. »Aunque la desenfrenada fiebre del oro
empuje al rico a amontonar tesoros
que no habrá de disfrutar,
aunque cuelguen de su cuello
perlas del Mar Rojo[39]
y labre sus campos con cien yuntas de bueyes,
no le dejará tranquilo
el cuidado mordedor de sus riquezas
ni, una vez muerto, le acompañará al sepulcro
la fugaz fortuna.

4. »Hablemos ahora de los cargos que proporcionan honorabilidad y respetabilidad al que ha accedido a ellos. ¿Tienen acaso los altos cargos fuerza suficiente para hacer virtuosos a aquellos que los ejercen? ¿O para apartarlos de sus vicios? Más bien lo contrario, ya que, en vez de erradicar el mal, lo ponen de manifiesto. Por eso nos indigna ver que los altos cargos caen muchas veces en manos de los más viles. El mismo Catulo llama a Nonio una

39. Los romanos llamaban Mar Rojo al Golfo Pérsico, conocido entonces como *Mare Rubrum*, no al que nosotros conocemos como tal y del que habla la Biblia (Éxodo, 14-15).

especie de "forúnculo maligno", a pesar de sentarse en la silla curul[40].

»¿No ves la deshonra que los altos cargos acarrean a los corruptos? Su indignidad sería menor si no estuvieran investidos de tales honores. ¿Cómo pudiste tú mismo arriesgarte a entrar en el consulado con Decorato[41], viendo en él un espíritu malvado, el bufón y delator más infame? No podemos considerar dignos de respeto por su cargo a los que juzgamos indignos de tales honores. A un hombre dotado de sabiduría, ¿podrías no considerarlo digno de respeto y de la sabiduría que demuestra?

–No.

–Porque la virtud lleva siempre su dignidad propia y la transmite a cuantos la poseen. Pero, como los cargos públicos no tienen ese don, es claro que carecen de la belleza propia de la dignidad.

»Hay que tener en cuenta al respecto lo siguiente: un hombre es tanto más despreciable cuanto mayor es el desprecio del común de la gente. De la misma manera, el hecho de estar investido de un cargo público no hace a nadie digno de tal honor. Lo pone al alcance de todas las miradas, pero no puede hacer de él un hombre digno de respeto, al contrario, lo hace más despreciable. Y no sin impunidad, porque el malvado envilece los cargos que ostenta y los contagia con su contacto.

»Un ejemplo te hará ver cómo esas fugaces sombras de dignidades no pueden otorgar el verdadero honor. Supón que alguien que ha desempeñado la magistratura varia

40. Catulo, *Poemas*, 52.
41. Abogado y cuestor romano a quien –en contraste con las palabras de Boecio– Casiodoro y Emodio alaban por sus cualidades.

veces se presenta en un país extranjero. ¿Se hará respetable a los extranjeros por sus funciones? Si el honor fuera un producto natural de los altos cargos, se vería siempre en cualquier parte del mundo, del mismo modo que el fuego no deja de calentar en cualquier parte de la tierra. Pero, como los cargos no tienen de por sí más valor que el que les atribuye la errónea opinión de los hombres, tan pronto como alguien accede a ellos, se desvanece su prestigio ante quienes no ven su carácter honorífico.

»Esto, por lo que respecta a los extranjeros. Pero ¿tales cargos van a durar para siempre en su lugar de origen? Hubo un tiempo en que la dignidad de pretor era un oficio de gran poder, pero ahora no es más que un nombre vacío y una pesada carga para el orden senatorial. Dígase lo mismo del que antiguamente ejercía como delegado de abastos, tenido por un gran hombre y ahora considerado como el más bajo de los oficios. Pues, como acabamos de decir, si algo carece de valor en sí, su precio varía o desaparece según la opinión.

»Los altos cargos, por tanto, no pueden hacer a los que los ejercen personas dignas de respeto. Si, además, se ven manchados al contacto de hombres viles; si con el cambio del tiempo pierden todo su esplendor; y si, finalmente, se deprecian según el gusto de la gente, ¿qué belleza o bondad apetecible en sí misma pueden encerrar y mucho menos dar a otros?

IV. »Aunque el tirano Nerón llevara
vestidos de púrpura de Tiro
y diamantes resplandecientes,
todos veían con malos ojos
su lujo desenfrenado.

Y aun cuando el malvado sobornara
con despreciables sillas curules
a venerables padres de la patria,
¿quién podría seguir llamando felices
a quienes hombres viles colman de honores?

5. »¿Acaso el rey o un amigo del rey puede hacer poderoso a alguien? ¿Y por qué no, dirás, si su felicidad se prolonga a lo largo de los años? Sin embargo, tanto la edad antigua como la presente están llenas de ejemplos de reyes que pasaron del esplendor a la ruina. ¿Y qué clase de poder es ese que no se siente capaz de sostenerse a sí mismo?

»Porque, si el poder regio es origen de felicidad, ¿no habrá que pensar que cuando falte aquél disminuirá también ésta y sobrevendrá la desgracia? Por muchos que sean los súbditos de un rey, lógicamente serán más los que escapan a su dominio. En consecuencia, allí donde no llegue ese poder que da la felicidad sobrevendrán el desorden y la ausencia de poder, que hace desgraciados. De donde se deduce que a los reyes les espera un mayor número de desdichas. Sin duda por eso, un tirano que conocía bien los peligros de su condición simbolizó el miedo del gobernante con una terrible espada que pendía sobre su cabeza[42].

»¿Qué poder es ese, entonces, que no puede alejar los embates de las preocupaciones ni el aguijón de las inquie

42. Alusión a Dionisio I, tirano de Siracusa (Sicilia) (430-467 a.C quien invitó a su consejero Damocles a un banquete y lo mandó sentar bajo una espada desnuda suspendida sobre su cabeza por un simple cabello. Quiso así simbolizar la naturaleza precaria de la felicidad.

tudes? ¡Cómo quisieran los reyes vivir libres de preocupaciones y no pueden! ¡Como para jactarse de su poder! ¿Crees que un hombre es poderoso si ves que le falta algo que no puede alcanzar? ¿Poderoso quien camina con un guardaespaldas porque tiene más miedo que aquellos a quienes aterroriza y quien, por parecer poderoso, depende de sus mismos cortesanos?

»¿Y qué puedo decir de los amigos del rey, habiendo ya demostrado tanta inconsistencia como hay en los mismos reyes? Los aplasta el poder real, aunque muchas veces éste siga incólume, y otras, después de haber caído. Nerón obligó a Séneca, su amigo y preceptor, a elegir la muerte que más le agradara. Y Antonino entregó a la espada de sus soldados a Papiniano, cortesano poderosísimo[43]. Ambos estuvieron dispuestos a renunciar a su poder, y Séneca trató incluso de entregar su dinero a Nerón y así poder retirarse a la vida privada. Empujados a la ruina por su propio peso, ninguno de los dos pudo lograr lo que pretendía.

»¿Qué clase de poder es este que es temido por los que lo detentan, que no da seguridad cuando lo quieres mantener y que no puedes evitar cuando deseas dejarlo? ¿Hay alguna ayuda en los amigos que depara la fortuna y no la virtud? El amigo que se acercó en el tiempo de la prosperidad se tornará enemigo en la hora de la desgracia. ¿Y qué peste hay más mortífera que un amigo convertido en enemigo?

43. Referencia al emperador Caracalla (Aurelio Antonino), quien ordenó la muerte de su hermano Geta y posteriormente mandó decapitar a Papiniano por negarse a justificar ante el Senado ese asesinato.

V. »Quien quiera ser poderoso
deberá dominar sus fieras pasiones
y no doblar jamás su cuello vencido
al yugo innoble del placer.
Pues aunque hagas temblar a la India lejana
bajo el peso de tu ley
y tus dominios se extiendan hasta los confines
de Tule[44],
si eres presa de negras preocupaciones
y no logras ahuyentar quejas vanas,
no eres un ser poderoso.

6. »¡La fama! ¡Qué engañosa es a menudo, y qué decepcionante! Con razón pudo exclamar el trágico Eurípides:

¡Oh gloria, gloria! A cuántos y cuántos
has hecho grandes, sin mérito alguno de su parte[45].

»Sí, en efecto, son muchos los hombres que deben su renombre a la falsa opinión del vulgo. ¿Puede concebirse algo más vergonzoso? Gente que es alabada sin merecerlo no puede menos de avergonzarse de las alabanzas recibidas. En el caso de que fueran merecidas, ¿tendrían algún valor para el sabio, que mide su felicidad no por el rumor popular, sino por la voz de su conciencia? Si se ha de tener por algo honroso y halagador ver difundido por doquier

44. Tule o Thulé, identificada como Islandia o Mainland, en las islas Shetland, era el límite norte más lejano del mundo conocido, lo mismo que la India era el límite más lejano del este.
45. Eurípides, *Andrómaca*, 319. Aquí, como en otros lugares de la *Consolación*, Boecio transcribe el texto griego original.

el propio nombre, habrá que juzgar vergonzoso no darlo a conocer. Pero, como acabamos de demostrar, habrá necesariamente pueblos a los que no llegará nunca la fama de un individuo. De lo que resulta que ese hombre a quien tú consideras famoso no llegará nunca a serlo ni siquiera en las zonas vecinas de la tierra. No considero, pues, digno de atención ese carisma popular que no tiene base sólida ni firmeza suficiente para mantenerse estable.

»Por lo que se refiere a los títulos de nobleza, ¿quién no ve su futilidad? Si hablamos de su fama, es algo que no les pertenece. Parece más bien una nobleza heredada de los antepasados. Porque si la fama es producto de la alabanza, es justo pensar que sean famosos aquellos de quienes se habló bien. No puede, por tanto, hacerte noble la gloria ajena, si tú no la mereces. Pues, si algún bien hay en la nobleza, pienso que es éste: que la condición heredada por los nobles no desmerezca de la virtud de sus mayores.

VI. »Todo el género humano surge de un mismo origen.
Uno es el padre de todas las cosas.
Uno solo lo dispone todo.
Dio su luz al sol y sus fases a la luna,
puso a los hombres sobre la tierra
y a los astros en el cielo.
Trajo el alma del cielo
y la encerró en el cuerpo, dando así a todos los mortales
un noble origen.
¿Por qué, pues, os jactáis de vuestro linaje?
Si miráis a vuestro origen
y veis a Dios como Creador,

ningún hombre será un degenerado,
a no ser que reniegue de su origen
enfangándose en los vicios.

7. »¿Qué decir de los placeres del cuerpo, cuya apetencia está llena de ansiedades y su satisfacción termina en remordimientos? ¡Qué de enfermedades y dolores insoportables, frutos del vicio, suelen acarrear a los que a ellos se entregan! Ignoro qué atractivo existe en tales excesos, pero el resultado de todos ellos es la tristeza. Lo puede comprobar quien quiera recordar los suyos propios. Pero, si el placer puede hacer felices, nada impide afirmar que las bestias lo son también, pues la única inclinación de su vida se dirige a satisfacer las necesidades corporales.

»Nobilísimo, pues, sería el placer de la mujer y de los hijos. Pero con bastante verdad se ha dicho, no sé de quién, que en los hijos había encontrado sus verdugos. Su situación es preocupante, cualquiera que ésta sea. Y no es necesario que yo te lo recuerde, pues lo has experimentado en otras ocasiones y en este momento no deja de inquietarte. En esto coincido con mi discípulo Eurípides, que llamaba dichoso en su desdicha al hombre sin hijos[46].

VII. »Todo placer ofrece esto:
clava su aguijón a los que lo disfrutan
y, como abeja voladora,
que ha dejado su rica miel,
huye y hiere con implacable picadura
los corazones vulnerados.

46. Eurípides, *Andrómaca*, 420.

8. »Es, por tanto, indudable que estos caminos de la felicidad son muy tortuosos e incapaces de llevar a nadie donde prometen. En pocas palabras te mostraré los muchos males que encierran. ¿Sueñas con amontonar dinero? Tendrás que quitárselo a sus dueños. ¿Quieres el brillo de las dignidades? Habrás de suplicar al que las otorga. Y, en tu deseo de destacar sobre otros en los honores, te rebajarás y humillarás en su búsqueda. ¿Buscas el poder? Te expondrás a las zancadillas de tus subordinados, corriendo graves peligros. Si lo que anhelas es fama, entras por un camino difícil y, perdido, dejas de estar seguro. ¿Quieres llevar una vida desenfrenada? Pero ¿quién no te rechazará con desprecio como a esclavo de algo tan vil y deleznable como es el propio cuerpo?

»Fíjate en qué cosa tan exigua y tan frágil se apoyan los que convierten su vida en los placeres del cuerpo. ¿Acaso te puedes comparar a los elefantes por el tamaño, superar a los toros por la fuerza y adelantar a los tigres en su velocidad? ¡Levantad vuestra mirada a la bóveda del cielo y contemplad la majestad y la rapidez de sus movimientos, y dejad ya de admirar las cosas viles que os deslumbran! Pero, más maravilloso aún que el cielo y sus movimientos, es el que los mueve[47]. El esplendor de la belleza desaparece veloz y más fugaz que el de las flores de primavera. Si, como dijo Aristóteles, los hombres tuvieran los ojos

47. Refleja aquí Boecio la teoría geocéntrica de Ptolomeo, vigente desde el siglo II d.C. hasta Copérnico. La tierra es el centro del universo y en torno a ella giran las distintas esferas de los planetas. Más allá de las estrellas fijas está el *Primum mobile* que pone en funcionamiento todo lo que se mueve.

de Linceo[48] y pudieran ver a través de las cosas, el mismo cuerpo de Alcibíades[49], tan hermoso a la vista, ¿no resultaría feísimo y hasta repugnante si se vieran sus entrañas? No es tu naturaleza la que deja ver tu hermosura, sino la misma debilidad de los ojos que te contemplan. Por mucho que exhibáis la belleza del cuerpo, sabed que unas simples fiebres tercianas pueden dar al traste con ella.

»De todo esto podemos sacar una conclusión, que es ésta: las cosas que no pueden dar la felicidad que prometen, ni todas ellas juntas llevan a la perfección, ni son el camino para la felicidad, ni pueden por sí mismas hacer feliz a nadie.

VIII. »¡Cuán desdichado aquel
a quien arrastra la ignorancia por falsos caminos!
No buscáis el oro en el verdor de los árboles
ni recogéis perlas entre las vides.
No tendéis las redes en los altos montes
para gustar ricos pescados
ni llegáis al mar Tirreno
si preferís cazar las cabras salvajes.
Por el contrario, el hombre sensato conoce bien
los lugares secretos bajo las olas del mar

48. Uno de los argonautas, cuyos ojos eran capaces de ver en la oscuridad y descubrir los tesoros escondidos.
49. General ateniense de finales del s. V a.C. Famoso por su riqueza y su belleza, y especialmente por el uso que hizo de ellas; se puede hallar un retrato de este hombre brillante y disoluto en el *Banquete* de Platón.

y las aguas más ricas en nacaradas perlas
o las que brillan con púrpura,
las que abundan en peces más exquisitos
u ofrecen ásperos erizos.
Pero, todos los hombres, ciegos como están,
se empeñan en ignorar
dónde se oculta el bien que buscan.
Rastrean en lo hondo de la tierra
lo que está más allá de las estrellas.
¿Qué imprecaciones hacer ante mentes tan
estólidas?
¡Vayan en buena hora tras las riquezas y los
honores!
Y que, cuando tras dura brega,
hayan encontrado falsos bienes,
sepan reconocer los verdaderos.

9. »Hasta aquí, creo haber hablado ya bastante sobre la falsa felicidad. Te mostraré ahora, si te fijas con atención, dónde está la verdadera.

–Veo con claridad –le dije– que la independencia no tiene nada que ver con las riquezas, el poder con la realeza, el respeto con los honores, la gloria con la fama, ni la felicidad con los placeres.

–¿Y has captado las razones de por qué es así?

–Creo haberlas visto como a través de una rendija, pero me gustaría conocerlas más claramente por ti.

–La razón es muy clara. Lo que por naturaleza es simple e indivisible, el error humano lo separa, llevándolo desde la verdad y la perfección a la falsedad e imperfección. ¿Piensas acaso que quien no necesita de nada carece de poder?

–De ninguna manera –contesté.

–Razonas bien, pues si a un ser le falta algo en cualquiera de sus aspectos, por fuerza necesitará valerse de otra cosa.

–Así es, en efecto –dije yo.

–¿Consideras, por tanto, que la suficiencia y el poder son de una misma e idéntica naturaleza?

–Así parece.

–¿Tendrías por despreciable a un ser de esta clase, o por el contrario, digno de mayor consideración?

–Sobre esto último no puede caber duda.

–Añadamos ahora la respetabilidad a la independencia y al poder. ¿Juzgaremos por ello que las tres cualidades son una sola?

–Debemos hacerlo, si queremos aceptar la verdad.

–¿Y te parece, entonces, que un ser así dotado tendría que quedar en la oscuridad, sin renombre, o más bien tener fama y celebridad? Concedamos que no carece de nada, que es todopoderoso y es digno del más alto honor. Pero carece de fama, que él no se puede dar, y por eso mismo aparece de alguna manera como algo inferior.

–No puedo dejar de confesar –respondí– que un ser así, tal cual lo hemos supuesto, sería famosísimo.

–Hemos de concluir, por tanto, que la fama no se diferencia de las tres primeras cualidades.

–Concluido, pues –le dije.

–¿Y no sería felicísimo el ser autosuficiente, capaz de conseguirlo todo por sus propios recursos, famoso y digno de reverencia?

–Es inconcebible imaginar que el más pequeño pesar pueda afectar a un ser así. Hay, pues, que admitir que si las demás cualidades o atributos son estables será plenamente feliz –asentí yo.

–Y por la misma razón es inevitable concluir que la autosuficiencia, el poder, la gloria, la reverencia y la felicidad difieren en el nombre, no en la realidad.

–Así es –le contesté.

–La maldad humana divide en partes lo que es uno y simple por naturaleza. Por eso, al tratar de obtener parte de algo que no tiene partes, termina no consiguiendo ni la parte, que no es nada, ni el todo, que no se busca.

–¿De qué manera? –pregunté.

–El que persigue la riqueza –me contestó– huye de la pobreza sin intentar llegar al poder. Prefiere pasar por desconocido y sin nombre e incluso se priva de muchos placeres naturales a trueque de no perder el dinero acumulado. De esta manera no se alcanza la suficiencia, ya que le falta el poder, le oprime la ansiedad, vive en la abyección y camina en la oscuridad. Y quien sólo persigue el poder derrocha riquezas, desprecia los placeres y honores sin poder, y no le importa la misma gloria.

»Ves cómo a éste le faltan también muchas cosas. Incluso, a veces, carece de lo necesario. Le consume la ansiedad que no puede quitarse de encima. Y por eso, no llega a lo que siempre había apetecido, ser poderoso. Un razonamiento similar podríamos hacer de los honores, de la gloria, de los placeres, ya que, siendo una y misma cosa todos esos bienes, el hombre que persigue uno de ellos con exclusión de los demás, no consigue siquiera lo que más apetecía.

–¿Y si uno quisiera conseguir todas estas cosas al mismo tiempo?

–Buscaría, ciertamente, la felicidad suma. Pero ¿la encontraría en aquellas cosas que, según demostramos, no pueden dar lo que prometen?

–En modo alguno.

–No hay, pues, que buscar la felicidad en las cosas particulares que creemos prometen lo que apetecemos.

–De acuerdo, y nada más cierto se puede decir.

–Aquí tienes, pues, la naturaleza y la causa de la falsa felicidad. Vuelve ahora los ojos de tu mente en dirección contraria y verás al instante la verdadera felicidad que te prometí.

–Hasta un ciego podría verla –le dije–. Y tú acabas de revelármela al intentar mostrarme las causas de la falsa felicidad. Si no me engaño, la verdadera y perfecta felicidad es aquella que hace al hombre suficiente, poderoso, honorable, digno de respeto, célebre y dichoso. Y para demostrarte que he entendido tus enseñanzas, te diré sin sombra de duda que veo con claridad que uno solo de estos bienes sea la felicidad total, ya que todos ellos son una y misma cosa.

–Mi querido discípulo, eres en verdad feliz, pero no has de olvidar una precaución.

–¿Cuál?

–¿Crees que hay algo en estas cosas mortales y perecederas que pueda proporcionar este tipo de felicidad?

–No, no lo creo. Y tú lo has demostrado mejor que nadie.

–Por consiguiente, todas estas cosas sólo ofrecen al hombre una semblanza de la felicidad verdadera o, si quieres, satisfacciones imperfectas, pero nunca la dicha verdadera y perfecta.

–De acuerdo –le dije.

–Y puesto que has comprendido la naturaleza de la verdadera felicidad y sus falsas imitaciones, sólo te queda saber dónde se puede encontrar la verdadera felicidad.

–Es lo que vengo deseando ardientemente desde hace mucho tiempo.

–Si, como dice mi discípulo Platón en su *Timeo,* debemos implorar el auxilio divino, incluso en las cosas pequeñas[50], ¿qué piensas debemos hacer para encontrar la sede de ese supremo bien?

–Invocar –contesté– al Padre de todas las cosas: si se prescinde de Él, no puede haber principio sólido.

–Cierto –dijo la Filosofía, e inmediatamente recitó el siguiente himno–:

IX. »Oh Tú, que con leyes eternas gobiernas el mundo,
Creador de la tierra y del cielo,
que mandaste surgir el tiempo desde la eternidad.
Tú, Motor inmóvil, pones en movimiento todas las cosas,
sin que causas externas te obliguen a moldear
una materia siempre variable,
consumando así la idea del Bien Supremo
que en ti llevas, ajeno a la lividez de la envidia.
Tú diriges todas las cosas
según el arquetipo celeste. Tú, la belleza suprema,
llevas en tu mente la imagen de un mundo hermoso
y haces que éste lleve su perfección y belleza
a todas sus partes,
Tú sometes los elementos a la armonía de los números:

50. Platón, *Timeo,* 27c.

el frío se templa con el calor
y la sequía con la lluvia;
el fuego más sutil no se disipa
y el peso de la tierra no se ve arrastrado al
fondo de los mares.
Tú haces del alma de triple esencia puente del
mundo,
que uniendo todas las cosas a todas las mueve,
y dejas sentir su influjo a través de los
armoniosos miembros del universo.
Cerrado el ciclo de sus movimientos, después
de haberse dividido en dos,
retorna sobre sí misma y gravita en torno al
espíritu profundo,
dando así al cielo un movimiento similar al
suyo.
Tú, de igual manera, haces brotar las almas y
las vidas de naturaleza inferior
y las elevas en carros ligeros que las sembrarán
por el cielo y por la tierra.
Y por la ley benigna que las guía retornarán
después a Ti,
gracias al fuego que las devuelve a su casa.
Concede, Padre, que nuestro espíritu se eleve
hasta tu augusto trono.
Haznos ver la fuente del verdadero bien.
Haz que, recuperada la luz, fijemos en ti la
clara mirada del alma.
Disipa las nubes y aligera el lastre de esta masa
terrena
y brilla con todo tu esplendor.
Porque tú eres el cielo sereno.
Tú el descanso y la paz para los justos.

Porque verte es nuestro norte, a Ti, que eres
nuestro principio,
nuestro sostén y guía. Tú, el camino y la meta
final[51].

10. »Has visto ya en qué consiste tanto el bien imperfecto como el bien perfecto y total. Creo que ha llegado el momento de demostrarte en qué estriba la verdadera felicidad.

»Pero lo primero que se ha de investigar es si puede darse en el mundo un bien de esta naturaleza, esto es, perfecto, según la definición que diste un poco más arriba. De lo contrario, podría engañarnos una falsa idea del espíritu, alejándonos de la verdad que tenemos delante. Porque no se puede negar que un bien como éste existe y es como el hontanar de todos los demás. Todo lo que llamamos imperfecto es tal por la ausencia de perfección. De donde se sigue que si percibimos cierta imperfección en una determinada clase de seres, necesariamente ha de existir en la misma clase el ser perfecto. Si suprimimos la idea de perfección, no es imaginable siquiera lo que nos parece imperfecto. El mundo natural no comenzó por lo disminui-

51. En este poema Boecio presenta una cosmovisión de corte platónico, inspirada en sus aspectos fundamentales en el *Timeo*. A pesar de las dificultades que comporta su interpretación, todos los estudiosos están de acuerdo en que este diálogo es clave en la *Consolación*. De los argumentos negativos de la primera parte se pasa ahora a los positivos; de la moral estoica se pasa a la teología e incluso a la judeocristiana. A partir de ahora Dios aparece como el ser perfectísimo y la felicidad plena que llena las aspiraciones de todos los hombres: «Creo que ha llegado el momento de demostrarte en qué estriba la verdadera felicidad», dice seguidamente a Boecio la Filosofía. Tal es el objeto de las últimas partes del libro III y de todo el libro IV.

do e incompleto. Por el contrario, partiendo de lo intacto de lo perfecto, degenera en lo bajo y deficiente. Si, como vimos arriba, existe una felicidad imperfecta, basada en un bien perecedero, esto nos lleva a pensar sin lugar a duda que existe una felicidad verdadera y perfecta.

–Conclusión solidísima e irrefutable –le dije.

–Examinemos ahora nosotros dos dónde se encuentra esa felicidad. Dios, el primero de todos los seres, es también Bueno. Así lo confirma el unánime consentimiento de todos los hombres. Pues ¿quién puede dudar que, si nada se puede concebir mejor que Dios, éste no sea bueno? La razón nos demuestra que Dios es Bueno, y nos convence también de que Él es Sumo Bien. De no ser así Dios no podría ser el Creador de todos los seres. Tendría que haber otro ser superior en posesión del bien sumo que sería anterior y superior a Dios. Todas las cosas perfectas son evidentemente anteriores a las imperfectas. En consecuencia y para no alargar este razonamiento, hay que admitir que Dios, Ser supremo, posee en sí mismo el sumo y perfecto bien. Ahora bien, si la felicidad está en el bien supremo, como ya demostramos, necesariamente la felicidad reside en Dios Supremo.

–Lo entiendo –le dije– y no hay nada razonable que pueda objetarse.

–Te ruego –prosiguió ella– que te convenzas de lo profunda y definitiva que es nuestra afirmación: Dios Sumo es la plenitud de todo bien.

–¿En qué sentido?

–No en el sentido de que el Padre de la creación haya recibido el sumo bien que posee en plenitud desde fuera de sí mismo, ni que lo posea por naturaleza, de tal forma que pienses que hay en él dos naturalezas distintas, la de Dios poseedor o la de la felicidad poseída. Si piensas que

lo ha recibido del exterior, podrías concebir al dador superior al receptor. Pero esto no es compatible con lo que arriba afirmamos: que Dios es infinitamente superior a todos los seres.

»Pero, si el bien estuviera en Dios por naturaleza, como algo distinto de él, al hablar de Dios, creador de todas las cosas, ¿podríamos imaginar sin evidente contradicción la existencia de un ser que uniera estos dos principios, Dios y el bien sumo?

»Finalmente, todo lo que es distinto de otro ser, cualquiera que sea, no es el ser del que lo consideramos distinto. En consecuencia, lo que es distinto del Bien sumo no puede ser el Bien supremo, algo que no podemos pensar de Dios, de quien ya hemos afirmado que no hay nada superior a él. Nada, en efecto, puede ser por su naturaleza mejor que su principio. Con toda lógica, pues, he de concluir que lo que es el origen de todas las cosas es asimismo el sumo Bien.

–Totalmente cierto.

–Pero hemos concedido que la felicidad se identifica con el Bien sumo.

–Sí, así es.

–Hemos de concluir, por consiguiente, que Dios es la felicidad misma.

–Nada que oponer a tus premisas anteriores. Y veo claramente que esta conclusión se deduce lógicamente de ellas.

–Veamos ahora –prosiguió ella– si podemos llegar a otra conclusión más firme: es imposible que existan dos bienes supremos distintos entre sí. Si dos bienes son distintos, es claro que el uno no puede ser el otro. Por tanto, ni uno ni otro podrían ser perfectos, ya que al uno le faltaría el otro. Y lo que no es perfecto no puede ser sumo.

Es, pues, imposible que haya dos bienes sumos distintos entre sí. Concluimos antes, sin embargo, que la felicidad y Dios son bienes supremos. Luego la suma felicidad se identifica con la divinidad suprema.

–Ninguna conclusión más cierta se podría sacar –le dije–. Ni más sólida por su razonamiento ni más digna de Dios.

–Añadiré algo más –prosiguió ella–. Y así como los geómetras infieren de un teorema lo que ellos llaman *porisma* en griego o *corolario* en latín, así yo te haré una especie de corolario. Si la consecución de la felicidad hace al hombre feliz, y si la felicidad es la divinidad misma, es evidente que la posesión de la divinidad le hace feliz. Y de la misma manera que el justo llega a serlo porque ha adquirido la justicia, y el sabio porque ha alcanzado la sabiduría, el que alcanza la divinidad se convierte en dios. Todo hombre feliz es, por tanto, Dios. Por esencia, Dios no hay más que uno. Por participación, sin embargo, nada impide que puedan ser muchos.

–Una hermosa y valiosa conclusión –le dije–, llámese porisma o corolario.

–Pero hay otra conclusión que podemos enhebrar con toda lógica a la anterior.

–¿Cuál?

–Muchas son las cosas que se engloban bajo la palabra *felicidad,* como partes distintas que se unen para formar un solo cuerpo. Ahora bien, ¿hay alguna de estas partes que encierre en sí misma la esencia de la felicidad y de la que dependan las demás?

–Me gustaría –le dije– que me aclararas la pregunta, explicitando esos elementos.

–¿No quedamos ya en que la felicidad era el bien?

–Sí, el bien sumo.

–Extiende esto mismo a todos los bienes. Porque la suficiencia, el poder, los honores, la gloria y el placer en su más alto grado se identifican con la felicidad. Pero el problema es éste: ¿todos estos bienes (la suficiencia, el poder y demás) se han de considerar como miembros o partes de la felicidad, o se han de tener como peldaños que conducen a la cumbre, cuyo punto más elevado es el bien?

–Comprendo tu pregunta –añadí–, pero espero tu respuesta.

–Aquí la tienes. Si todos estos bienes fueran partes de la felicidad, diferirían entre sí. Lo propio de las partes es integrarse para formar un todo. Ahora bien, ya demostramos que todos estos bienes son una y misma cosa. Luego no son partes. Si no fuera así, la felicidad constaría de un solo miembro o parte, cosa que es imposible.

–De esto no hay duda, pero quiero ver cómo sigue.

–Es claro, por lo demás, que todas estas cosas están relacionadas con el bien. Si, en efecto, buscamos la suficiencia, es porque la consideramos como un bien. Por idéntica razón pensamos que el poder es un bien. Y lo mismo nos es permitido pensar de los honores, la fama y el placer. El bien es, por tanto, la esencia y razón de todos los deseos. No se puede desear aquello que no contiene bien alguno, real o aparente. Por el contrario, apetecemos aquellas cosas que no son buenas por naturaleza, pero que también nos parecen buenas de verdad.

»Es, pues, justo creer que el bien es la esencia, el fundamento y el motivo de todos nuestros deseos. Deseamos aquello que nos motiva a la consecución de una cosa. Si un hombre, por ejemplo, quiere montar a caballo porque es bueno para su salud, no es tanto el montar a caballo lo que desea cuanto su propia buena salud. Si, pues, todas las cosas son deseadas por el bien que nos proporcionan,

no es tanto la cosa en sí como el bien lo que los humanos deseamos.

»Concluyo: la felicidad es el motor, según hemos dicho, de todo deseo. Ella es, por consiguiente, lo único apetecible cuando deseamos una cosa. Es evidente, pues, que el bien y la felicidad son una y misma cosa.

–No veo razón alguna para que alguien no esté de acuerdo.

–Pero ya hemos demostrado que Dios y la verdadera felicidad se identifican.

–Así es.

–Podemos, por tanto, concluir con seguridad que la esencia de Dios reside en el bien y no en otra cosa.

X. »Llegaos aquí, todos vosotros a quienes
el placer engañoso tiene cautivos con viles
cadenas,
siendo dueño de vuestras almas terrenas.
Aquí encontraréis alivio para vuestras fatigas,
el puerto de la plácida calma,
el único asilo abierto a los que sufren.
Ni el Tajo de auríferas arenas,
ni el Hermo de risueñas riberas,
o el Indo, que, vecino de la zona tórrida,
esmalta sus orillas de verde esmeralda
y piedras preciosas,
pueden iluminar a los espíritus ciegos,
y los sumergen más en la oscuridad de sus
sombras[52].

52. El Tajo, el Hermo (en Anatolia, hoy Turquía) y el Indo fueron ríos proverbiales en la Antigüedad por la riqueza que arrastraban sus aguas o se podía hallar en sus orillas.

La tierra alimenta en sus profundos senos
cuanto excita y seduce a la mente humana.
Sólo la luz, que gobierna los cielos y la vida,
impide a las almas volver a las tinieblas.
Y quien llegue a ver esta luz radiante
negará hasta el esplendor de los rayos de Febo.

11. –Estoy de acuerdo –le dije– ya que lo que has dicho se basa en solidísimos argumentos.

–¿Apreciarías mucho –prosiguió ella– saber en qué consiste el mismo bien?

–Sí –le contesté–. Para mí sería de infinito valor, si ello me permitiera conocer también a Dios, Bien Supremo.

–Te lo mostraré con razones irrebatibles, con tal de que no olvides las conclusiones a que antes llegamos.

–Las tendré en cuenta.

–¿No hemos probado ya que las distintas cosas que apetece la mayoría de los hombres no son perfectas ni buenas, porque difieren entre sí y porque carecen de lo que las demás tienen, y que ninguna de ellas puede proporcionar el bien total y absoluto? Por otro lado, ¿no se da el verdadero bien en la suma y agregación de todos los bienes particulares, que así integrados no tendrán sino una forma y un efecto, de modo que la suficiencia, por ejemplo, será al mismo tiempo el poder, el honor, la fama y el placer? Si todos ellos no son una y misma cosa, no tienen nada de apetecible.

–Demostrado queda y no hay lugar a duda alguna.

–Si, pues, estos diferentes bienes aislados no son verdaderos más que cuando constituyen una misma cosa, ¿no indica esto que para que sean buenos tienen que alcanzar la unidad?

–Así parece.

–Pero, ¿estás o no de acuerdo en que todo lo que es bueno es tal porque participa del bien?

–Sí, lo estoy.

–Has de conceder, por tanto, que la unidad y el bien se identifican. Las cosas cuyo efecto natural es idéntico han de tener la misma sustancia.

–No puedo negarlo.

–¿No sabes que todo lo que existe permanece y subsiste mientras es uno, pero perece y se disuelve inmediatamente cuando deja de ser uno?

–¿Cómo así? –respondí.

–Sucede como en los seres vivos. Cuando cuerpo y alma se unen y permanecen unidos, hablamos de un ser vivo. Pero cuando esta unidad se rompe por la separación de ambos elementos, el ser vivo muere y desaparece. De igual modo, el cuerpo mismo, mientras permanece su forma orgánica por medio de la unión de los miembros, se presenta como figura humana. Si, por el contrario, se disgregan y separan las partes del cuerpo, la unidad desaparece y deja de ser lo que era. Basta hacer un recorrido por todos los seres para ver meridianamente que cada uno de ellos subsiste mientras permanece en la unidad y se destruye cuando cesa en su unidad.

–Tengo presentes en mi memoria muchos otros seres –contesté– y no veo en ellos excepción alguna a esta ley.

–¿Pero no habrá alguno que, actuando según su naturaleza, pierda su deseo de vivir y quiera su muerte y corrupción? –repuso la Filosofía.

–Si me fijo en los seres vivos dotados de libertad de acción, no encuentro uno que por sí mismo y sin compulsión alguna externa aborrezca la vida y se precipite espontáneamente a la muerte. Todo animal se esfuerza por

mantener su salud y evita su deterioro y su muerte. Dudo mucho, no obstante, si he de estar de acuerdo en el caso de las plantas, árboles y de seres inanimados.

–Tampoco en esto has de estar indeciso. Mira cómo las plantas y los árboles nacen en lugares propicios a su naturaleza y donde no puedan secarse y morir pronto. Unos nacen en el llano, otros en los montes y otros en tierras pantanosas. Algunos se agarran a las rocas. Para otros las arenas estériles resultan fecundas, de manera que si alguien los cambiara de lugar se marchitarían.

»La naturaleza da a cada ser lo que le conviene, y mientras las condiciones de vida lo permitan, se esfuerza por evitar que mueran. Fíjate cómo todos los vegetales se alimentan a través de las raíces, hundiendo sus bocas en la tierra, y cómo se robustecen por medio de su médula y corteza. ¿No observas cómo la parte más blanda, cual es la médula, siempre va oculta por dentro, mientras que la corteza que la recubre con el vigor de la madera va al exterior para hacer frente como escudo protector a las inclemencias del tiempo? Además, podrás comprender la generosidad de la naturaleza al propagar todas las especies multiplicando las semillas. ¿Quién no sabe que éstas son como una especie de máquina dotada no sólo para asegurar su propia vida, sino para propagar la especie perpetuamente?

»Descendiendo ahora a los seres que creemos inanimados, ¿no desean también lo que es más propio de ellos? ¿Por qué, si no, las llamas ascienden por su levedad y las tierras son arrastradas hacia abajo por su peso? ¿No es, acaso, porque estos movimientos y posiciones se adaptan a sus propios elementos? En consecuencia, cada ser se mantiene por aquello que le es conveniente y perece por lo que le es contrario. Cosas duras como las piedras son

muy compactas por la firme cohesión de sus partes y difícilmente se rompen. Los cuerpos fluidos, por el contrario, como el aire y el agua, ceden fácilmente ante cualquier fuerza que trata de dividirlos, pero vuelven pronto a su estado natural cuando desaparece la causa de su descomposición. El fuego, sin embargo, resiste a toda separación.

»No hablamos ahora de los movimientos voluntarios del alma consciente, sino de los movimientos instintivos, como es la manera en que digerimos el alimento sin darnos cuenta de ello y respiramos durante el sueño estando inconscientes. Pero tampoco en los seres animados el amor a la vida procede de los deseos de su alma, sino de las tendencias de la naturaleza. Sucede muchas veces que por causas externas la voluntad quiere morir, a pesar del horror y del rechazo de la naturaleza misma. Y que asimismo la voluntad frena el instinto de procreación, el único que da a los mortales su perpetuación y que la naturaleza no deja de reclamar. Por tanto, el amor a uno mismo no procede de un movimiento consciente del alma, sino de un instinto natural. La Providencia ha dado a sus criaturas un gran motivo para vivir, el instinto, que las impulsa a desear existir hasta que sea posible. No hay, pues, razón para dudar de que todas las cosas que existen apetecen por naturaleza mantener su existencia y evitar su destrucción.

–Admito –le dije– que lo que hasta ahora me parecía incierto lo veo en este instante con toda claridad.

–Ahora bien –repuso ella–, lo que trata de subsistir y durar sólo desea la unidad. Quitemos la unidad de un ser y dejará de existir.

–Cierto.

–Por consiguiente, todas las cosas anhelan la unidad.

–Sí, concedido.

–Pero ya demostramos que la unidad y el bien se identifican.

–Aceptado.

–Luego todos los seres aspiran al bien, que podemos definir como aquello que todos desean por sí mismo.

–Nada más cierto se puede pensar –respondí–. Porque o todos los seres tienden hacia la nada y, como carentes de cabeza, navegan sin piloto a merced de las olas, o por el contrario, hay algo hacia lo cual todos se dirigen, y eso será la suma de todos los bienes.

–Mucho me alegra, querido discípulo, ver que has hecho tuya la verdad, al tiempo que afirmas conocer ahora lo que no mucho ha decías ignorar.

–¿Y qué es eso? –pregunté.

–¿Que cuál es el fin de todos los seres? –respondió–. Aquello, en efecto, a lo que todos aspiran; y, como concluimos que el bien es aquello a lo que todos aspiran, es preciso reconocer que el fin de todas las cosas es el bien[53].

XI. »Quien con toda su alma busca la verdad
y no quiere perderse por caminos tortuosos
habrá de dirigir la luz de su mirada interior
hacia sí mismo.
Y, concentrando sus errantes pensamientos
sobre su propio espíritu, podrá comprender

53. Repare el lector en la concisión y precisión de las definiciones de Boecio sobre conceptos fundamentales tales como *eternidad, felicidad* y otros que se han hecho imprescindibles en las escuelas. Aquí define el *bien* como «lo que todos los seres desean». Y asimismo: «Bien es el fin de todos los seres».

que lo que intenta buscar fuera
se halla encerrado en los tesoros de su alma.
Lo que la oscura nube del error
veló durante un tiempo
le parecerá más claro que la luz de Febo.
Pues la pesada masa del cuerpo, que empuja al olvido,
no desvaneció del todo la luz de la mente
y en lo más hondo de nuestro interior
no hay duda de ello.
¿Por qué, entonces, respondéis recta y espontáneamente
cuando se os pregunta, si no es porque está viva en vosotros
la llama de la verdad?
Si la musa de Platón dice la verdad, el hombre aprende
lo que antes conoció y ha olvidado[54].

12. –Me adhiero con fuerza al pensamiento de Platón. Por dos veces me has recordado esta verdad. La primera, cuando perdí la memoria por la afección del cuerpo. La segunda, cuando caí abrumado por el peso de mi dolor.

–Si recapacitas sobre lo dicho –prosiguió ella–, no tardarás en recordar lo que ha tiempo ignorabas, según tu confesión.

54. Este pensamiento se encuentra desarrollado en dos diálogos de Platón –*Protágoras y Menón*– principalmente. En el *Fedón* vuelve sobre el mismo tema. El pensamiento de Platón puede resumirse diciendo que aprender es disponer o, más bien, recordar o recuperar lo olvidado. No podríamos responder a ciertas preguntas si no tuviéramos la respuesta en un conocimiento previamente adquirido.

–¿Qué cosa? –pregunté.

–¿Quién es el timonero que dirige el mundo? –me contestó ella.

–Recuerdo haber confesado mi ignorancia y, aunque intuyo lo que vas a decir, quiero oírlo más claramente de tu boca.

–Hace un momento pensabas sin lugar a duda que este mundo era gobernado por Dios.

–Y lo sigo creyendo sin dudar, y siempre lo creeré. Te expondré los argumentos que creo más convincentes en esta materia.

»Este mundo nuestro, formado por elementos tan diversos y opuestos, nunca habría adquirido una sola forma de no existir un ser único que unificara elementos tan dispares. Su misma diversidad de naturaleza los separaría y enfrentaría, si no existiera un ser que unificara partes tan diversas. Tampoco veríamos en el mundo un orden tan estable, ni tan diversas clases de cambios podrían explicar movimientos tan ordenados en lugar, tiempo, eficacia, sucesión y formas, si no hubiera un poder inmóvil y estable que los regulara. A este ser, cualquiera que sea, por el que la creación se mantiene en la existencia y se mueve, yo le llamo Dios, con el vocablo usado por todos.

–Puesto que así piensas –concluyó ella–, poco me queda que añadir para que, radiante de felicidad, puedas volver a tu patria sano y salvo. Pero volvamos a las conclusiones que ya formulamos. ¿No enumeramos la independencia como uno de los elementos de la felicidad misma?

–Sí, ciertamente.

–Pues bien, Dios no necesita ayuda externa para dirigir el mundo. Si necesitara de algo, su suficiencia no sería completa.

–Fuerza es reconocerlo.

–¿Hemos de concluir, por tanto, que él lo gobierna todo por sí mismo?

–No podemos negarlo.

–También hemos demostrado que Dios es el bien.

–Lo recuerdo.

–Él es, en consecuencia, quien dirige todas las cosas por y para el bien, y ya demostramos que Él es el Sumo Bien. Él es el timón y el gobernalle por el que la máquina del mundo se mantiene estable e incorrupta.

–Totalmente de acuerdo –le dije–, y es lo que yo suponía ibas a decir poco antes de hablar.

–Te creo –dijo ella–, pues veo que ahora abres tus ojos con más diligencia para conocer la verdad. Y lo que te voy a decir lo comprenderás con más claridad.

–¿Qué es ello?

–Como te enseñé, debemos pensar que Dios dirige todas las cosas con el timón del bien y que todas ellas tienen una inclinación natural al mismo bien. ¿Se puede dudar, entonces, de que todas las cosas se dejan gobernar libremente y que todas ellas obedecen espontáneamente en armonía y acuerdo con su timonero?

–Es necesario que así sea. De lo contrario, un gobierno que se convirtiera en yugo impuesto y no en salvación libremente aceptada, ya no sería feliz.

–¿No hay, por tanto, nada que sin destruir su propia naturaleza pueda ir contra Dios?

–Y si lo hubiera, ¿qué podría conseguir contra aquel que, según hemos convenido, es poderosísima fuente de felicidad? –arguyó ella.

–Nada.

–No hay nada, por consiguiente, que pueda o quiera oponerse a ese Bien Supremo.

–No lo creo.

–Hay, pues, un bien sumo –concluyó ella– que todo lo rige con suavidad y firmeza.

–Cómo me agrada –añadí yo– sentir que he llegado a esta suma de conclusiones. Y aún más oír estas mismas palabras que acabas de pronunciar, para confusión de mi ignorancia, a veces tan jactanciosa.

–Has leído, sin duda, las fábulas de la guerra de los gigantes contra el cielo, y cómo con toda justicia fueron reducidos y sometidos al orden por una firmeza benigna. Pero ¿quieres que acumulemos los argumentos, enfrentándolos unos contra otros? Quizás de su colisión pueda saltar alguna chispa de verdad.

–Tú decides.

–Nadie podría dudar –afirmó ella– que Dios es omnipotente.

–Nadie –respondí– que esté en sus cabales puede abrigar duda semejante.

–¿Y para quien es omnipotente no habrá nada imposible?

–Nada –respondí

–Entonces, ¿Dios puede hacer el mal?

–No.

–Luego el mal no existe, ya que el Todopoderoso no puede hacerlo.

–Te burlas de mí –le dije–. Tejes un laberinto de razones que impiden dar con el camino. De pronto entras por donde sales y, a la inversa, sales por donde entras. ¿No estás complicando así el círculo maravilloso de la simplicidad divina? Acabas de hablar de la felicidad por la que comenzaste y decías que estaba en el Sumo Bien y que se encontraba en Dios. Pasaste luego a afirmar que Dios era el Bien supremo y la perfecta bienaventuranza para llegar

a esta especie de pequeño regalo como conclusión: nadie puede ser feliz si no participa de Dios. Nuevamente afirmaste que el bien se identificaba con Dios y con la felicidad, para enseñar a continuación que la unidad es el bien mismo al que tiende toda la naturaleza. Razonabas después que Dios rige el universo con el timón de su bondad; que todas las cosas le obedecen de buen grado y que el mal no existe. Todo esto lo expusiste sin ayuda exterior alguna, sino valiéndote de pruebas internas perfectamente encadenadas de manera que la credibilidad de cada una nacía de la precedente.

–No pienses que me burlo –respondió ella–. Con la ayuda de Dios, a quien invocamos hace un instante, hemos llevado a cabo la mejor de las obras. Es tal la esencia divina, que no se diluye en las cosas externas, ni recibe nada exterior a ella, sino que, como dice Parménides, es

como una esfera perfectamente redonda[55]

que hace girar la esfera móvil del mundo, mientras ella permanece inmóvil. No te ha de sorprender, pues, que las pruebas expuestas las hayamos tomado de la misma materia que hemos tratado. Platón mismo te enseña que hemos de usar el lenguaje más afín a los temas tratados.

XII. »Feliz aquel que llegó a ver
la fuente clara del bien.
¡Feliz el que rompió las cadenas pesadas de la tierra!

55. Platón, *Sofista*, 244e.

Cuando en otro tiempo el poeta tracio Orfeo
lloró la muerte de su esposa,
su trémulo canto hizo saltar a los montes
y detuvo la corriente de los ríos.
Hizo que la cierva viviera sin estremecerse
junto a los feroces leones
y que la liebre respirara tranquila
ante el lebrel, amansado por la armonía del canto.
Pero él, ardiendo en su corazón por llama evocadora,
y sin que su canto, que había amansado a todos los seres,
pudiera calmar a su autor,
quejándose de la crueldad de los dioses del cielo,
se asomó a las moradas infernales.
Allí ensayó suaves canciones
al son de su lira.
Cuanto había aprendido en las fuentes nutricias de su madre, la diosa;
cuanto le inspiraba un dolor sin medida
y un amor que superaba su dolor,
lo expresó en elegías tristes
que estremecieron al Ténaro,
pidiendo así perdón a los señores de las sombras
con humilde plegaria.
Estupefacto e inmóvil quedó el carcelero de tres cabezas,
absorto en aquella jamás oída melodía.
De los ojos de las diosas vengadoras, que antes
hostigaban con el terror a las almas culpables,

corren a torrentes lágrimas de ternura y
compasión;
la rueda veloz ya no arrastra la cabeza de
Ixión;
aborrece Tántalo el agua de los ríos,
atormentado como está de larga y dolorosa
sed;
tampoco el buitre devora el hígado de Ticio,
arrebatado como está por aquella música
divina.
Apiadado, el árbitro de las sombras
exclamó tembloroso: "Estamos vencidos;
que este hombre saque a su esposa,
a quien ha rescatado con su canto.
Una condición le imponemos, que ha de
cumplir:
que mientras abandona el Tártaro
no ha de volver su vista atrás".
Pero, ¿quién puede dar leyes a los amantes?
El amor es para sí mismo su ley suprema.
Pero, ¡ay!, en las mismas fronteras de la noc
Orfeo miró a su Eurídice, la perdió y dio
muerte.
Esta fábula se dirige a vosotros,
los que tratáis de dirigir vuestro espíritu
hacia la luz de los cielos.
Pues quien, vencido, vuelve a mirar
hacia el antro del Tártaro
pierde lo más valioso que lleva consigo
cuando fija sus ojos en el mundo inferior.

LIBRO IV

Si Dios es bueno, ¿por qué la existencia del mal? Dios, Providencia, Destino.

1. Cuando la Filosofía, con semblante digno y palabra solemne, hubo recitado versos tan dulces y suaves, yo, presa todavía de un profundo dolor, la detuve cuando se disponía a hablar.

–¡Oh, tú –le dije–, pregonera de la luz verdadera! Todo lo que tu palabra me ha enseñado hasta aquí me parece irrefutable, gracias tanto al fulgor divino que la envuelve como a tus claros razonamientos. Has hablado de cosas que yo había olvidado a causa de la injusticia sufrida y que, como decías, no ignoraba del todo anteriormente.

»Pero mi mayor tristeza se cifra precisamente en que a pesar de existir un Ser supremo, lleno de bondad, que todo lo gobierna, siga existiendo el mal y pueda quedar impune en el mundo. Que un hecho como éste me resulte extraño, espero no te deje indiferente. Pero he de añadir todavía algo más inquietante: mientras impera y florece el mal, no sólo no se premia a la virtud, sino que es pisoteada por los malvados y sufre los castigos que el crimen merece. Que esto suceda en el reino de un Dios omnis-

ciente y todopoderoso, que sólo quiere el bien, a nadie puede dejar indiferente y sin lamentarlo.

–Sería digno de inmenso estupor y la más horrible monstruosidad pensar, como tú lo haces, que en una casa tan bien organizada como la del gran Padre de familias, fueran más valorados los utensilios más bajos que la vajilla de lujo. Pero no es así.

»Pues, si tienes en cuenta las conclusiones a las que acabarnos de llegar y las tienes como inconcusas, el mismo Creador de cuyo reino estamos hablando te enseñará que los buenos son siempre preciosos y los malvados bajos y despreciables. Él te enseñará también que el pecado nunca queda impune ni la virtud sin premio, y que la prosperidad acompaña a los buenos y el infortunio sigue a los malvados. Y otras muchas consideraciones al respecto, que apaciguarán tus quejas, te harán más firme y seguro.

»Viste ya en qué consiste la verdadera felicidad, tal como lo demostré arriba. Ahora, tras unas consideraciones que creo necesarias, te mostraré el camino que te llevará a tu casa. Daré alas a tu espíritu, para que se pueda elevar. Desaparecerá toda inquietud y podrás volver sano y salvo a tu patria. Yo seré tu guía, tu camino y tu vehículo.

I. »Pues yo tengo leves y raudas alas
para ascender a lo más alto del cielo,
y cuando tu espíritu veloz se haya revestido de ellas
podrá mirar con desprecio a la tierra.
Traspasará la esfera del aire infinito,
dejará atrás las nubes,
ascenderá por encima de las llamas

que atiza el éter volátil
hasta tocar la región de las estrellas.
Unirá así su carro al de Febo,
y, como soldado de la estrella deslumbrante,
hará compañía en su trayecto al gélido y viejo
planeta Saturno,
y lo seguirá hasta que la noche se torne
resplandeciente.
Y, terminada su carrera, dejará el último cielo,
cabalgando sobre el ligero éter
entrará en posesion de la luz sagrada.
El Rey de reyes ostenta allí su cetro,
desde allí maneja las riendas del Orbe
y el árbitro inmóvil del mundo
guía su alado carro, rodeado de esplendor.
Si algún día das con el camino olvidado que
ahora buscas,
dirás alborozado: "Sí, ahora lo recuerdo,
ésta es mi patria. De aquí salí. Aquí me
quedaré".
Y si desde allí prefieres volver los ojos a la
tierra que dejaste,
verás a los tiranos de torva mirada
ante quienes tiemblan los pueblos en su
desgracia[56].

56. En este poema se describe el ascenso del alma al cielo. El alma parte de la tierra a través del aire a la esfera de la luna. Deja la parte del universo por los cuatro elementos –tierra, aire, agua y fuego– y llega al quinto elemento o éter. Sigue su movimiento ascendente a través de las estrellas y planetas, de las que enumera el sol (Febo) y Júpiter. Llega finalmente a Dios, centro de la luz. Desde allí la tierra aparece oscura en el eje central del universo. El alma vuelve a Dios de donde salió. Su ascenso es, por tanto, un retorno a su origen. En esta descripción aparecen elementos de Platón, Ptolomeo y Plotino.

2. –¡Magnífico! –le dije yo–. ¡Qué grandes cosas prometes! No dudo de que las realizarás. Pero no me dejes a la espera después de haber despertado mi apetito.

–Lo primero que has de tener en cuenta –dijo– es que los buenos siempre son fuertes y que los malos siempre carecen de fuerza y de valor. Estas afirmaciones tienen una demostración recíproca, una por otra. El bien y el mal son cosas contrarias. Si probamos lo débil del mal, demostraremos la fuerza del bien. Y si se prueba que el bien es fuerte, queda demostrada la debilidad del mal. Y para lograr mejor mi intento, seguiré los dos caminos alternativamente, tomando mis pruebas, ora del bien, ora del mal.

»Dos son los elementos o factores que constituyen los actos humanos: la voluntad y el poder. Si uno de ellos falla, nada puede llevarse a efecto. Si falta la voluntad, el hombre es incapaz de hacer nada, ya que ni siquiera lo quiere. Y cuando no hay fuerza o poder para hacerlo, la voluntad es inútil. Resulta, pues, que cuando vemos que alguien pretende y quiere una cosa sin conseguirla, no dudamos en afirmar que le falta poder.

–Es claro –dije– y no se puede negar.

–Por el contrario, cuando vemos que realiza lo que quiere, ¿podemos dudar de su poder?

–De ningún modo.

–El poder, por tanto, o la habilidad de los hombres se ha de juzgar por lo que pueden hacer.

–De acuerdo.

–¿Recuerdas, ahora, que anteriormente llegamos a la conclusión de que el impulso de la voluntad humana se dirige siempre hacia la felicidad, a través de sus distintas apetencias?

–Recuerdo que también esto fue demostrado.

–Y recordarás también que la felicidad es el bien mismo, y que cuando el hombre aspira a la felicidad, no busca otra cosa más que el bien.

–No tengo que esforzarme, pues lo guardo bien en mi memoria.

–En consecuencia, todos los hombres, los buenos y los malos, buscan el bien.

–Sí, lógico.

–¿Y estás seguro de que nos hacemos buenos con la consecución del bien?

–Sí.

–¿Consiguen, pues, los buenos lo que buscan?

–Así parece.

–Y, si los malos alcanzaran el bien que desean, no podrían ser malos.

–Es evidente.

–¿Hemos de concluir, entonces, que si buenos y malos aspiran al bien, y los unos lo alcanzan y los otros no, los primeros son fuertes y los segundos, débiles?

–Quien lo ponga en duda –contesté– se muestra incapaz de comprender tanto la realidad de las cosas como la inferencia lógica del razonamiento.

–Supónte –matizó ella– que hay dos hombres que por naturaleza tienden a una misma meta. Uno de ellos, con su propio pie, llega a ella. El otro, en cambio, no consigue realizar su propósito según lo dispuesto por la naturaleza, sino que se sirve de un recurso contrario a la naturaleza para imitarle. ¿A cuál de los dos considerarás tú más capaz?

–Sospecho a dónde quieres llegar, pero te ruego que tú misma me lo expliques con más claridad.

–¿Negarás que caminar es el movimiento natural del hombre?

—No, en modo alguno.

—¿Dudas, acaso, que tal acción es función natural de los pies?

—No, tampoco esto.

—En consecuencia, si uno puede andar valiéndose de sus pies y otro, inválido de sus pies, no puede caminar y se sirve para ello de las manos, ¿a cuál de los dos consideraremos más capaz?

—Prosigue —le dije—, pues nadie duda que el hombre que puede realizar su función natural es más capaz que el que no lo hace.

—Ahora bien, el bien supremo es la meta tanto para los buenos como para los malos. Sólo que los buenos tienden a ella por el ejercicio natural de las virtudes. Los malos, en cambio, se esfuerzan por conseguir lo mismo siguiendo sus pasiones. Y ése no es el medio para adquirir el bien. ¿Piensas tú lo mismo?

—Sí, porque la consecuencia es obvia. Y, una vez admitida, he de concluir que los buenos son fuertes y los malvados, débiles.

—Ciertamente. Y te anticipas a mis palabras, lo cual, como dicen los médicos, es síntoma de que tu estado de salud se va recuperando y se robustece.

»En vista, entonces, de tu buena disposición a entender mejor mi razonamiento, aduciré nuevas razones. Fíjate, por ejemplo, en la debilidad de los viciosos, que no pueden conseguir su finalidad a pesar de sentirse impelidos y como arrastrados a ella por una tendencia natural. ¿Qué sería de ellos si carecieran de esa ayuda tan poderosa y casi invencible que les muestra el camino?

»Considera también la gran debilidad que atenaza a los malvados. Lo que está en juego no son premios de poca monta, como los de las competiciones. Es el bien esencial,

el más alto, lo que ellos pretenden alcanzar y no pueden conseguir. Fracasan en la única tarea a la que se entregan día y noche, la consecución del bien, algo en que se destaca precisamente el poder y la capacidad de los buenos.

»Juzgaríamos, en efecto, como el más fuerte y capaz para la marcha a aquel hombre que por su propio pie llegara hasta un lugar más allá del cual no hay acceso. De la misma manera, se ha de proclamar vencedor y más fuerte al hombre que llega hasta la meta del deseo, más allá de la cual no hay nada apetecible. El razonamiento contrario también es cierto: todos los que no alcanzan el bien carecen obviamente de toda capacidad.

»Y ahora pregunto: ¿por qué, dejada la virtud, se entregan al vicio? ¿Por ignorancia? Pero ¿hay algo más débil que la ceguera de la ignorancia? ¿Afirmas que conocen el bien, pero que la pasión los arrastra? También aquí la intemperancia arrastra a los frágiles que no pueden oponerse al vicio. ¿Dices, acaso, que a pesar de saber y querer el bien, lo dejan y van tras el vicio? Pero de esa manera no sólo demuestran que no son fuertes, sino que dejan de serlo totalmente. Los hombres que abandonan la meta y fin último de todo lo que existe dejan de existir como tales. A alguien le puede parecer extraño afirmar que los malvados no existen, cuando en realidad son los más numerosos y, sin embargo, la realidad es así. No trato de negar que los malvados son lo que son, malvados. Simple y llanamente niego que existan, pues así como a un hombre muerto le llamamos cadáver, y no lo podríamos calificar simplemente de hombre, de la misma manera he de conceder que los viciosos son viciosos, pero me niego a afirmar absolutamente que existan. Una cosa existe sólo en tanto guarda y respeta el orden de la naturaleza. Lo que se aparta de ella deja también de existir, pues abandona lo que constituye su propia naturaleza.

»Dirás, no obstante, que los malvados son poderosos. Tampoco yo lo pongo en duda. Pero reconocerás que su poderío no les viene de su fuerza, sino de su debilidad. No tendrían poder semejante si hubieran conservado la facultad de hacer el bien. Este poder sólo demuestra que no pueden hacer nada, pues si el mal, como ya demostramos, no es nada, y si ellos sólo pueden hacer el mal, es evidente que no pueden hacer nada.

–Evidente.

–Pero quiero que entiendas la verdadera naturaleza del poder de que hablamos. Para ello basta con que tengas en cuenta lo que dijimos más arriba: nada más potente que el Sumo bien.

–Cierto.

–Pero este sumo bien –añadió ella– no puede hacer el mal.

–De ningún modo.

–Ahora bien, ¿podría pensar alguien que el hombre lo puede todo?

–Sólo un loco.

–Sí, pero los hombres pueden hacer el mal.

–Ojalá no fueran capaces –concluí.

–Se deduce, por tanto, que si el poder que sólo puede hacer el bien es todopoderoso y los que hacen el mal no lo pueden todo, estos últimos son menos poderosos. Añadamos a esto lo ya demostrado, a saber, que todo poder se ha de contar entre los bienes apetecibles. Ahora bien, todos estos bienes, según demostramos, se reducen al bien sumo, que es como síntesis de todos ellos.

»La capacidad, sin embargo, de cometer el crimen no puede incluirse en la categoría de bien. Luego, no es apetecible. Pero como todas las formas de poder son apeteci-

bles, resulta obvio concluir que la capacidad de hacer el mal no es una forma de poder.

»De todo lo que acabo de exponer se deduce claramente que el poder de los buenos es grande. No hay lugar a dudas tampoco de la debilidad de los malos. Aparece también la verdad de aquella sentencia de Platón según la cual sólo los sabios pueden hacer lo que quieren[57]. Los malvados, en cambio, nunca realizarán sus deseos. Pueden, en efecto, hacer lo que les plazca. Imaginan así que consiguen el bien que desean en aquellas cosas que les causan placer. Pero no lo consiguen, porque el mal no puede llevar a la felicidad.

II. »Si a esos reyes que ves en alto trono,
deslumbrantes en el fulgor de su púrpura,
parapetados tras armas terribles,
de cara torva y de corazón colérico,
los despojas del vano atuendo que los arropa,
verás cómo los llamados señores arrastran
interiormente pesadas cadenas.
La lujuria invade su corazón con venenos
insaciables.
Azota la ira como mar agitado su mente,
el pesar los fustiga y agota
y una esperanza incierta los tortura.
¡Tantos tiranos como mandan sobre un solo
corazón
no dejarán que el rey pueda hacer lo que
quiera!

57. Platón, *Gorgias*, 466-481b.

3. —¿Ves el cieno en que se revuelca el vicio y la luz en que resplandece el bien? De lo que se deduce claramente que el bien nunca queda sin premio y el crimen nunca escapa al castigo. Se puede ver con claridad que el premio de una acción buena está en el fin u objeto con que se hizo, como los que corren en el estadio tienen su premio en la corona de laurel prometida. Ya demostramos que la felicidad se identifica con el bien por el que todos nos movemos. De lo que se deduce que el bien es como el premio o recompensa común de toda actividad humana. Pero el bien no puede separarse de los buenos, pues el que careciera de él no podría llamarse con justicia bueno. En consecuencia, los actos virtuosos siempre tienen recompensa. Porque, hagan lo que hagan los malvados, la corona de los buenos nunca caerá, nunca se marchitará. La maldad de los ímprobos nunca amenguará la gloria del sabio. Si se jactara de una gloria que le ha venido de fuera, otro individuo o el mismo que se la prestó, podría quitársela. La misma virtud sería su propia recompensa, que perdería cuando dejara de ser honrado.

»Finalmente, si creemos que el premio apetecido es un bien, ¿quién puede pensar que carece de premio el que siendo bueno está en posesión del bien? ¿Y cuál es su premio? El más hermoso y grande de todos. Recuerda, si no, aquel gran corolario al que llegamos un poco más arriba, y después razona: "Siendo el bien la felicidad misma, es claro que los buenos, precisamente por serlo, son felices". Demostramos además que todo el que es feliz se convierte en dios. El premio de los buenos, que nunca desaparecerá y ningún poder podrá amenguar, ni malicia alguna ensombrecer, es convertir-

se en dioses[58]. Siendo esto así, el sabio no podrá dudar del inevitable castigo de los malos. El bien y el mal, lo mismo que el premio y el castigo, son contrarios. Al premio debido al buen obrar se opone el castigo correspondiente al mal. Por tanto, si el premio de los buenos es su misma bondad, el castigo de los malvados será su propia maldad. Y todo el que sufre un castigo no duda que padece un mal. Si, pues, se examinan con imparcialidad, ¿podrán los malos considerarse libres de todo castigo, siendo que sufren el mayor de los males, ya que la maldad no sólo les afecta sino que les infecta profundamente?

»Advierte ahora el castigo que atenaza a los malos desde el punto de vista de los buenos. Hace un instante aprendiste que cuanto existe es uno y que todo lo uno es bueno. De lo que se deduce que todo lo que existe es bueno. Significa que todo aquello que se aleja del bien deja de existir y que, por tanto, los malvados dejan de ser lo que eran. Que eran hombres lo revela la misma apariencia de su cuerpo, que todavía les queda. Pero al entregarse al mal perdieron también su naturaleza. Con lógica podemos pensar que si sólo la bondad puede elevar al hombre por encima del nivel de la especie humana, de la misma manera el mal hunde por debajo de un nivel humano a quienes destronó de su condición de hombres.

»El resultado es que quien se ha dejado transformar por el mal no puede ser tenido por hombre. Al que se ha

58. Esta frase puede parecer extraña, pero es bien conocida de los cristianos. Quien se une a Dios se hace uno con Él, se hace hijo de Dios. La argumentación de Boecio es: sólo la consecución del Sumo Bien nos hace felices; ahora bien, Dios es el Bien Sumo y la felicidad perfecta; quien conoce y ama a Dios se une a Él y se identifica con Dios: es feliz como Él.

hecho ladrón, el corazón le arde en codiciosos deseos del bien ajeno. Diríamos que es un lobo. El matón y pendenciero que con su lengua levanta pleitos sin cuento, podríamos compararlo con un perro callejero. Al astuto tramposo que se oculta en la emboscada de sus fraudes le compararemos al zorro. Al intemperante que ruge de ira, le atribuiremos el corazón del león. El cobarde tembloroso y fugitivo, aterrado por un miedo imaginario, se parece al ciervo. El hombre esclavo de la molicie y estupidez vive como los asnos. El débil e inconstante que cambia incesantemente de gustos no se diferencia de los pájaros. El que está enfangado en pasiones lascivas vive atrapado por el placer del cerdo repugnante. Sucede, entonces, que abandona la virtud, deja de ser hombre e, incapaz de ser dios, desciende a la condición de la bestia.

III. »El Euro empuja las velas del señor de Itaca[59]
y sus naves perdidas en el mar
son llevadas a la isla en que reside Circe,
la bella hija del sol.
Para los nuevos huéspedes
su mano experta en hierbas
prepara copas con encantamientos,
logrando transformar de diversas formas a los visitantes.
Uno toma la forma de jabalí.
Otro, transformado en león de Mármara,
ve crecer sus uñas y colmillos.

59. Se refiere a Odiseo o Ulises, rey de esta isla. Para el relato que sigue, cf. *Odisea*, X.

Éste, recién convertido en lobo,
quiere llorar, pero aúlla.
Aquél, ya tigre de la India,
merodea el poblado solitario.
El dios alado de Arcadia[60] se apiada en vano
del jefe de los navegantes, agobiado de mil
calamidades,
liberándolo de la maldición de Circe.
Pero los remeros han llevado ya a la boca
las ponzoñosas copas y, transformados en
cerdos,
dejan el pan de Ceres
para correr tras las bellotas.
Nada queda intacto. No les queda ni la voz ni el
cuerpo que tenían.
Sólo permanece el espíritu inmutable
que llora el sortilegio monstruoso que padece.
¡Oh mano de Circe por demás débil!
¡Oh hierbas mentirosas,
que si bien transforman el cuerpo,
no pueden transformar el corazón!
El vigor del hombre está en su interior,
oculto en el secreto alcázar del alma.
Estos venenos tanto más destruyen al hombre
cuanto más penetran en su interior.
No dañan el cuerpo,
pero se ensañan hiriendo la mente.

4. –Lo entiendo –dije entonces a la Filosofía–. Y no sin razón se les puede llamar viciosos, pues, aunque mantengan la apariencia exterior del cuerpo, los malvados se

60. Hermes-Mercurio

convierten interiormente en bestias. No quisiera, sin embargo, que estas mentes tenebrosas y criminales pudieran llevar a la ruina a los hombres de bien.

–No pueden hacerlo –repuso ella–, como se demostrará en su momento, pero si momentáneamente carecieran de ese poder que se les atribuye, su castigo sería mucho más llevadero. En efecto, por increíble que te parezca, los malvados son más desgraciados cuando consiguen sus propósitos que cuando no pueden realizar sus deseos. Porque, si desear el mal es triste, lo es más poder hacerlo, ya que el efecto de una mala voluntad quedará fallido. Y si cada instante tiene su grado de desgracia, hemos de concluir que los malvados sufren un triple grado de infortunio: desear el mal, poder hacerlo y finalmente realizarlo.

–De acuerdo –le respondí–. Pero mi sincero deseo es que pronto carezcan del poder de hacer el mal.

–Carecerán –respondió ella– antes quizás de que tú lo desees o ellos lo piensen, pues, dada la brevedad de la vida humana, nada puede tardar tanto en llegar como un espíritu inmortal cree que tarda. Su gran esperanza y el monstruoso proyecto del crimen quedan con frecuencia destruidos por un fin repentino e inesperado. Esto mengua, ciertamente, su desgracia, ya que si la maldad es la causa de su desgracia, es lógico pensar que son tanto más desgraciados cuanto más dure aquélla. Si la muerte no acabara con su maldad, el infortunio de los malvados sería infinitamente mayor. Porque si llegamos a la conclusión de que la maldad es un infortunio, cualquier desgracia que sabemos eterna será infinita.

–Sorprendente conclusión –respondí yo– y de difícil aceptación. Pero también veo que es conforme a nuestras anteriores conclusiones.

–Pero concederás que quien juzga difícil aceptar una

conclusión habrá de demostrar o que las premisas son falsas o que la inferencia lógica de las proposiciones no lleva necesariamente a la verdad final. Ahora bien, si admitimos que las premisas son correctas nada impide llegar a una deducción correcta.

»No menos sorprendente juzgarás lo que te voy a decir. Pero después de lo ya demostrado resulta una conclusión necesaria.

–¿Y qué es? –le dije yo.

–Que los malvados son más felices sufriendo el castigo que si se vieran libres de una pena justa. Y al decir esto no estoy pensando lo que alguien pudiera pensar: que los malvados se corrigen por el castigo y que la vuelta al camino recto se debe al miedo al castigo, además de ser ejemplo para que otros huyan de actos punibles. No, yo creo que hay otra forma para pensar que el malvado impune es desgraciado, sin tener en cuenta el correctivo del castigo o su sentido del ejemplo.

–¿Y cuál es esa otra manera?

–¿No apuntamos ya que los buenos son felices y los malvados desgraciados?

–Sí.

–Ahora bien, si a la desgracia de uno le añadimos algo de bien, ¿no es más feliz que otro cuya miseria es total y absoluta, sin mezcla de bien alguno?

–Así parece.

–Y si a este infeliz falto de todo bien le añadimos otro mal además de los que le hacen desgraciado, ¿no será su infortunio superior al de quien ve aliviada su miseria por la participación de un bien?

–¿Por qué no?

–Ahora bien, es obvio que el castigo del malvado es justo y quedar impune es inicuo.

–¿Quién puede negarlo?

–Y nadie negará tampoco que lo justo es bueno y que, por el contrario, lo injusto es malo.

–Es obvio –respondí.

–Por tanto, cuando los malvados son castigados reciben algo bueno, el castigo mismo, que es bueno por ser justo. De la misma manera, cuando quedan impunes hay un mal añadido, la misma impunidad, que, según tú confesaste, es una injusticia.

–No puedo negarlo.

–Los malvados, por tanto, son más desgraciados por su injusta impunidad que cuando se les castiga con una pena justa.

–Todo esto –respondí yo– es consecuencia de nuestras conclusiones anteriores. Pero dime: ¿no dejas ningún castigo de las almas para después de la muerte de los cuerpos?

–Y grande, por cierto –respondió–. Pienso que estos castigos se imponen a veces, unos en forma de penas severas, otros como medio de clemencia purgativa. Pero no es momento para hablar de ello.

»Hasta aquí he tratado de hacerte comprender que ese poder de los malvados, que a ti te parecía tan indigno, no existe. Quería que vieras tú mismo cómo esos de quienes te quejabas habían salido impunes, nunca se verán libres de los castigos de su perversidad. Intentaba que supieras que su libertad de hacer el mal y para la que pedías un fin inmediato será más miserable cuanto más prolongada y que será fatal si llega a ser eterna. De todo lo cual se deduce que los malos son más desdichados cuando quedan injustamente impunes que cuando se les impone una sanción justa. La conclusión lógica es que se ven cargados con mayores suplicios cuando creen haber salido impunes.

–Al considerar tus argumentos –respondí yo– pienso que nada hay más cierto. Pero cuando pienso en las opiniones del vulgo, ¿quién tendría tus opiniones, no ya por aceptables, sino siquiera por dignas de atención?

–Así es –asintió ella–. Sus ojos no pueden mirar de frente a la luz de la verdad, acostumbrados como están a las tinieblas. Se asemejan a las aves nocturnas, a las que ilumina la noche y ofusca el día. No se fijan en la realidad y en el orden de las cosas, sino en sus propias impresiones y sentimientos, lo que les lleva a imaginar que perpetrar el mal y quedar impunes les hace felices. Pero observa ahora cuál es la sanción de la ley eterna. Para hacerlo no necesitas la presencia de juez alguno, tú mismo te has elevado a la esfera suprema del bien, que es la mejor recompensa. Pero si inclinas tu corazón hacia el mal, no busques fuera de ti un castigo, tú mismo te habrás rebajado al nivel más bajo. Es como si alternativamente miraras a la tierra sórdida y al cielo, y, desaparecidas las demás cosas, te pareciera estar por un momento en el cielo y por otro en las estrellas, sólo por efecto de tu vista. Pero el vulgo no ve estas cosas. ¿Y habremos de compararnos con aquellos que, como ya vimos, se asemejan a las bestias? ¿Qué decir, por ejemplo, de aquel que, habiendo perdido la vista olvidara haber tenido ojos y pensara que tiene todo lo que pertenece a la perfección humana? ¿Podríamos aceptar que los que tenemos vista pensamos lo mismo que el ciego? Tampoco aceptarían otra verdad basada en sólidos argumentos, como, por ejemplo, que los que cometen una injusticia son más desdichados que aquellos que la sufren.

–Me gustaría oír las razones de esta afirmación –le dije.

–¿Puedes negar que todo malvado es digno de castigo?

–No, en absoluto.

–Y es sobradamente claro que los malvados son desgraciados –añadió ella.

–Sí.

–¿No dudas, entonces, que el digno de castigo es desgraciado?

–Por supuesto que no.

–En consecuencia, si te sentaras en un tribunal de justicia, ¿a quién sancionarías? ¿A quien injurió o a quien padeció la injuria?

–No dudo en afirmar que satisfaría al injuriado y me inclinaría por el castigo al ofensor.

–¿Pensarías, pues, que el que perpetra la injuria es más desgraciado que su víctima?

–Es lógico pensar así.

–Por esta razón y por otras, basadas en el hecho de que el mal por su naturaleza lleva a la desgracia, cuando se inflige una injuria, el desdichado no es la víctima, sino el que la ejecuta.

»Pero los abogados siguen el método contrario. Tratan de suscitar la compasión del tribunal a favor de quienes han sufrido una ofensa grave y dolorosa, cuando en realidad son más dignos de compasión los culpables. Éstos, en efecto, tendrían que ser tratados con más clemencia y dulzura por los acusadores, y ser presentados ante el tribunal como un enfermo ante el médico, a fin de que su enfermedad quedara curada por el castigo. De esta suerte, la labor del defensor o sería innecesaria o quedaría reducida (si se prefiere que sea útil a los hombres) a una simple acusación. Y los mismos malvados, si a través de una rendijilla pudieran intuir el valor de la virtud que han abandonado y así ver que, sometiéndose al castigo,

quedarán libres de la sordidez de sus vicios y recobrando a cambio su honradez, ningún castigo les parecería exagerado. Rehusarían también los servicios de la defensa, hasta el punto de ponerse a disposición de jueces y acusadores.

»Sin duda por eso no cabe el odio en los sabios. ¿Quién sino el más loco de los hombres podría aborrecer a los buenos? Pero tampoco hay razón alguna para odiar a los malos. Pues, así como la debilidad es una enfermedad del cuerpo, así el vicio es una enfermedad del alma. Y si no odiamos a los que padecen una enfermedad física, sino que más bien los compadecemos, mucho más merecen compasión y no odio los que son víctimas del vicio, algo peor que cualquier enfermedad física.

IV. »¿Qué os lleva a suscitar tan grandes pasiones,
tentando con vuestra mano suicida al destino?
Si buscáis la muerte, pensad que viene sola,
sin retener nunca la carrera de sus alados
caballos.
Presas son los hombres de los dientes del león,
de la serpiente, del tigre, del oso y del jabalí.
¿Serán también presa del hombre?
¿Por qué esas luchas intestinas y guerras
feroces,
buscando la muerte de los otros?
¿Acaso porque sus costumbres son diferentes?
Ninguna causa puede justificar semejante
crueldad.
¿Quieres dar a cada uno lo que merece?
Ama a los buenos, que es justo,
compadécete de los malos.

5. –Sí, puedo ver –dije yo– una especie de felicidad y de desgracia inherente a los actos tanto de los buenos como de los malos. Pero advierto también que en la azarosa fortuna de la gente se mezclan el bien y el mal. Ningún hombre sensato prefiere el exilio, la pobreza, la infamia, a una vida de opulencia, rodeado de honores, con reconocido poder e influencia viviendo tranquilo en su ciudad. Porque la sabiduría se manifiesta más clara y contundentemente cuando de una forma u otra el bienestar de los gobernantes pasa a los ciudadanos que le han sido confiados. Y, de manera particular, cuando la cárcel y otros castigos legales quedan reservados a los ciudadanos peligrosos para los que fueron promulgados. ¿Por qué, entonces, se cambian las tornas? ¿Por qué los castigos del crimen recaen sobre los buenos? ¿Y por qué los malos arrebatan los premios de la virtud?

»Éste es mi profundo estupor y quisiera saber de ti la razón de una confusión tan injusta. Mi asombro sería menor si creyera que tan gran desorden se debe a los cambios caprichosos del azar. Pero mi admiración se agranda al saber que es Dios el que rige el mundo. Con frecuencia se muestra complaciente con los buenos y severo con los malos. Pero otras veces somete a los primeros a duras pruebas y escucha los deseos de los otros. ¿Qué razón hay, entonces, para distinguir entre Dios y los caprichosos efectos del azar?

–No te sorprenda –contestó ella– si el desconocimiento del orden del mundo lleva a pensar a la gente algo temerario y confuso. Por lo que a ti respecta, aunque ignores el plan del mundo, no has de dudar de que un rector bueno dirige el universo y que todo sucede de acuerdo con un orden.

V. »Si no sabes que la constelación de Arturo navega con lentitud alrededor del polo;
si ignoras por qué el Boyero conduce sin prisa su carro
y no corre para fundir su luz en el mar
y, en cambio, aligera su orto al amanecer,
quedarás deslumbrado ante la ley que rige
las altas esferas del cielo.
Si el disco de la luna llena palidece
a medida que la noche lo invade con sus sombras;
y si Febe oculta las estrellas con su luz resplandeciente
y las descubre poco después de haberse eclipsado,
la muchedumbre impelida por la ignorancia
llena el aire de lamentos mientras bate los timbales.
Nadie admira a Coro[61] cuando azotan sus olas bravías el acantilado
ni cuando bloques de hielo se funden
bajo el calor tórrido de Febo:
fácil es descubrir aquí las causas.
Pero las causas ocultas turban los ánimos.
Lo que sucede raras veces o aparece de repente
hace temblar de miedo al vulgo.
¡Que se disipen, pues, las tinieblas de la ignorancia
y todos estos hechos ya no se verán como maravillosos!

61. Cf. nota 3.

6. –Así es –le dije–. Pero, siendo tu misión descubrir las causas de las cosas ocultas y explicar la razón de las que están envueltas en tinieblas, te pido que me aclares tu pensamiento sobre este tema. Este misterio me perturba sobremanera.

Ella, haciendo una pausa, dibujó una leve sonrisa antes de contestar:

–Me llevas –dijo– a una cuestión que difícilmente se puede agotar. Un tema en que, solventada una duda, surgen otras innumerables como cabezas de la hidra. No hay otro medio de sofocarlas más que con el fuego vivísimo del espíritu. Has de saber que en esta materia se suele investigar sobre la simplicidad de la Providencia, sobre el curso del destino y los casos fortuitos, sobre la ciencia y la predestinación divinas y el libre albedrío, de cuya importancia tú mismo eres consciente.

»Como, no obstante, el conocimiento de estos problemas forma parte de tu tratamiento médico, me esforzaré por tratarlos, aunque sea someramente, a pesar del tiempo limitado de que disponemos. Y si el deleite de la música del verso te encanta, refrena un poco tu deseo mientras expongo mis argumentos en su debido orden.

–Como tú quieras.

Entonces ella, como queriendo exponer nuevos argumentos, prosiguió:

–Toda generación y toda evolución en los seres sometidos a diferentes cambios tiene sus causas, su disposición y sus formas en la inmutabilidad de la inteligencia divina. Desde la ciudadela de su simplicidad, la inteligencia divina ha trazado un plan para poner en marcha los múltiples acontecimientos. Visto este plan en la puridad de la inteligencia de Dios, se llama Providencia. Si lo contemplamos

en relación con las cosas que mueve y controla, los antiguos lo llamaron Destino. Cualquiera que examine con los ojos del espíritu la fuerza de ambos, comprenderá claramente la diferencia entre Providencia y Destino.

»Providencia es la misma razón divina que todo lo dispone y que reside en el origen último de todas las cosas. Destino, por su parte, es el orden establecido inherente a las cosas sometidas a cambio y el nexo por el que la Providencia une todas las cosas y las sitúa en su propio lugar. La Providencia incluye a todos los seres, por diversos e infinitos que sean. El Destino, en cambio, regula los movimientos de los diferentes seres particulares en lugares y tiempos diversos. Así, el desarrollo en el tiempo de este plan divino, visto en su unidad por la inteligencia divina, es la Providencia. Se llama Destino al mismo plan unificado, tal como se presenta y se desarrolla sucesivamente en el tiempo.

»Providencia y Destino, aunque diferentes, dependen uno de otro. El orden del Destino depende de la simplicidad de la Providencia. Pues así como el artista concibe en su mente la idea de la obra que va a plasmar y la lleva a efecto después en intervalos de tiempo, de la misma manera Dios con su Providencia dispone cuanto ha de suceder en su único y estable plan. El Destino, en cambio, es la realización del plan de Dios en sus diversas formas y tiempos. Así, ya sea que la obra del Destino se realice con la ayuda de los espíritus celestes al servicio de la Providencia, ya que la red de los acontecimientos sea tejida por el alma del mundo, por la obediencia de la naturaleza, por el movimiento de los astros en el cielo, por el poder de los ángeles, por la compleja astucia de los demonios o por alguno de ellos o por todos juntos, una cosa es clara: la Providencia es el plan simple e inmutable de cuanto su-

cede. El Destino, en cambio, es la red siempre cambiante y la disposición a través del tiempo de cuanto Dios ha planeado en su simplicidad.

»De esta manera, todo lo que está sujeto al Destino depende de la Providencia a la que está sujeto el mismo Destino. Hay, sin embargo, cosas que escapan al Destino y se rigen sólo por la Providencia. Son aquellas que, estando por encima de lo cambiante, permanecen próximas a la Divinidad en inmutable estabilidad. Imaginemos una serie de esferas o círculos concéntricos que se mueven en torno a un eje. El más interior participa más intensamente de la simplicidad del centro común y se convierte a su vez en centro de los que giran más alejados. El círculo más externo describe una órbita mayor, tanto más amplia cuanto más alejada está del punto céntrico único e indivisible. Y de la misma manera que todo lo que se une al centro se aproxima a la simplicidad y escapa a la dispersión, así, cuanto más se aleja uno de la primera y suma inteligencia, más atrapado se ve en las redes del Destino. Por el contrario, cuanto más se acerca al centro o eje, más libre se ve del Destino. Y si alcanzara la estabilidad del espíritu divino, se vería libre de todo movimiento y escaparía a la necesidad impuesta por el Destino. La relación entre el cambiante curso de éste y la estable simplicidad de la Providencia es la misma que existe entre el razonamiento y la inteligencia, entre la criatura y el Ser por esencia, entre el tiempo y la eternidad o entre el círculo y el punto en torno al cual gira.

»El curso del Destino pone en movimiento el cielo y las estrellas, regula la mutua relación entre los elementos y los transforma a través de muchos cambios. Renueva todos los seres que nacen y mueren por medio de sucesivas generaciones de animales y plantas. Dirige también los

actos y la suerte de los hombres valiéndose de una indisoluble cadena de causas que, por fuerza, han de ser inmutables, del mismo modo que la Providencia, donde tienen su origen, es inmutable. Así, pues, las cosas funcionarán de modo perfecto si la simplicidad inmanente de la mente divina despliega un inmutable orden de causas que dirija con su invariabilidad todas las cosas sujetas a cambio y que, de otro modo, fluctuarían sin rumbo.

»Por eso advertirás que vosotros, los hombres, no sólo no estáis en disposición de contemplar este plan divino, sino que además veis todas las cosas confusas y alteradas. Pero no es menos cierto que todo tiene su propia manera de ser y norma que lo dirige al bien. Nada existe que tenga como fin el mal, ni siquiera el proceder de los malvados. Como ya demostramos ampliamente, es el error el que los ciega y desvía en su búsqueda del bien. Es impensable, pues, que el orden que dimana del centro universal, que es el bien supremo, se aparte de su propio principio.

»¿Puede haber mayor confusión, objetarás, y más contraria a la justicia que ver cómo la fortuna de los hombres buenos, lo mismo que la de los malos, varía continuamente entre la adversidad y la prosperidad? Ahora bien, pregunto, ¿tienen los hombres una inteligencia tan íntegra como para juzgar quién es bueno y quién es malo? No. Los juicios de los hombres en esta materia se contradicen, ya que los que unos juzgan dignos de recompensa, otros los consideran merecedores de castigo.

»Supongamos, por ejemplo, que hubiera alguien capaz de distinguir a los buenos de los malos. ¿Podría, sin embargo, conocer su temperamento o la composición íntima de sus almas, por emplear un término aplicable a la disposición de los cuerpos? No es diferente tampoco la admiración del que, no conociendo las causas, no sabe

por qué a unos con cuerpo sano les va bien lo dulce y a otros lo amargo, y por qué unos enfermos se curan con medicinas suaves y otros, en cambio, con otras más enérgicas. Pero el médico que conoce el proceso de la salud y de la enfermedad no se extrañará de nada de esto. Ahora bien, ¿no es la virtud la salud de las almas? ¿Y qué significa el vicio, sino la enfermedad? ¿Y quién, sino Dios, es el protector del bueno y castigador del malvado, guía y médico de las almas? Desde la atalaya de su Providencia contempla el mundo y sabe lo que conviene a cada uno y le aplica lo que sabe le conviene. Y aquí está el plan del Destino: un Dios sabedor que actúa y unos hombres ignorantes que quedan estupefactos.

»Echemos sólo una mirada a los pocos datos que la razón humana puede captar de la divinidad insondable. Por ellos entenderás que quien a tu juicio es gran defensor de la justicia y celosísimo de la equidad, para Dios omnisciente aparece lo contrario. A los dioses agradó la causa del vencedor, pero a Catón le agradó la del vencido, según cantó nuestro poeta Lucano[62]. Cuando veas, por tanto, que algo sucede en el mundo distinto de lo que esperabas, recuerda que está dentro del orden de las cosas. La confusión y el error están en tu manera de ver.

»Pero supongamos que existe alguien tan íntegro que sobre él coinciden el juicio de Dios y el de los hombres. Tiene, sin embargo, un espíritu débil y a la primera adversidad deja su virtud que no le permitiría mantener su fortuna. En tal situación la Providencia sabia se compadecerá de aquel a quien la adversidad podría hacer peor,

62. Lucano, *Farsalia,* I, 128. «El vencedor» hace referencia a Julio César; «el vencido», a Pompeyo.

liberándole de lo que no podría soportar. Imaginemos otro hombre, dechado de todas las virtudes, un santo, muy cerca de Dios. Quizás la Providencia no crea conveniente para él ningún tipo de adversidad, de suerte que se vea libre hasta de las enfermedades corporales. Como dijo alguien más ilustre que yo:

El cuerpo de un santo ha sido edificado por el cielo[63].

»Sucede también con frecuencia que a los hombres buenos la Providencia les da el poder supremo para reducir la exuberancia del mal. A otros concede una mezcla de buena y mala fortuna, según la disposición de su espíritu. A unos los aguijonea unas veces para que una prosperidad demasiado larga no los adormezca. A otros los prueba con duros golpes para fortalecer su virtud con el ejercicio y la práctica de la paciencia. Hay quien se presenta excesivamente tímido ante una prueba que en realidad puede superar. Otros, en cambio, se burlan de sufrimientos que no podrían aguantar. A ambos los lleva al descubrimiento de sí mismos a través de circunstancias difíciles. Otros hombres alcanzaron un nombre inmortal al precio de una muerte gloriosa. Alguno de ellos, indomables frente a las torturas, dieron ejemplo a los demás de que la virtud no se doblega ante el mal. No hay duda, por tanto, de que todo esto sucedió, fue planificado y dispuesto en beneficio de quienes se portaron tan ejemplarmente.

»El hecho de que los malvados tengan también altibajos de fortuna se debe a las mismas causas. Su sufrimien-

63. Texto sin contrastar.

to no puede sorprender a nadie, ya que todos piensan que se lo han merecido. Pero también su desgracia puede apartar a otros del crimen y corregir a los mismos que son sus víctimas. Por otra parte, la felicidad de que gozan es una razón poderosa para que los buenos puedan formarse un juicio de una felicidad que tan al alcance está de los perversos.

»Creo que debemos detenernos un poco en este punto. Piensa, por ejemplo, en un hombre orgulloso y tan impulsivo que la pobreza le podría precipitar más fácilmente en el crimen. La Providencia cura la enfermedad con una cantidad de dinero como remedio.

»Otro, en cambio, advierte que su conciencia está manchada y la compara con el bienestar de su fortuna. Quizás tema perder su placentero disfrute. Cambiará, pues, de costumbres y, temiendo perder su fortuna, dejará el vicio. A unos, su mal adquirida riqueza los lanzó a un desastre merecido. A otros se les concedió el poder de castigar para probar a los buenos y sancionar a los malvados. Pues así como no hay pacto entre buenos y malos, de la misma manera éstos nunca llegan a entenderse entre sí. ¿Podría ser de otro modo si, hecha jirones su conciencia por el vicio, les enfrenta a sí mismos y a menudo hacen cosas que más tarde quisieran no haber hecho?

»De este modo la altísima Providencia lleva a cabo con frecuencia un insigne prodigio: que los malos hagan buenos a otros malos. Pues algunos que se creen víctimas de la injusticia de otros más perversos, ardiendo en ira hacia ellos, emprenden el camino de la virtud, deseosos de no parecerse a los que han odiado. Sólo el poder de Dios puede convertir el mal en bien, valiéndose de él para producir un buen efecto. Existe un orden que abarca todas las cosas, y todo lo que se aparta del lugar establecido que

le ha sido asignado vuelve al orden, aunque sea diferente, para que en el reino de la Providencia nada quede al azar.

Es difícil para mí hablar como un dios[64].

»Ningún hombre puede comprender con su inteligencia ni explicar con su palabra los caminos de Dios. Bástete por ahora haber vislumbrado que Dios, Creador de todas las cosas, las ordena y dirige hacia el bien. Y a este fin está dispuesto lo que ha creado a su imagen y semejanza. Para ello hace desaparecer de sus dominios toda suerte de males, valiéndose de la necesaria cadena de acontecimientos sujetos al Destino. De todo lo cual se deduce que, cuando a primera vista la tierra parece estar invadida por el mal, no obstante, si atendemos al plan de la Providencia, el mal no existe en parte alguna. Pero te he fatigado y abrumado con el peso y complejidad del problema. Un poema bello y agradable te puede aliviar. Un respiro de aire fresco te permitirá aplicar tu mente a lo que va a venir.

VI. »Si quieres ver y entender con la mente limpia
las leyes del que en los cielos
despierta el trueno y la tempestad,
dirige tu mirada hacia lo más alto[65].
Una perpetua armonía mantiene allí
a los astros fieles a su justo pacto.
El sol envuelto en su llama rutilante

64. Homero, *Ilíada*, XII, 176.
65. *Las leyes del que en los cielos:* En latín *celsi Tonantis,* que muchos interpretan como «Júpiter tonante». Bien puede interpretarse del Dios cristiano que dirige y coordina todas las cosas.

no impide el curso de la gélida Febe.
Y la Osa que corre veloz alrededor del Polo
altísimo
no se hunde jamás en el profundo Poniente
mientras ve sumergirse él a las demás estrellas,
ni quiere apagar su fuego en el Océano.
El lucero vespertino anuncia siempre
con regularidad las sombras de la noche,
y el lucero del alba vuelve a traer
la luz blanca del día.
Un amor recíproco renueva
el eterno curso de las estrellas:
en aquellas regiones está ausente el odio de la
guerra.
Esta concordia dispone todos los elementos
con medidas iguales:
la humedad da paso a la sequedad,
el frío hostil pacta con la llama el ascenso del
fuego sutil por los aires
y el descenso de las tierras arrastradas por
su peso.
Por las mismas causas, la tibia primavera
viste el año con flores perfumadas,
el ardiente estío hace madurar los frutos de
Ceres,
el otoño vuelve con la exuberancia de sus
frutos
y la lluvia incesante anega el invierno.
Este equilibrio de las estaciones da vida y vigor
a cuanto exhala un hálito de vida en el
mundo;
y este mismo equilibrio hace desaparecer todo
lo nacido

en el seno de la muerte.
Mientras tanto, el Señor de todas las cosas,
sentado en alto trono, lleva las riendas del
Universo
como Rey y Señor, fuente y origen, ley y juez
sabio de toda justicia.
Sostiene a todos los vacilantes, a quienes
mueve a caminar,
y cuando se extravían los detiene para atraerlos
hacia sí.
Pues, si no los llevara al camino recto
y los obligara a entrar en las órbitas fijas,
las cosas que el orden estable mantiene unidas,
desgajadas de su origen, terminarían
dispersándose.
Éste es el amor verdadero, común a todos los
seres.
Todos ansían unirse a Él, sumo bien y fin
universal,
porque no tienen otra manera de subsistir
más que retornando, conducidos por el amor,
hacia la causa que les dio el ser[66].

7. »¿Ves ahora las consecuencias de cuanto he ido diciendo?

–¿Cuáles?

–Toda fortuna es siempre buena.

–¿Y cómo puede ser esto?

66. Es éste uno de los poemas más hermosos de Boecio. El orden, la armonía y la concordia del universo son fruto del amor. Dios dirige y atrae hacia sí a todas las cosas.

–Escucha –prosiguió ella–. Toda fortuna, favorable o adversa, está dirigida a premiar o probar a los buenos, o a castigar o corregir a los malos. De este modo, hemos de concluir que es justa o al menos útil.

–Tu argumentación –le dije– es muy correcta, apoyada como está en sólidas razones, si tenemos en cuenta lo que acabas de enseñarme sobre la Providencia y el Destino. Pero me permitirás que incluya entre las opiniones inaceptables esa misma afirmación que acabas de hacer.

–¿Y por qué?

–Porque es una expresión común usada por algunos a cada momento el quejarse de que tienen mala fortuna.

–¿Acaso quieres que nos ajustemos al lenguaje del vulgo para evitar que parezca que nos apartamos del pensar común?

–Como tú quieras.

–Pues bien, ¿aprovecha la fortuna que pone a prueba o corrige?

–Sí.

–Luego es buena.

–Sí, también.

–Pues ésa es la fortuna de hombres que ya están en la senda de la virtud y luchan contra la adversidad, o la de aquellos que vuelven al buen camino después de haber abandonado el mal.

–No puedo negarlo.

–¿Y qué podré decir, entonces, de la buena fortuna que llega como recompensa a los buenos? ¿El vulgo la considera mala?

–No, en manera alguna. Por el contrario, la tiene por sumamente buena, como así es.

–Finalmente, ¿piensa la gente que es buena la fortuna que se muestra severa y castiga a los malvados?

–No, la juzga como la mayor desgracia imaginable.

–Pues ten cuidado, no sea que siguiendo las opiniones del pueblo lleguemos a formular algo inaceptable.

–Entonces, ¿qué?

–De todo cuanto hemos hablado, se deduce que todos aquellos que están en posesión de la virtud tienen siempre buena fortuna, cualquiera que ésta sea, trátese de perfectos, proficientes o incipientes. Por el contrario, la fortuna de los que siguen en sus vicios es siempre mala.

–Es cierto, aunque nadie quiere admitirlo.

–Consecuentemente, el sabio no debería alarmarse cuando se enfrenta con la fortuna, de la misma manera que el esforzado soldado no se alarma cuando suena el grito de combate. Para ambos el riesgo es su oportunidad: para el soldado, la de conquistar más gloria, y para el sabio la de afianzarse en la virtud. Por eso mismo se llama virtud, que significa valor, fuerza. Se apoya en su misma fuerza y no se deja vencer por la adversidad. Y vosotros los que progresáis en la virtud no penséis en nadar en delicias o en dormitar en el placer. La lucha que mantenéis con todo tipo de fortuna es dura: que no os oprima la tristeza ni os reduzca el placer. Mantened el justo medio con todas vuestras fuerzas. Tanto lo que se queda corto como lo que pasa de la raya os lleva al desprecio de la felicidad y no tiene el premio de la virtud. Está, pues, en vuestra mano la clase de fortuna que queráis forjar: todo lo que nos parece adverso, o perfecciona, o corrige o castiga.

VII. »Durante una guerra de diez años
el vengador hijo de Atreo
sembró de ruinas Frigia

para castigar el rapto de la mujer de su
hermano.
Fue él quien lanzó al mar la flota de Grecia,
pero pagó los vientos al precio de su propia
sangre:
dejando a un lado su condición de padre,
hizo de funesto sacerdote al ofrecer a la diosa
el cuello de su desgraciada hija[67].
El héroe de Itaca lloró a sus desaparecidos
compañeros
cuando Polifemo, recostado en su inmenso
antro,
los engulló en su monstruoso vientre.
Pero el cíclope, furioso por haber perdido la
vista,
pagó con lágrimas la alegría del festín[68].
Los duros trabajos celebran la gloria de
Hércules:
domó a los soberbios centauros,
arrebató la piel del león feroz de Nemea,
atravesó con sus flechas certeras a las aves del
Estínfalo,
se apoderó del fruto dorado de las Hespérides,
custodiado por el dragón de los cien ojos;
arrastró al Cerbero atado con triple cadena,
venció a Diomedes y le robó sus yeguas,
echándoles a su dueño como pasto[69];

67. *Hijo de Atreo:* Agamenón, jefe del ejército en el asedio de Troya. Referencia a la guerra de Troya y al sacrificio de Ifigenia.
68. Para este episodio de Odiseo –«héroe de Itaca»–, cf. *Odisea,* IX.
69. Las yeguas de Diomedes, rey legendario de Tracia, se alimentaban de carne humana.

dio muerte a la hidra, quemando en las llamas
su veneno;
obligó a Aqueloo[70] a hundir su desfigurado
rostro en las aguas de un río,
derribó a tierra a Anteo en las arenas de Libia;
por Hércules, Caco fue víctima de las iras de
Evandro[71];
los hombros del héroe que había de sostener el
mundo
fueron manchados con los espumarajos del
jabalí[72].
Su último trabajo fue sostener los cielos
sin doblar la cerviz.
Y como premio por él mereció el cielo.
Id, pues, vosotros los fuertes,
por el elevado camino de los grandes ejemplos.
¿Por qué volvéis las espaldas?
Superada la tierra, os esperan las estrellas.

0. Dios fluvial, personificación del río más largo de Grecia, que ichó con Hércules por la mano de Deyanira.
1. Según una tradición, Caco robaba el ganado de la aldea de alanteo (situada en el monte Palatino), que gobernaba Evandro.
2. Se refiere al terrorífico jabalí de Erimanto.

LIBRO V

Providencia y omnisciencia de Dios versus *libertad humana. ¿Existe el azar?*

1. Dejó de hablar la Filosofía, y ya se disponía a dar un nuevo giro a su conversación, cuando la interrumpí yo para decirle:

–Tu exhortación es muy adecuada y digna de la autoridad de que gozas. Pero acabas de decir que el problema de la Providencia va vinculado a otros muchos, y ahora lo veo con mayor claridad. Quiero saber, pues, si existe el azar y, en caso de existir, de qué naturaleza es.

–Lo prometido es deuda y enseguida quiero abrirte el camino para que puedas volver a tu patria. Pero, por útil que sea conocer todos estos temas, me temo que puedan desviarnos un poco del camino seguido. Me horroriza pensar que, agobiado por tales digresiones, no seas capaz de alcanzar la meta.

–No temas –le contesté–. Será un alivio para mí llegar a conocer cosas que tanto me gustan. Al mismo tiempo, una vez explicados todos los aspectos del problema con tu habitual competencia, quedarán despejadas las dudas que puedan surgir.

–Serás complacido –dijo ella. Y prosiguió de este modo–:

»Si por azar entendemos un acontecimiento fortuito, sin ningún nexo causal, hay que afirmar que el azar no existe y, de igual manera, que esta palabra, aparte de apuntar al tema que nos ocupa, carece completamente de sentido. En efecto, si Dios ha establecido el orden de todas las cosas, ¿qué lugar hay para lo fortuito? De la nada, en efecto, no se sigue nada. Es ésta una sentencia muy cierta que ninguno de los antiguos filósofos se atrevió a poner en duda, aunque ellos la emplearon como un principio de filosofía natural que aplicaban a los objetos materiales, no a las causas eficientes. Y si un acontecimiento sucede sin causa, lógicamente es como si saliera de la nada. Y si esto es imposible, también lo será la existencia del azar, según lo acabamos de definir.

–Entonces –pregunté– ¿no hay nada que podamos llamar con verdad casual o fortuito? O, por el contrario, ¿hay algo, aunque lo desconozca el vulgo, que se ajuste a esta palabra?

–La definición de mi discípulo Aristóteles en su *Física* es sucinta y muy cercana a la verdad[73].

–¿En qué sentido? –pregunté.

–Se habla de azar siempre que se hace algo con un fin determinado y por ciertas razones sucede algo distinto a lo previsto. Así, por ejemplo, cuando alguien remueve la tierra para explotarla y encuentra una vasija con monedas de oro. Se cree, entonces, que esto se ha debido al azar y que proviene de la nada. Pero tiene sus propias causas, cuya conjunción imprevista e inesperada da la impresión

73. Aristóteles, *Física*, II, 4-5.

de que se ha producido algo casual. Si el labrador de dicho campo no hubiera removido la tierra y si el que escondió el tesoro no lo hubiera enterrado en aquel lugar, el oro no habría sido encontrado. Estas son las causas del hallazgo fortuito, resultado de la conjunción de diferentes causas y no de la intención del agente. Ni el que escondió el oro ni el que removió el campo se propusieron descubrir el tesoro, pero, repito, sucedió por una coincidencia de causas que hizo que lo enterrado por uno lo encontrara el otro.

»Podemos, pues, definir el azar como un hecho o acontecimiento inesperado, producto de la conjunción de causas que actúan en la realización de un fin. La conjunción y coincidencia de causas procede del orden inmutable del universo, que tiene su origen en la Providencia y ordena todas las cosas en su tiempo y lugar[74].

I. »Entre las rocas de los montes de Aquemenia,
donde los soldados que persiguen al enemigo
caen atravesados por las flechas de un ejército
que huye en retirada, nacen de la misma fuente
el Tigris y el Éufrates
para correr después por lechos distintos.
Si luego volvieran a juntarse y formaran una
única corriente,
chocarían las embarcaciones y los troncos

74. Es digna de notar la definición que Boecio da del azar en este párrafo. Es otra de las muchas definiciones magistrales que han quedado para siempre en los libros de texto, como son las de Destino, Libertad, Persona, Eternidad. Éste ha sido su mejor legado y la razón de su permanencia en las escuelas de Filosofía y Teología.

arrastrados por las olas, encrespadas de forma
caprichosa.
Pero estos movimientos que parecen fortuitos
pueden estar producidos por el declive del suelo
y por leyes que dirigen el fluir de las aguas.
De la misma manera, el azar parece deambular
perdidas las riendas,
pero está sometido a un freno y se mueve por
la misma ley.

2. –Comprendo lo que dices y estoy conforme con lo que afirmas. Pero pregunto: ¿En esta concatenación de causas hay lugar para nuestro libre albedrío? ¿O, por el contrario, una cadena fatal sujeta los movimientos del espíritu humano?

–Sí –me contestó–. Existe el libre albedrío. No hay un ser dotado de razón falto de libertad. Todo aquel que por su misma naturaleza puede servirse de la razón tiene la facultad de poder juzgar y discernirlo todo. Por sí mismo distingue lo que ha de rechazar y lo que ha de elegir. Cada uno busca lo que estima apetecible y huye de lo que considera rechazable. Así, quien está dotado de razón tendrá también la libertad para querer o no querer, si bien advierto que no todos los seres tienen el mismo grado de libertad.

»Los seres celestiales y divinos poseen un juicio clarísimo, una voluntad inquebrantable y un poder eficacísimo para llevar a cabo sus deseos. Los seres humanos, en cambio, son necesariamente tanto más libres cuanto más se aplican a la contemplación de la mente divina, y tanto menos libres cuanto más descienden a los seres materiales. Y todavía menos cuando quedan atrapados en las redes de la tierra. Alcanzan, por último, la máxi-

ma esclavitud cuando se entregan al vicio y pierden la posesión de su propia razón. Sucede que cuando han apartado sus ojos de la luz de la verdad superior para fijarlos en el mundo inferior y tenebroso, se ven enseguida envueltos en la nube oscura de la ignorancia. Se ven turbados por pasiones funestas y, al ceder a ellas y consentirlas, no hacen más que fomentar la esclavitud contraída, haciéndose, por decirlo así, prisioneros de su libertad. Aun así, el ojo de la Providencia ve desde la eternidad todas las cosas y tiene predestinado para cada cual su merecido.

II. »La voz meliflua de Homero canta a Febo
resplandeciente en su luz pura,
que ve todas las cosas y a todas escucha[75].
Y, sin embargo, sus rayos son demasiado débiles
para llegar a las entrañas de la tierra
o a lo profundo del mar.
¡Cuán diferente el Creador del mundo!
Nada se resiste a su mirada
desde lo más alto del cielo:
ni la tierra con su mole
ni la noche con sus oscuros nubarrones.
Lo que es, lo que fue y lo que será,
todo lo ve en una sola mirada de su inteligencia.
Es el único que ve todas las cosas.
¡Sólo a Él puedes tener por verdadero Sol!

75. Cf. Homero, *Ilíada*, III, 277.

3. –Experimento ahora –le dije yo– una perplejidad y confusión todavía mayor.

–¿De qué se trata? –contestó–. Aunque ya intuyo lo que te turba.

–Me parece –le dije– que no hay oposición ni contradicción tan grande como la que existe entre la presciencia universal de Dios y el libre albedrío. Si Dios prevé todas las cosas y no puede equivocarse, habrá de suceder cuanto la Providencia ha previsto que suceda. Por tanto, si desde toda la eternidad prevé no sólo los actos sino también los pensamientos y los deseos, no existe el libre albedrío. No sería posible acto o deseo alguno más que los previstos por la presciencia infalible de Dios. De la misma manera no sería firme la presciencia del futuro, y sí una simple conjetura incierta, si los acontecimientos pudieran discurrir por una vía distinta a la prevista. Y no es justo pensar esto de Dios.

»Tampoco estoy de acuerdo –continué– con los argumentos con que algunos pretenden cortar este nudo gordiano. Afirman que no porque la Providencia haya previsto algo como futuro ha de suceder, sino al contrario, que porque ha de suceder, no puede quedar oculto a la Providencia divina. De este modo no hacen más que invertir la cuestión sin resolverla. No es necesario, afirman, que se haya de realizar lo previsto, sino que se prevea lo que ha de suceder. Esto equivaldría a preguntarnos si la presciencia es la causa de la necesidad de que ocurra un acontecimiento, o más bien si esta necesidad es la causa de la presciencia. Pero lo que se trata de demostrar es que, cualquiera que sea el orden de las causas, los acontecimientos responden necesariamente a lo previsto, si bien esta previsión o presciencia no implica la necesidad de su realización.

»Si, por ejemplo, un hombre está sentado, el juicio que hacemos de este hecho es necesariamente cierto. Inversamente, si aceptamos la afirmación de que este hombre está sentado, necesariamente está sentado. En ambas afirmaciones existe una necesidad: en la primera, que el hombre esté sentado; en la segunda, que el juicio sea cierto. Pero que el hombre esté sentado no se debe a que el juicio sea cierto, sino más bien al acto precedente de haberse sentado. Así, pues, aunque la verdad procede de una causa exterior, en ambos casos existe una necesidad común.

»El mismo razonamiento se aplica a la Providencia y a los hechos futuros. Pues, aun cuando sean previstos porque han de suceder (y no que sucedan porque han sido previstos), es necesario, no obstante, que Dios prevea lo que ha de suceder, y que todo lo previsto suceda. Y esto sólo es suficiente para eliminar todo libre albedrío.

»Pero ¡qué absurdo sería afirmar que la evolución de los acontecimientos en el tiempo es causa de la presciencia divina! Creer, por tanto, que Dios prevé cosas futuras porque han de suceder equivale a suponer que los hechos o acontecimientos pasados son la causa de esta suprema Providencia. Añádase, además, que si yo sé que una cosa existe es necesario que exista. Y cuando sé que algo va a existir, necesariamente habrá de existir. De donde se sigue que es inevitable la existencia de algo previsto.

»Finalmente, si alguien pensara que una cosa es distinta de lo que en realidad es, no sólo no tendría conocimiento de ella, sino que su idea sería falsa y totalmente alejada de la verdad del conocimiento. ¿Quién podría prever, en consecuencia, el cumplimiento de un hecho cuya realización no es cierta y necesaria? Pues, así como la ciencia excluye el error, de la misma manera lo que se

sabe por un conocimiento verdadero ha de existir tal cual se conoció. Si la ciencia carece de falsedad es porque las cosas son necesariamente como ella entiende que son.

»El problema es, por tanto: ¿cómo puede Dios prever las cosas que han de suceder, si son inciertas? Pues se equivoca si piensa que es inevitable la realización de cosas que también pueden dejar de producirse. Y pensar y más aún afirmar tal cosa de Dios es algo impío. Y si cree que las cosas han de suceder tal cual son en sí, que lo mismo pueden suceder que no suceder, ¿qué clase de presciencia es la suya que no sabe nada cierto y estable? ¿En qué se diferencia de aquella ridícula profecía de Tiresias:

Cuanto yo diga sucederá o no sucederá[76]?

»¿En qué sería superior la divina Providencia a la opinión de los hombres si juzgara como ciertos los eventos inciertos? Si, pues, en esa fuente certísima de todas las cosas no cabe incertidumbre alguna, debemos concluir que se realizarán los hechos que Dios prevé como ciertos. No existe, por tanto, libertad alguna ni en los pensamientos ni en los actos humanos. La inteligencia divina, que prevé todas las cosas sin error ni falsedad, los encadena y dirige a un fin determinado.

»Admitido esto, es fácil adivinar el fracaso de los propósitos humanos. Es vano prometer recompensas a los buenos y amenazar con castigos a los malos, ya que sus espíritus carecen de libertad y de voluntad. Lo que ahora se juzga como lo más equitativo, a saber, el castigo de los malos y el premio de los buenos, parecerá lo más injusto.

76. Horacio, *Sátiras*, II, 5, 59.

Pues los hombres son llevados al bien o al mal no por la propia voluntad sino por una incoercible necesidad de lo que ha de suceder. No hay vicios ni virtudes, sino una confusion informe y desordenada de méritos. Nada más perverso se puede pensar. Si el orden del universo depende de la Providencia y no hay sitio para la libre elección humana, habremos de concluir que también nuestros vicios derivan del Autor de todos los bienes.

»No tiene sentido, por consiguiente, esperar nada ni pedir nada en la oración. ¿Qué puede esperar un hombre, o pedir a Dios, si todo lo que apetece está sometido a leyes inflexibles? Por la misma razón desaparecerá el único medio de comunicación del hombre con Dios, cual es la esperanza y la oración, a menos que por el precio de una humildad justa consigamos el don inestimable de la gracia divina y sea éste el único medio para que los hombres puedan hablar con Dios y unirse a su luz inaccesible, incluso antes de alcanzarla mediante una oración suplicante. Pero si admitimos la necesidad de los acontecimientos futuros y excluimos la fuerza de estos medios, ¿con qué lazo podremos acercarnos y unirnos al Supremo Señor del mundo? Desgajado y separado el género humano de su origen, como poco antes cantabas, terminará por quedar débil y exhausto.

III. »¿Qué razón discordante rompe
la unión y armonía de las cosas?
¿Qué Dios promueve la guerra entre dos
verdades,
solidísimas por separado, pero imposibles de
uncir al mismo yugo?
¿O es que no hay discordia entre ellas,
que siempre van cogidas de la mano?

¿No será más bien incapacidad de la
inteligencia,
que, sumergida en la ceguera del cuerpo,
no puede distinguir con su pobre luz
los débiles lazos que unen las cosas?
¿Y por qué nuestro espíritu arde apasionado
buscando las secretas huellas de la verdad?
¿Conoce ya lo que tan ansiosamente quiere
saber?
Pero ¿quién se afana por conocer lo que ya
sabe?
Y si no lo sabe, ¿qué es lo que busca en la
oscuridad?
¿Puede desearse lo que no se conoce?
Pues ¿quién podría buscar algo que
desconoce?
¿Y dónde podría encontrarlo?
¿Y una vez encontrado, podría reconocerlo?
Cuando llegue el alma a la contemplación de la
inteligencia divina,
¿percibirá la suma y las partes de la verdad?
Sumergida ahora en el espesor del cuerpo
no se olvida totalmente de sí misma.
Ha perdido el sentido de las partes, pero
guarda el del conjunto.
Quien busca la verdad se mantiene en un
estado intermedio:
no sabe, pero no es ignorante del todo.
Vuelve sobre lo contemplado en lo alto
y lo guarda en su mente.
Piensa en lo que vio en lo alto
para poder añadir lo ya olvidado
a lo que todavía retiene.

4. Habló entonces la Filosofía:

–Es ésta una vieja queja contra la Providencia. Ya Cicerón la expuso con vigor en su tratado de la *Adivinación*[77]. Tú mismo la has estudiado de una manera seria y extensa. Te diré, sin embargo, que hasta ahora ninguno de vosotros la ha tratado con solidez y solvencia. La razón de esta ceguera hay que encontrarla en la misma forma de operar del entendimiento humano, incapaz de captar directamente la presciencia divina. Si se pudiera entenderla de algún modo, desaparecería toda incertidumbre. Trataré primero de disipar las dudas que te asaltan, para después explicar y aclarar esta cuestión.

»Me pregunto por qué consideras poco concluyente el razonamiento de los que piensan que la presciencia no implica necesidad sobre los acontecimientos futuros y que el libre albedrío no es incompatible con ella. ¿No es, acaso, tu argumento a favor de la necesidad de los acontecimientos futuros que lo que ha sido previsto no puede dejar de suceder? Por tanto, si, como acabas de afirmar, la presciencia no implica necesidad en los futuros contingentes, ¿por qué los actos voluntarios habrían de estar necesariamente predestinados?

»Con el fin de aclarar mejor mi razonamiento y para que puedas comprender mejor lo que sigue, supongamos que la presciencia no existe. En este supuesto, ¿los actos voluntarios serían fruto necesario de la predestinación?

–En modo alguno.

–Digamos ahora que existe la presciencia, pero que no implica necesidad o predestinación alguna sobre los he-

77. Cicerón, *De Divinatione*, II, 5, 59.

chos futuros. Creo también que seguirá existiendo la misma libertad intacta y absoluta de la voluntad.

»Pero dirás: Aunque la presciencia no implique la predestinación de los hechos que habrán de suceder, es, no obstante, una señal de que sucederán necesariamente. En este caso, aun cuando no existiera presciencia, deberíamos convenir en que sería necesaria la realización de los hechos futuros, porque los signos indican lo que representan, pero no causan lo que representan.

»Lo primero que hay que demostrar, por tanto, es que todo sucede por necesidad, de modo que la presciencia aparezca como señal de esta misma necesidad. Si la necesidad no existe, tampoco la presciencia podrá ser signo de algo irreal. Pero, para que una prueba esté sólidamente basada en la razón, no se ha de fundar en signos o argumentos extrínsecos, sino en unos que sean intrínsecos y necesarios.

»¿Qué puede suceder para que los acontecimientos previstos no lleguen a suceder? Sería como creer que los acontecimientos que la Providencia prevé como futuros no se han de realizar, o mejor, que aun cuando se realizaran no había nada intrínseco en su naturaleza que los hiciera necesarios. Tú mismo encontrarás fácilmente la respuesta. Ante nuestros ojos suceden multitud de cosas, como por ejemplo el espectáculo de los aurigas que se emplean a fondo para controlar y dirigir sus cuadrigas, y otros parecidos. Pregunto: ¿hay alguna causa que les obligue a desarrollarse en la forma que los vemos?

–No, ninguna, ya que el ejercicio del arte sería vano si todo se hiciese obligado por la fuerza.

–Por tanto, todo cuanto sucede sin estar sometido a necesidad alguna en el momento de producirse, tampoco existió necesariamente antes de producirse. Luego hay

acontecimientos que deben realizarse, pero cuya ejecución está libre de toda necesidad. Nadie podrá decir que un hecho que se ha realizado no podía realizarse antes de que sucediera. Tenemos, pues, un hecho previsto y su realización libre. Por tanto, todas las cosas que suceden sin necesidad son, antes que sucedan, acontecimientos futuros que habrán de suceder, pero no necesariamente. Pues así como el conocimiento de las cosas presentes no supone necesidad alguna sobre lo que está sucediendo, de la misma manera la presciencia no determina lo que va a suceder.

»Pero dirás: éste es precisamente el problema: saber si puede haber presciencia de cosas cuya realización no sea necesaria. Aquí parece darse una contradicción. Piensas que la presciencia implica la necesidad, y que la no necesidad excluye la presciencia, y asimismo crees que no se da conocimiento cuando no hay verdadera ciencia. Si los hechos de realización incierta se prevén como si fueran ciertos, se llega a una conjetura caliginosa, no a la verdad de la ciencia. Pensar que las cosas son distintas a como son va contra la integridad del conocimiento.

»La razón de este error estriba en que todos pensamos que todo conocimiento depende exclusivamente de la esencia y naturaleza de los objetos que se conocen. Y sucede totalmente lo contrario. Todo lo que se conoce se entiende, no según su naturaleza, sino según la capacidad del sujeto cognoscente. Sirva para explicarlo un breve ejemplo: una misma forma redonda de un cuerpo es reconocida de una manera por la vista y de otra por el tacto. La vista, desde lejos, ve todo el conjunto a través de los rayos de luz. El tacto, en cambio, acercándose y tocando el cuerpo en todas sus partes percibe su esfericidad. De igual manera, el hombre es visto de forma distinta por los

sentidos, la imaginación, la razón y la inteligencia[78]. Los sentidos captan una figura plasmada en materia, mientras que la imaginación se detiene en la figura desprovista de materia. La razón, por su parte, trasciende la imaginación y valora, fija la especie o forma. Y está también el ojo superior de la inteligencia que, trascendiendo la esfera de lo universal, penetra las formas simples con la aguda mirada de la mente.

»En todo esto se ha de considerar de modo especial que la forma superior de conocimiento incluye también la inferior, pero que ésta no puede elevarse a la superior. Los sentidos no pueden percibir nada más allá de la materia. La imaginación no atiende a las ideas o especies universales. Y la razón no capta las formas simples. Por su parte, la inteligencia, como mirando desde arriba, percibe primero la forma y distingue después todas las cosas que están incluidas en ella, pero de la misma manera que comprende las formas simples, que solamente ella puede captar. La inteligencia conoce las ideas o especies universales que capta la razón, las formas que percibe la imaginación, las impresiones que suministra la naturaleza. Y lo hace sin necesidad de la razón, de la imaginación y de los sentidos, sino con la simple mirada de la mente con la que todo lo ve a través de la forma. Tampoco la razón, cuando conoce lo universal, necesita de la imaginación y de

78. La idea central es que conocimiento depende de la capacidad del sujeto cognoscente y no del objeto que se ha de conocer. Boecio elabora esta teoría, tomándola de sus maestros Aristóteles, Platón, Yámblico, Ammonio y Proclo. Sigue muy de cerca a san Agustín. Sobre los conceptos que maneja –*idea, forma, particular, universal, sensible, imaginable, inteligencia, razón* y otros que aparecen en este mismo capítulo–, remitimos a los textos de filosofía que tratan de explicar las distintas teorías sobre el conocimiento humano.

los sentidos para comprender los objetos imaginables y sensibles de ambos. La razón es la que define así el universal: el hombre es un animal bípedo racional. Al ser ésta una noción universal, nadie ignora que se trata de algo imaginable y sensible, pero que la razón no la entiende a través de la imaginación y de los sentidos, sino de la abstracción. La misma imaginación se sirve al principio de los sentidos para ver y formar las imágenes. Pero, en ausencia de los sentidos, también es capaz de representar objetos sensibles, valiéndose de la facultad imaginativa.

»¿Ves ahora cómo en este proceso del conocimiento se despliega toda la capacidad cognitiva del sujeto y no la de los objetos conocidos? Por lo demás, es natural que así sea. Pues, siendo el juicio un acto del que juzga, necesariamente éste lo habrá de realizar por su propia capacidad y no por la de otros.

IV. »El Pórtico enseñó en un tiempo a oscuros maestros
que las sensaciones e imágenes de los objetos externos
se imprimen en el alma como si con un rápido punzón
se recorriera la limpia y encerada página,
grabando y fijando en ella los caracteres[79].

79. Se refiere a los estoicos (de *estoa*, pórtico). Zenón de Citio (*ca.* 333-262 a.C.), su fundador, enseñaba en la Plaza Porticada de Atenas. En este poema Boecio no acepta la teoría del conocimiento de los estoicos, para quienes el alma era mero receptor pasivo de los impulsos del exterior.

Pero si la mente, sin fuerza ni movimiento propios,
es incapaz de aprender
y se limita a recibir pasivamente
las impresiones de los cuerpos de fuera;
si, como espejo, refleja sólo imágenes vacías,
¿de dónde surge la inteligencia, fuerza de la mente,
cuya mirada lo ve todo?
¿Qué fuerza es esa que ve todas y cada una de las cosas
y las analiza, una vez conocidas?
¿La que, después de analizarlas, hace su síntesis
y por caminos alternativos,
ya levanta su cabeza por encima de las cumbres,
ya desciende hasta lo más profundo,
o vuelve sobre sí misma
para destruir el error con la verdad?
Es una fuerza más activa y más potente
que la que espera pasivamente a recibir impresiones de la materia.
Y, sin embargo, es necesario un impulso de la materia
que excita y pone en movimiento las fuerzas del espíritu,
como cuando la luz hiere los ojos o cuando la voz llama al oído.
Entonces se despierta el poder activo de la mente
y pone en movimiento las ideas innatas
y, aplicándolas a los estímulos externos,

funde las imágenes con las formas que en su
interior esconde el alma.

5. »Si para percibir los objetos, los órganos de los sentidos externos han de recibir los estímulos o impresiones de fuera, es necesario que una sensación corporal estimule la actividad mental y despierte las formas dormidas de la inteligencia. Pero en esta percepción la mente no queda informada por las sensaciones, sino que se sirve de los datos suministrados por éstas para juzgar con su propia luz. Con cuánta mayor razón podemos constatar esto en los seres que en su forma de percibir están libres de toda influencia corporal. Pueden levantar su espíritu sin tener que obedecer a estímulos externos para percibir las cosas. Por esta razón, se han atribuido a los distintos seres diversas clases de conocimiento. Así, la sensación, sin ningún otro tipo de conocimiento, se ha asignado a los animales que no tienen capacidad de movimiento, como son los moluscos y otros que crecen en las rocas del mar. A las bestias, capaces de movimiento y que parecen poseer la facultad de rechazar o apetecer cosas, se les ha atribuido imaginación. La razón es exclusiva de la especie humana, así como la inteligencia pertenece sólo a la divinidad. De donde se deduce que la inteligencia supera a los demás conocimientos, ya que por su misma naturaleza no sólo conoce las cosas de su ámbito, sino los objetos de otras formas de conocimiento.

»Puestos a suponer, ¿qué sucedería si los sentidos y la imaginación se opusieran a la razón y dijeran que ese universal que ella percibe no es nada, ya que ni lo sensible ni lo imaginable puede ser universal? En consecuencia, o el juicio de la razón sería verdadero y entonces no es sensible, o al contrario (ya que la razón afirma que muchos

de sus juicios parten de los sentidos y de la imaginación), cabría pensar que la forma de conocimiento de la razón es inútil, pues hace de lo sensible e individual algo universal. Si, por su parte, la razón contestara diciendo que contemplaba el dato sensible desde el punto de vista de lo universal *(in universitatis ratione)*, una forma de conocimiento a que no pueden aspirar ni los sentidos ni la imaginación porque su conocimiento no va más allá de las formas corporales; y si añadiera que en relación al modo de conocer las cosas se ha de seguir el más seguro y perfecto, ¿en una disputa de esta naturaleza, nosotros, que somos personas con capacidad de razonar, sentir e imaginar, no aprobaríamos la causa de la razón?

»Algo semejante acaece cuando la razón humana cree que la inteligencia divina sólo puede ver el futuro como la razón lo conoce. Tu razonamiento es como sigue: no pueden ser previstos aquellos acontecimientos que no se han de cumplir de forma cierta y necesaria. En consecuencia, no se da presciencia de éstos, y caso de existir, todo sucede de forma necesaria. Si, así como poseemos la razón, pudiéramos disponer del juicio de la inteligencia divina, consideraríamos justísimo someter la razón humana a la inteligencia divina, como anteriormente juzgamos oportuno someter los sentidos y la imaginación a la razón.

»Levantemos, si es posible, nuestro espíritu hasta la altura de la suprema inteligencia. Desde allí, la razón podrá ver lo que no es capaz de ver por sí misma. Entonces comprenderá cómo incluso los acontecimientos cuya realización no es segura pueden entrar en la presciencia divina, que es verdadera y exacta y no simple conjetura, sino un conocimiento simplicísimo y sin límites.

V. »¡Qué variedad de formas ofrecen
los vivientes que pueblan la tierra!
Unos, de cuerpo alargado, se arrastran por el polvo
mientras avanzan reptando por el suelo,
dejando el surco de su huella.
Otros, de leves alas, dan vueltas sin cesar
y hienden el aire flotando en un vuelo finísimo
mientras cruzan el alto cielo.
Otros dejan sus huellas en el suelo
y paso a paso se dirigen presurosos a los verdes campos
o se internan en espesos bosques.
Y aunque veas las distintas formas que les distinguen,
todos llevan la cabeza inclinada hacia el suelo, lo que embota sus torpes sentidos.
Sólo el hombre lleva la cabeza erguida
y derecho y esbelto mira la tierra a sus pies.
Esta imagen te advierte,
si es que no has perdido la razón,
a ti que levantas la cabeza y diriges la frente hacia el cielo:
"Eleva tu espíritu,
que no se hunda en la tierra tu inteligencia
con el peso de la materia,
que no quede por debajo de tu cuerpo,
mientras él camina erguido".

6. »Si, pues, como quedó demostrado más arriba, la aprehensión de las cosas no depende tanto de la naturaleza de éstas como de quien las conoce, examinemos en lo

posible la naturaleza divina, para así poder entender su forma de conocimiento.

»El consentimiento unánime de todos los seres dotados de razón es que Dios es eterno. Consideremos, pues, qué es la eternidad. Ésta nos descubrirá tanto la naturaleza de Dios como la ciencia o conocimiento divino. La eternidad es la posesión total y perfecta de una vida interminable[80]. Una definición que resultará más clara si la comparamos con las cosas temporales. Todo lo que vive en el tiempo está presente y discurre desde el pasado al futuro. Y nada en el tiempo puede abarcar de forma simultánea toda la duración de su existencia. No ha alcanzado todavía el día de mañana, cuando ya ha perdido el día de ayer. En la vida actual no se vive más que el presente fugaz y transitorio. Todo cuanto está sometido a la ley del tiempo, aunque no haya tenido comienzo y su vida se prolongue a lo largo de la infinitud del tiempo (como Aristóteles sostiene del mundo) no puede considerarse propiamente eterno. No abarca ni comprende simultáneamente todo el espacio de su vida aunque sea infinito, pues no tiene todavía el futuro y ya ha dejado el pasado.

»Aquel que abarca y comprende de forma simultánea toda la plenitud de la vida interminable y a quien no le falta nada del futuro ni se le ha escapado el pasado, podrá calificarse con toda propiedad de eterno. Y necesariamente está siempre presente a sí mismo, es dueño de sí y tiene siempre presente la infinitud del tiempo que fluye. Yerran, por tanto, los que afirman que el mundo creado

80. La eternidad es «la posesión total y perfecta de una vida interminable», definición que sirve siempre de referente para explicar el misterio de la eternidad y, de rechazo, del tiempo, que es lo opuesto a la eternidad.

es coeterno con el Creador. Creen haber oído que Platón afirmó que el mundo no había tenido principio en el tiempo y que jamás tendrá fin[81]. Pero una cosa es alargar indefinidamente una existencia sin límites, como la del mundo en la teoría de Platón, y otra abarcar toda la vida eterna en un presente simultáneo. Esto, naturalmente, pertenece a la inteligencia divina. No debemos, pues, juzgar que Dios es anterior a las cosas creadas por razón del tiempo, sino más bien en razón de la simplicidad de su misma naturaleza.

»El fluir infinito de las cosas temporales es un intento de imitar, de algún modo siempre actual la quietud, una vida inmóvil. Pero como no puede alcanzar y menos igualar ese estado, de la inmovilidad desciende al movimiento, de la simplicidad del presente pasa a la infinita extensión del pasado y del futuro. Y como no puede poseer simultáneamente toda la plenitud de su vida, pues no posee en su totalidad la plenitud de su existencia, parece como si quisiera rivalizar con Aquel al que no puede llegar, ni menos comprender o expresar. Lo hace asiéndose a la actualidad, breve y fugaz del momento presente. Y como esta actualidad presenta cierta semejanza con el presente eterno, da a quien la tiene la apariencia de ser aquello que imita.

»Y, como no podía pararse, emprendió el viaje sin fin a través del tiempo. De esta manera le fue posible avanzar hacia esa vida cuya plenitud no podía abarcar permaneciendo quieto. Por eso, si queremos llamar a las cosas por

81. El mundo, según Platón, responde a la idea eterna que Dios tiene de las cosas. Por eso mismo es un *cosmos* –algo hermoso y ordenado– no un *caos*, una masa informe y sin sentido. El *demiurgo* plasmó fielmente la idea eterna de Dios.

su nombre, sigamos a Platón y digamos que Dios es eterno y el mundo perpetuo.

»Si, pues, todo juicio abarca a todas las cosas que son su objeto, según su propia naturaleza cognitiva, y si Dios es un eterno presente, su ciencia trasciende también todo cambio temporal y se mantiene en la simplicidad del estado presente. Abarca el curso infinito del pasado y del futuro y los ve en la simplicidad de su conocimiento como si sucedieran en el presente.

»En consecuencia, si se quiere considerar la presciencia por la que conoce todas las cosas, se habrá de concebir ésta no como una especie de conocimiento del futuro, sino como una ciencia de un presente interminable. Por ello, es mejor llamarla providencia y no previdencia o presciencia. Alejada de las cosas inferiores, ve todo como desde una cumbre.

»¿Por qué, entonces, insistes en que todas las cosas que caen bajo la mirada de Dios se convierten en necesarias, cuando ni siquiera los hombres las ven como necesarias? ¿Es que lo que ves ahora se hace necesario por el simple hecho de que lo estás viendo?

–No.

–Si, pues, se me permite hacer una cierta comparación entre lo divino y lo humano, así como vosotros veis una serie de hechos que suceden en el momento en que vivís, así Dios los contempla todos en un eterno presente. Por eso, esta divina presciencia no cambia la naturaleza ni las propiedades de las cosas. Simplemente, Dios las ve presentes tal cual sucederán un día como hechos futuros. Tampoco hace juicios equivocados de las cosas, sino que con una simple mirada de su inteligencia distingue todo lo que va a suceder por necesidad de lo que sucederá no necesariamente. Ocurre lo mismo que cuando ves al mis-

mo tiempo a un hombre que camina por la tierra y al sol que se levanta en el cielo. Aunque contemples simultáneamente dos hechos, sin embargo los distingues, juzgando al uno como libre y al otro como necesario. Así, la mirada divina contempla desde arriba todas las cosas sin alterar su naturaleza. Para él todas las cosas están presentes, pero en relación al tiempo son futuras. El resultado es que cuando Dios conoce algo como futuro no necesario, esto no es una conjetura, sino un conocimiento basado en la verdad.

»Si a esto me dices que lo que Dios ve como futuro no puede menos de suceder y que lo que no puede menos de suceder, sucede necesariamente, apremiado por esta palabra de necesidad, admitiré que se trata de la verdad más sólida, pero que casi nadie más que un teólogo puede descubrir[82]. Contestaré, pues, que el mismo hecho futuro, considerado en relación con la presciencia divina, aparecerá como necesario y completamente libre e independiente en su misma naturaleza. Has de saber que hay dos clases de necesidad: una simple, como por ejemplo el hecho de que todos los hombres son mortales. Y otra condicionada, como es el caso del que, si sabe que alguien está caminando, camina por necesidad. Conocer un hecho no hace que éste sea distinto a como es conocido. Pero esta necesidad condicionada no implica una necesi-

82. La relación de la presciencia de Dios con la libertad humana o libre albedrío –y con el destino y el azar– es uno de los misterios y secretos más difíciles, por no decir más imposibles, de conjugar. Nada de extraño que el autor termine diciendo: «Casi nadie más que un teólogo *(divini speculator)* [lo] puede descubrir». No obstante, Boecio termina afirmando que hay lugar para creer que el hombre es libre y para confiar en Dios. Sólo hay una necesidad, la de ser buenos.

dad absoluta o simple, porque no existe en virtud de su propia naturaleza, sino por una condición añadida. Así, ninguna fuerza obliga a avanzar a quien camina por propia voluntad, si bien es necesario que avance cuando camina.

»De la misma manera, si la Providencia ve algo como presente, se ha de dar tal hecho necesariamente, aunque por su naturaleza no implique necesidad. Ahora bien, Dios ve los hechos futuros, frutos del libre albedrío, como hechos presentes. Ésta es la razón de que tales hechos, considerados según la visión que Dios tiene de ellos, sucedan necesariamente, por ser conocidos por la ciencia divina. Pero considerados en sí mismos no pierden la libertad absoluta de su naturaleza. No hay duda, por tanto, de que se han de verificar todas las cosas previstas por Dios. Pero algunas de ellas son fruto del libre albedrío y, a pesar de suceder, su existencia no les priva de su verdadera naturaleza, ya que antes de producirse podrían no haber ocurrido.

»¿Y qué importa, dirás, que no sean necesarias, si por la condición de la presciencia divina ocurrirán de todas las maneras, como si fuesen necesarias? Te recordaré solamente lo que ya te adelanté más arriba: el ejemplo del sol que sale y del hombre que camina. Mientras suceden no pueden dejar de suceder. Pero uno de ellos, aun antes de existir, debía producirse por necesidad, y el segundo no estaba sujeto a tal necesidad. De modo semejante, las cosas que Dios tiene presentes existirán sin duda alguna, pero unas son producto de la necesidad, y otras del poder de los que las realizan. No sin razón te dije que, si consideramos estas cosas a la luz de la presciencia divina, son necesarias, pero consideradas en sí mismas están exentas de toda necesidad. De igual manera que la percepción

sensible es universal considerada en relación con la razón, pero en sí misma es particular.

»Podrás replicar que si yo tuviera la facultad de cambiar de propósito, podría anular la Providencia, pues alteraría cosas que la Providencia prevé. Mi respuesta es que puedes cambiar de propósito. Pero advierte que la Providencia en su certidumbre eternamente presente sabe que tú tienes esa facultad, y por ello prevé también si tú vas a hacer uso de ella y en qué sentido. No puedes, en consecuencia, escapar a su presciencia divina, de la misma manera que no puedes escapar a la mirada del que ahora te está viendo, aunque seas libre para realizar otras varias acciones.

»Responderás, entonces: ¿puede ir cambiando la ciencia divina según mi disposición personal, de manera que si yo quiero esto o aquello, deberá cambiar también su conocimiento?

–De ninguna manera.

–Todo acontecimiento futuro va precedido de la mirada de Dios, que lo atrae y lo reclama a su siempre actual conocimiento. Su presciencia no cambia la manera de conocer, como tú crees. Más bien prevé y abarca en una sola mirada todos los cambios posibles, voluntarios o no, en un mismo presente eterno. Dios posee esta forma de conocimiento y visión actual de las cosas no en virtud del desenvolvimiento de los hechos futuros, sino de su propia naturaleza. Queda así resuelta la dificultad que propusiste anteriormente, a saber, que no era digno de Dios afirmar que nuestros actos eran la causa determinante de la presciencia divina. La fuerza de esta ciencia que lo abarca todo en su conocimiento presente no impone su forma propia a las cosas y no está sujeta a los hechos futuros. Y puesto que esto es así, el libre albedrío del hombre

permanece intacto y las leyes no imponen castigos ni premios injustos, porque la voluntad del hombre se ve libre de toda nececesidad.

»Un Dios provisor contempla desde arriba todas las cosas. Y la siempre presente eternidad de su mirada coincide con la futura calidad de nuestros actos, premiando a los buenos y castigando a los malos.

»No es vana, entonces, nuestra esperanza en Dios, ni nuestras oraciones inútiles, pues, si son rectas, no pueden ser ineficaces. Dejad, pues, los vicios; practicad las virtudes. Levantad vuestros corazones a la más alta esperanza y dirigid al cielo vuestras humildes oraciones. Tenéis sobre vosotros una gran necesidad, si no queréis engañaros a vosotros mismos: la necesidad de ser buenos, pues vivís bajo la mirada del juez que todo lo ve.

ÍNDICE